

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO I

BUENOS AIRES 12 DE ENERO DE 1930

NÚMERO 28



si no lo roc
Lo
verr

ESPECIAL PARA LA NACION

POR JUAN PELÁEZ

Siempre Primero

El medio más poderoso para vender mercaderías al público lo constituyen las columnas de "La Nación"; hecho comprobado decisivamente por el comercio, que desde hace muchos años ha mostrado en sus anuncios marcada preferencia por este diario.

Este es el mejor consejo para todos aquellos que procuran hacer propaganda en el presente año.

El año pasado esta preferencia continuó como lo comprueban las siguientes cifras que indican la cantidad de columnas de Avisos Notables publicados en La Nación y el otro diario que más se le acercó:

LA NACION

19.892

SEGUNDO DIARIO

18.203

"Hemos comprobado que ese diario ha dado
"mejores resultados porque reúne en
"su vasta circulación las clases más
"selectas y pudientes de nuestro país". -

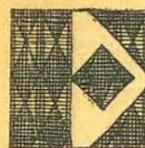
Las razones de la superioridad de LA NACION, fueron expresadas admirablemente por el Sr. Henry Grenier, uno de los más hábiles negociantes y grandes avisadores de Buenos Aires, en una carta, en la que dijo entre otras cosas:

LA VIDA FUERA DEL TIEMPO

POR

AGOSTINHO DE CAMPOS

(Para LA NACION) LISBOA, diciembre de 1929



Lo hecho ocurrió no hace mucho en el Tirol austriaco: las nieves derretidas con los calores fuertes del verano dejaron al descubierto el cuerpo de un hombre de treinta y dos años, muerto, pero perfectamente conservado. Hecho vulgar y corriente en regiones alpestres y que, seguramente, no habría llegado a nuestro conocimiento si no lo rodeasen algunas circunstancias poco habituales.

Lo especial del caso finca en lo siguiente: aquel cuerpo admirablemente conservado estaba en conservación (un cínico diría: "en conserva") desde hace ochenta y tres años, casi un siglo. El hombre al que la nieve libertó en 1929 estaba en ella encarcelado desde 1846.

Por lo tanto, esos despojos de un pobre muchacho de treinta y dos años eran, en realidad, los de un viejo de ciento quince, el cual, si bien muerto, había mantenido intacta, dentro del hielo conservador, su mocedad ya tan antigua.

Pero hay más aun: desenterraron el cadáver de la nieve, y en seguida lo enterraron en la tierra, y quien dirigió esos funerales anacrónicos de un viejo joven que tenía al mismo tiempo treinta y dos primaveras y ciento quince inviernos, fué su propio hijo, un viejo también, muchísimo más viejo que el padre muerto, porque tiene ochenta y seis años de edad.

El padre muerto, aunque lívido e inmóvil, presentaba en el rostro y en la robustez detenida del cuerpo, la frescura, no sólo del hielo que lo había conservado, sino de la juventud, que en ochenta y tres años de suspensión de la muerte completa nunca llegó a perder. Y, así muerto y así joven, aquel padre parecía, sin duda, ser, no el padre, mas sí uno de los nietos del hijo que lo llevaba a enterrar.

Es curioso que, al escribir esto, acabe de engañarme: escribí primeramente "uno de los nietos del padre" donde debía haber escrito y acaba de leerse "uno de los nietos del hijo". Llamé de ese modo "padre" al hijo, desorientado por el contrasentido de las edades invertidas: de la edad verde en que el padre se detuvo joven, contemporánea ahora de aquella, avanzadísima, en que el hijo asiste y preside a su entierro. ¡Tan cierto es que la noción del tiempo es subjetiva, y se forma en nuestro espíritu con apariencias que pueden ser apariencias solamente!

He ahí, por tanto, un simple "fait divers", que abre el camino a divagaciones metafísicas y nos hace recordar las páginas admirables de la "Historia Cómica", en que Anatole France nos presenta un médico filósofo que trata de tranquilizar, por medio de observaciones y raciocinios paradójicos sobre la irrealidad del tiempo, a una joven actriz y a un autor teatral que están aguardando nerviosamente la primera representación de la nueva comedia que éste escribió y en que aquélla tiene el principal papel.

El conocimiento que tenemos de los hechos (dice el sabio doctor Troublot) es la única razón que nos

induce a creer en su realidad. Y como todos conocemos ciertos hechos aun no realizados, no hay motivo para que no los consideremos reales. Si ellos son reales, es como si ya se hubiesen realizado; y así puede creerse que su pieza ya fué representada hace mil años — o hace media hora, lo que viene a ser exactamente lo mismo. Puede creerse que nosotros tres estamos muertos desde hace mucho tiempo. Mediten sobre esto, y quedarán tranquilos.

del espacio en otra forma que nosotros, a los cuales, por ejemplo, les fuese posible moverse más de prisa que la luz, tendrían de la sucesión de los fenómenos una idea muy diferente, y hasta contraria, de aquella que nosotros nos formamos.

¿Se acuerda el lector de aquel héroe de Julio Verne, llamado Fileas Fogg (salvo error), que venció una apuesta y ganó un día en ochenta, durante la jornada de la vuelta al mundo, porque andaba en dirección al oriente? Ese provecho inesperado puede dar una idea de aquella relación entre la velocidad del Tiempo y la de la luz. Pero France se sirve de un conocido hecho astronómico para alcanzar su conclusión paradójica:

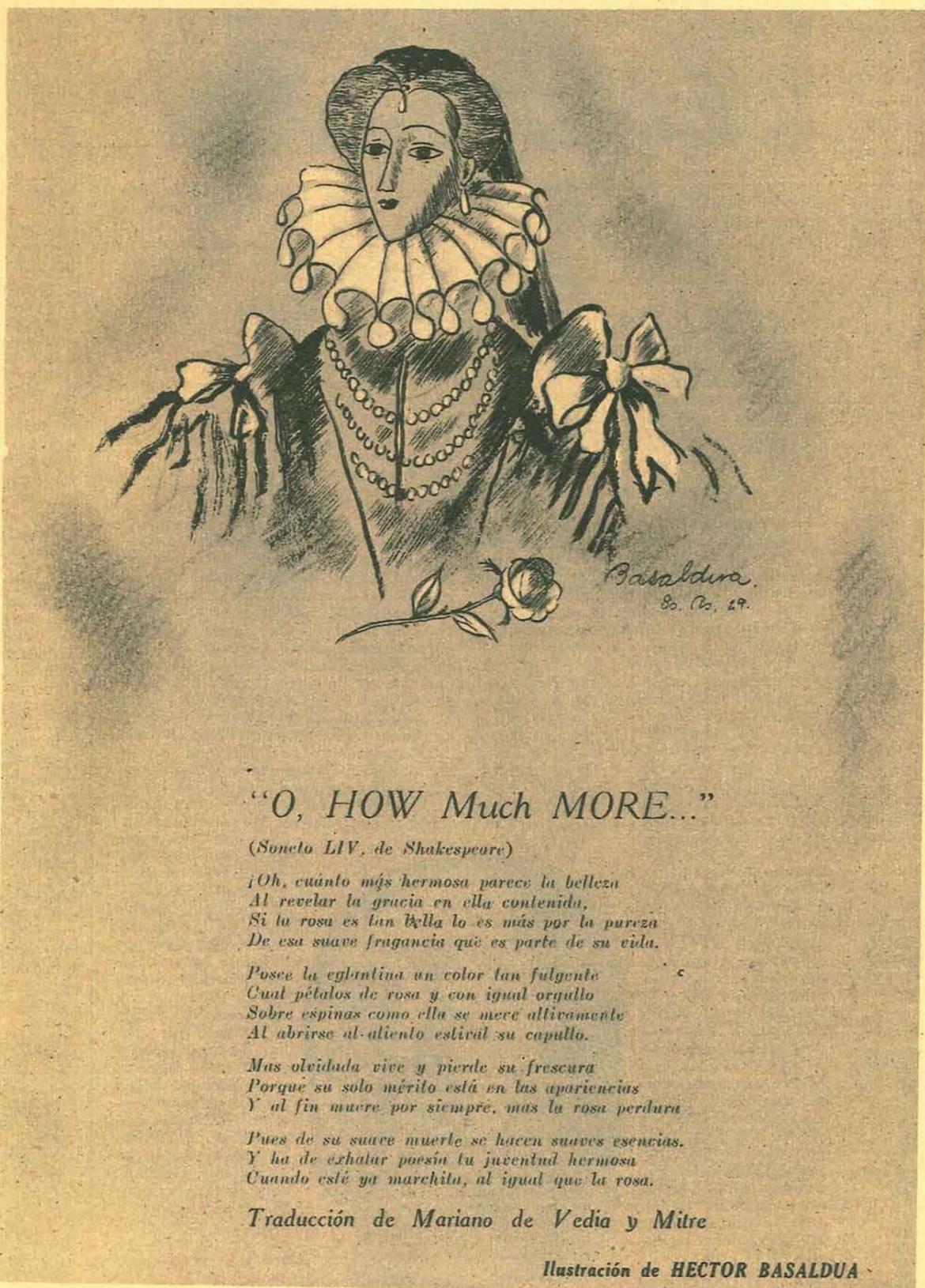
Si en una noche clara viéremos una estrella de las más lejanas brillando sobre el follaje de un árbol próximo, estaremos mirando, al mismo tiempo, para lo que "fué" y para lo que "es". Y hasta puede decirse que en esas condiciones veremos simultáneamente lo que "es" y lo que "será". No hay duda de que si la estrella, tal como se nos presenta, es pasado en relación con el árbol, el árbol es futuro en relación con la estrella. Cierta es que en nosotros se juntan en un solo momento del tiempo, y nos son "presentes" en la misma ocasión, las hojas tiernas y jóvenes que el viento hace temblar, y una antiquísima luz, venida desde tan lejos para llegar hasta nosotros, que partió de su foco sideral acaso mucho antes de que el árbol y nosotros mismos hubiésemos nacido.

Wells, con su máquina de hacer retroceder el Tiempo; Einstein, con sus ejemplos de relatividad famosa; Eça de Queiroz, concibiendo una novela (que, desgraciadamente no realizó) en que el héroe, a medida que se apartaba de Lisboa hacia el norte de Europa, iba retrocediendo en el Tiempo y encontrando alrededor de sí las épocas, cada vez más remotas, de la historia europea, todos estudiaron o tocaron levemente el misterio de la subjetividad del Tiempo y de su dependencia del Espacio.

Y Anatole France tiene también razón cuando nos dice que el Universo se construye tan fatalmente como un triángulo del que se conoce un lado y dos ángulos; que muchas cosas futuras están "terminadas", visto que están determinadas; que otras ya tienen existencia, pues en parte las conocemos; que si sólo en parte conocemos las cosas futuras, no quiere esto decir que ellas no existan ya, sabido que asimismo sólo en parte conocemos las cosas

del pasado, que, sin embargo, están más que realizadas... Sabemos hoy que el sol se levantará mañana, y después, y millones de días aun, entre nubes espesas o tenues vapores. Y si fuésemos lo bastante sabios para prever en qué cielo, parduzco o claro, tempestuoso o sereno, se erguirá la luna nueva del mes que viene, nos haríamos una idea tan nítida de esa noche futura como nítida es la impresión que en nosotros causa esta en que estamos. Una y otra nos serían igualmente presentes. Una y otra serían "presentes". Así estuvieron presen-

(Continúa en la pág. 41)



"O, HOW Much MORE..."

(Soneto LIV, de Shakespeare)

¡Oh, cuánto más hermosa parece la belleza
Al revelar la gracia en ella contenida,
Si tu rosa es tan bella lo es más por la pureza
De esa suave fragancia que es parte de su vida.

Posee la eglantina un color tan fulgente
Cual pétalos de rosa y con igual orgullo
Sobre espinas como ella se mece altivamente
Al abrirse al aliento estival su capullo.

Mas olvidada vive y pierde su frescura
Porque su solo mérito está en las apariencias
Y al fin muere por siempre, mas la rosa perdura

Pues de su suave muerte se hacen suaves esencias.
Y ha de exhalar por fin tu juventud hermosa
Cuando esté ya marchita, al igual que la rosa.

Traducción de Mariano de Vedia y Mitre

Ilustración de HECTOR BASALDUA

Para llegar a esta conclusión, el Dr. Troublot demuestra, primero, que el universo se nos presenta incesantemente inconcluso, lo que nos da la ilusión de que está completándose sin cesar. Como la sucesión de los fenómenos es en nosotros sucesiva, creemos que ellos se suceden los unos a los otros en la realidad. Imaginamos por eso que aquellos que ya no vemos son pretéritos, y futuros los que todavía no vimos; pero podemos concebir la existencia de seres organizados de manera que puedan sentir como simultáneo lo que para nosotros es pasado y futuro. Animales capaces de disponer

EL ARTE EN AMERICA

LAS COMPOSICIONES MURALES DE DIEGO RIVERA

Por CARLOS F. ANCELL

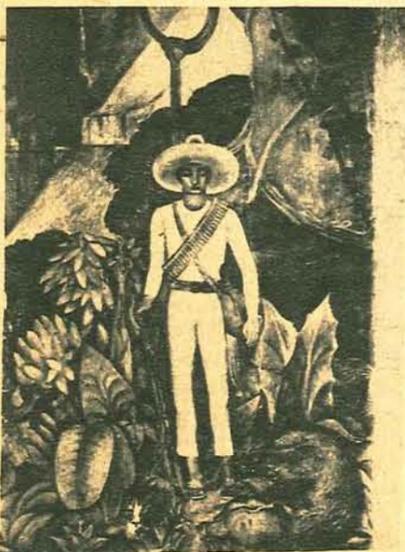
POCOS son, sin duda, en América, los pintores que han logrado imponer su personalidad artística fuera de su país de origen, dando a sus obras un sello de inconfundible regionalismo.

Varios siglos de europeización han bastado casi para destruir toda huella de labor autóctona o regional y para disminuir el intento inteligente de que la pintura, al igual de otras artes, pueda ofrecérsenos como exteriorización del alma popular y como reflejo fiel de las culturas que aun viven y se despiertan en el suelo del continente. Un examen somero de la labor de quienes cultivan las distintas ramas del arte, nos lleva a conclusiones significativas: o bien se abandona deliberadamente toda tentativa nacionalista o americanista y se recurre a las recetas fáciles de las escuelas más en auge en Europa, o bien se trata de contemporizar y se resuelven las dificultades con la base de elementos del terruño y con ayuda de una técnica que se importa cuidadosamente del extranjero. En uno u otro caso los resultados son conocidos, pues se corre siempre el riesgo de que la obra producida parezca o pueda parecer ajena al ambiente. Aquello de que Buenos Aires, salvo mejor opinión, deba resultarnos una sucursal de París en lo que toca a manifestaciones artísticas, será o no justificada, pero a la larga nos revelará una postura incómoda, en la cual deliberadamente queremos situarnos, aun cuando ella nos subordina por entero al mérito de la originalidad extraña.

Semejantes conceptos, planteados en un sentido general, lejos de envolver una censura, importan un llamado de atención hacia lo que pueda ser la esencia de nuestro arte. ¿No hemos escuchado, complacidos pero con cierta perplejidad, meritorias audiciones de la Sociedad Nacional de Música, en cuyos programas los compositores argentinos nos brindaban magníficos "lieders" al estilo de Schumann, y otras canciones con letra francesa e italiana? Y en lo referente a la arquitectura, ¿no surge ahora en la decoración que nos llega del norte de Europa, el famoso signo escalonado de Posnansky con el sello de una paternidad que podría ser disputada por los antiguos arquitectos precolombianos?

Claro está que el signo escalonado no parece ahora americano. Ha sido transformado, adaptado y hasta complicado. Pero ya no llega de Mitla y de Ximtal o de Tiahuanaco y Chanchán, sino que ha sido purificado y consagrado por la aptitud comprensiva o imitativa de arqueólogos y arquitectos franceses y alemanes y se exhibe con todos los decantados títulos de una creación nueva e indiscutida. Nuestras modernas fachadas e interiores encuentran en el signo referido—trasunto de simbolismos que se remontan a la más lejana historia de América y del mundo—el elemento básico con el cual logran cubrir en algo la geometría descarnada de los macizos de concreto, aligerando su superficie y añadiendo a la misma el realce de una discreta sombra: son los detalles que complementan el conjunto, vale decir, las bellas facciones de una obra arquitectónica.

Nuestros pintores han buscado en



El Cazador, composición mural decorativa



Funeral de víctimas proletarias, motivo mural

muchos casos y afortunadamente, motivos de inspiración en el paisaje regional y en aquellos tipos lugareños que mantienen la pureza de su estirpe. Y al igual de ellos, no han faltado tampoco en tierra americana — poseyendo un buen caudal de elementos — los hombres que han orientado su vida y su labor artística hacia la afirmación de un credo estético que se sintetice en el afán de realzar en el arte todo aquello que por ser típico del continente sea digno también de que se imponga y sobreviva.

Diego Rivera, es uno de ellos. Nacido en la ciudad de Guanajuato, en Méjico, se halla al presente en la plenitud de su actuación, como que sólo cuenta 43 años. Su biografía es la historia de un gran artista. Fué pintor desde la más temprana juventud y lo fué rudimentario y rebelde, como no otra cosa podía serlo quien llevaba en su alma los destellos de una predestinación extraña. A los 10 años empezó a cursar dibujo en una escuela nocturna y su maestro, Andrés Ríos, al cual ha popularizado en un cuadro que representa por entero al profesor y a su alumno, no creyó nunca en una genialidad que se apartaba tanto de su temperamento. Otras manos guiaron luego los inciertos balbuceos del joven artista: Santiago Rebull, José María Velazco, Fabres y Félix Parra, quienes completaron en cierto modo su técnica, dentro de una orientación rudimentaria y académica. Y por entonces, en plena juventud, logra Diego Rivera producir algunas obras de relativo mérito, bajo la influencia de las telas que pudo contemplar extasiado en los viejos templos de Méjico, repartiendo su admiración ante los frescos de Echaive el Viejo y las pinturas de Luis Juárez, Sebastián de Arteaga, José Juárez, el Padre Manuel, Juan Correa, Miguel Cabrera, Manuel Carcanio y otros artistas que en el período de la colonia trabajaron intensamente en la decoración de iglesias y capillas diseminadas en todo el territorio del país. Quizá esa admiración se mantuvo en forma demasiado viva para que ella llegara a desaparecer por obra de los viajes y de la influencia de las escuelas europeas. Su labor se señaló por una interpretación característica de los personajes y de los paisajes mejicanos, pero carecía de vigor expresivo y se resentía por una indecisión visible. Ya en España, a donde



Cuauhtemoc, dibujo para el anfiteatro de la Escuela Preparatoria

sino acabadas muestras de una individualidad indiscutida. Diego Rivera se convierte en el artista del pueblo mejicano, en el hombre que comprende a las masas, en el intérprete de los valores emocionales de una raza que mantiene íntegras sus características. Y trabaja apasionadamente, con una fe en su credo estético insuperable, con un afán ardoroso de mejorarse y de consagrar las ideas que sustenta, que

hablan elocuentemente de la verdad de sus convicciones. A partir de esa transformación final de su individualidad artística, sus cuadros murales se suceden con espontaneidad pasmosa y en pocos años constituyen una labor de conjunto difícilmente igualable. Diego Rivera alcanza de tal modo el máximo de prestigio y todas las consagraciones oficiales. Sus composiciones de la secretaria de la educación de Méjico y las de la escuela de agricultura de Chapingo y otras muchas que se diseminan por todo el país, son objeto de apasionados comentarios. Pero por encima de las consideraciones críticas se afirma una verdad insospechada e indestructible: aquellos cuadros y esas telas son algo más que simples pinturas. Sus bocetos y sus composiciones exteriorizan una ideología comprensible para todos los hombres cultos. Rivera es ante todo un pintor mejicano y un pintor inconfundible y vigoroso. Ha abandonado la seducción del éxito fácil y amenerado. Ha rehuído la copia servil y las abundantes fuentes de inspiración y de plagio que el exotismo brinda a los artistas noveles. Ha luchado para lograr la comprensión de la crítica y la ennoblecida de los intelectuales. Pero ha triunfado. Su triunfo, pleno e indiscutible, se afirma en las ideas claras que lo guían, ideas de nacionalismo independiente y de acción personal e individualista. Malas o buenas sus obras, aceptadas o no, esas obras son mejicanas y no se hermanan, por cierto, con las producidas por aquellos artistas que, a millares de kilómetros de Europa, fijan su vista en París.

A primera vista algunos de sus cuadros provocan una sensación de desconcierto. Procura, en efecto, Rivera, traducir en forma simple y hasta ingenua sus ideas y sentimientos, manteniendo el carácter primitivo y rudo de su pintura. Sus cuadros murales, de amplias dimensiones, rinden tributo a lo decorativo y nada puede igualarlos en riqueza y sugestión de elementos. Sólo la observación profunda de los tipos populares de Méjico y la exaltación de los mitos y vicisitudes de su raza permiten alcanzar cumplidamente el criterio y la intención del artista. Su colorido es expresivo, aun cuando en muchos casos atenuado, pero ello no obsta a que en sus cuadros resalte la policromía del paisaje y el esplendor de la naturaleza. Y los personajes del pueblo, que a menudo representa con intencional rudeza, son en todos los casos exteriorizaciones acabadas de la psicología de hombres fuertes y sufridos, en cuyos rostros se halla impresa una como reminiscencia patente de resignación consentida y de extrañas rebeldías.

Rivera es hoy por hoy el pintor de su pueblo, pueblo abrumado por dolorosas tribulaciones. Como intérprete eficaz del espíritu mejicano, como artista embebido en las más antagónicas fuentes del clasicismo y del modernismo y orientado no obstante hacia la afirmación de un arte personal y único, como revolucionario convencido y como orientador que ha hecho escuela en el conjunto de los jóvenes pintores de su patria, su nombre ya consagrado, honra y enaltece al arte de Méjico y constituye un ejemplo promisor que interesa por igual a todo el continente americano.



Los Rumores del Bosque, fragmento del panel de La Selva

UN REY Y SU CORTE



NUESTROS lectores han de desear una descripción más detallada del reino cuyas tumbas de reyes hemos descubierto, después que los exploradores que nos precedieron buscaron en vano este territorio del país del oro.

Cuando los navegantes portugueses se establecieron en las costas de Mozambique hacia el año 1500, entraron en relaciones con una población que parecía poseer grandes tesoros, pero que pronto opuso un límite a sus incursiones. Al desembarcar en esas costas los portugueses, encontraron ya otros colonos anteriores. Eran árabes y quizá persas, comerciantes que llevaban sus mercancías desde sus países y las trocaban allí por oro. Por los relatos de los que penetraron en el interior, los conquistadores conocieron la existencia de un soberano llamado Monomotapa, que gobernaba el país más allá de la costa y que poseía gran poder, extensos territorios y... ¡oro! A la verdad, el Monomotapa de aquellos tiempos dominaba también buena parte de la región marítima que después perteneció a Portugal, la mayor parte de la actual Rhodesia meridional y muchos de los distritos que quedan hacia el Congo y hacia el Sur, allende el Limpopo y hasta el Transvaal. La fuente puramente material del poder de estos reyes se lo otorgaba la naturaleza. Eran dueños de grandes minas de oro, cobre, estaño y plata, que aun hoy se encuentran diseminadas en las campañas, con pozos cuidadosamente excavados y trabajados eficazmente o cubiertos con piedras después de haber sido vaciados de sus tesoros.

La capital del país debe haberse encontrado cerca de las actuales ruinas conocidas con el nombre de Gran Zimbabue y señaladas en los mapas así. He descripto esas ruinas a raíz de mi primera exploración a fines del año pasado.

Los antiguos relatos, y especialmente los de los portugueses Santos, Bocarro, De Goes, de Barros y otros, nos proporcionan excelentes datos sobre la cultura de ese país todavía poderoso. Consistía éste en un distrito central donde el propio emperador, el Monomotapa, vivía y poseía su palacio, y de una docena de reinos más pequeños, cuyos gobernantes eran vasallos del Monomotapa. La fortaleza de esta alianza era tal, que los guerreros portugueses de esa época, que habían forzado al gran reino del Congo a la sumisión — como los españoles vencieron a los mejicanos y a los incas — no fueron capaces de destruir el reino del Monomotapa. Porque éste, no sólo estaba gobernado por un emperador, sino también por un sacerdote. El emperador y los reyes, no sólo eran señores absolutos, sino también sacerdotes, símbolos y víctimas de sus dioses. Este hecho se ha demostrado cada vez más durante el curso de nuestras exploraciones durante el último medio año, y ahora quiero dar más detallada información acerca de este imperio. Mientras el sacerdocio real permaneció intacto por la ambición profana del poder, fué casi indestructible. Sólo cuando la tradición materialista dominó, perdió su durabilidad natural y cayó víctima de las tribus bárbaras o de la fuerza física superior.

Las provincias centrales, con sus riquezas en oro y sus espléndidos edificios, fueron las primeras en sucumbir. Los pequeños reinos vecinos se mantuvieron más largo tiempo. Dos de ellos han continuado, por lo menos, con la apariencia de ciertas instituciones desde hace muchos siglos hasta el presente. Uno de ellos es el reino de Waungwe, a cuyo frente hay un rey (Mambo) que tiene el título hereditario de Maconi; el otro es el reino de Barue, gobernado por un Mambo con el título de Macombe. Ambos estados han permanecido con las formas exteriores de los antiguos reinos, bien que bastante deteriorados. La población de ambos ha sucumbido, como la de otras tribus, al materialismo africano. Pero en los dos países hay viejos que todavía

pueden relatar las instituciones del Estado y los cultos y ceremonias de los antiguos tiempos. Evidentemente, estos estados y comunidades de sacerdotes reflejan en cierto modo lo que era el imperio teocrático en sus grandes días. Por lo tanto, estos descubrimientos son especialmente valiosos para nosotros por la luz que pueden dar acerca de la pasada cultura africana. Trataré de resumir una información sobre la cultura aproximada de los Waungwe, relatando algunas de las leyendas sobre su origen.

La montaña en cuya falda está construida la residencia del actual Maconi se llama Sangano, y aquí vivía mucho antes que los Waungwe un pueblo cuyo rey era Madsivao. Madsivao no poseía el título de Mambo, pero era rey. Antes de la llegada de los Waungwe, el pueblo de Madsivao decayó hasta la miseria: no tenía fuego y sólo comía pescado crudo.

El pueblo de Madsivao poseía anteriormente el fuego, pero lo había perdido. El pueblo no tenía las varillas que al girar encienden el fuego, sino un encendedor mágico de forma de cuerno que se llenaba con un aceite encantado y se cerraba con un tapón de madera. Este cuerno encendedor y el fuego mismo que contenía era cuidado por las hijas del Rey (Musare), una de las cuales estaba encargada de su custodia. El encendedor se usaba destapándolo y acercando su boca a un haz de paja seca, que al punto ardía en llamas.

Desgraciadamente, en los tiempos en que el padre de Madsivao era rey de la montaña de Sangano, la Musare encargada del fuego tuvo una querrela, y cuando murió el Rey, la Musare escondió el cuerno del fuego y murió sin revelar el sitio en que se ocultaba. Por esta razón el pueblo de Madsivao no poseía fuego hasta que vinieron los Waungwe, y por eso tenían que comer el pescado crudo.

Los antepasados de los Waungwe vinieron del Norte y eran cazadores de la raza de Wadsimba, es decir, pueblo de cazadores y guerreros sin asiento fijo. Vieron la montaña de Sangano y dijeron: "Esta es una buena tierra; detengámonos en ella". Al principio los Waungwe temían al pueblo de Madsivao; pero una vez que les dieron participación de su fuego se estableció una franca amistad entre ellos, porque los Waungwe podían encender fuego con sus varillas gigantes.

Un día los Waungwe mataron un elefante, le pintaron de negro los colmillos y llevaron al Rey al sitio, preguntándole qué parte de carne deseaba para él. Madsivao no quiso los colmillos y pidió por la parte real que le correspondía en la caza, las piernas del paquidermo. Pero en las antiguas leyes de cacería la parte correspondiente al Rey era el pecho y las piernas eran para los sirvientes. Un día, por consiguiente, después que el jefe de los Waungwe tomó a la hija del Rey en matrimonio, dijo: "Primero te he dado el fuego, después he comido el pecho de la caza, porque no has querido tu real parte del marfil; ahora me he casado con tu hija. Desde hoy será el Mambo en la montaña de Sangano. En lo sucesivo servirás a mis órdenes". Y Madsivao se transformó en el sirviente del Rey de Waungwe.

Cuando el Rey construyó su aldea en Sangano, envió mensajes a todo el país ordenando: "Venid y tendréis el fuego del nuevo Mambo". Todo el pueblo que hasta entonces comía el pescado crudo se trasladó a Sangano para conseguir el fuego que producían las varillas que giran. Todo el pueblo decía: "Vamos hacia el Maconi en la plaza de la asamblea (Sangano) a buscar el fuego". Por eso el pueblo Waungwe creció y sus fronteras se extendieron.

De ese tiempo proviene la ceremonia que se caracteriza por el proverbio: "A nuevo rey, nuevo fuego". Porque tan pronto como el nuevo rey ha sido coronado, todos los fuegos del país deben extinguirse. La primera tarea oficial del nuevo soberano es la de encender un fuego nuevo con la Rusaka, la varilla o parahuso que se hace girar en

tre las palmas de las manos con la extremidad apoyada sobre una madera blanda. Dos personas están presentes en esa solemne ocasión. Una es la Wahotsi, la primera esposa del Rey, cuya presencia está prescrita por las antiguas tradiciones. Ella tiene que ayudar al Rey activamente. Sin su presencia el nuevo fuego del joven rey no es de buena clase. El segundo testigo es el padre de la Wahotsi.

Una vez encendido el nuevo fuego, los más ancianos de todas las casas deben ir a buscar una brasa. Llevan el fuego en sus recipientes propios y lo colocan en la casa de sus primeras esposas, de donde obtienen su fuego cada casa de los otros miembros de la familia. Mien-



Una belleza nativa

tras esto se hace, todo el pueblo piensa y recuerda los tiempos en que se encendió el fuego por primera vez por el Wadsimba en Sangano, y se dió a todo el resto de la población. Cuando se apaga el fuego de una casa debe buscarse una brasa en la vecindad, pero tiene que proceder de un fuego encendido por la ceremonia real.

La aludida ceremonia sella el comienzo de una nueva soberanía. Es muy característico que en estas elevadas ceremonias cosmogónicas, el Wahotsi toma parte importante, porque el Wahotsi también es el testigo de la terminación de la vida del nuevo rey, en su personalidad simbólica y en la más terrible realidad.

Para comprender el significado del drama es necesario conocer la estructura de la familia real, en sus diferentes miembros y en los papeles que representan.



A juzgar por las apariencias, la vida de una corte real puede parecer sordida para todo el que desconozca su significado interno. Los negros tienen un piadoso horror a revelar lo que piensan y sienten en su interior. Y esto se advierte sobre todo en los que no han sido todavía conquistados por la civilización europea. Y cuando la civilización llega hasta ellos, su silencio se transforma en una inquebrantable obstinación. La civilización europea fracasa sin poder levantar el velo espeso de su vida interior. Toda su alma vive detrás de ese velo, oculta por las formas y costumbres de la vida diaria. No se deja ver por fuera ninguna fuerza creadora. El mundo exterior que se hace así mucho más real por el nuevo contacto. Pronto pro-

voca una perspectiva cada vez más materialista. hasta que al fin las potencias que antes vivían en lo interior se extinguen, y los cultos y ritos que los tipifican quedan sólo como simples formalidades, adornadas ahora con vestidos europeos. La misma cultura sólo vive en lo pasado, y el explorador que penetra tras del velo para observar una vida olvidada, no encuentra más que andrajos, huesos y cacharros rotos — tradiciones mal comprendidas y acusaciones contra otras tribus sobre "costumbres crueles".

En lo que sigue trataré de levantar el velo a fin de ver un gran pasado, fuerte y viviente. Veamos primero la vida doméstica real de un Maconi.

El grupo de casas y construcciones en que vive el rey Maconi con "su familia" se llama Simbawoye. Los nativos tienen absoluta certeza acerca de la significación de esta palabra. Simba quiere decir casa y woye es la fórmula de la veneración. Simbawoye significa, por lo consiguiente, "la casa venerable". Otras explicaciones de la palabra usadas en el Sur son de importancia secundaria. En esta palabra "woye", sin embargo, todavía queda algo del anterior esplendor de una cultura profundamente religiosa. Porque la palabra se usaba antes para expresar lo "sagrado". Hoy todavía habla de los Mizimuwoye, las almas sagradas de los muertos.

Es extraño hasta qué punto la influencia de las mujeres es más grande que la de los hombres en la corte del Maconi. Los "grandes hombres" que se encuentran en otras cortes africanas de estructura parecida, casi no existen en la Simbawoye, o si existen, son sólo de importancia menor. Aquí, como en las fronteras de la región portuguesa, sólo hay como "grandes hombres" el Mambo y sus cuatro oficiales principales: pero ocurre muy diversamente con las mujeres.

Entre las mujeres del interior del Simbawoye el primer lugar está ocupado por la Mazarira o Uomazarira, la venerable Mazarira, la madre del Rey. Mazarira no es su nombre, sino un título de gran honor. Después de su elevación, esta mujer no debe realizar ningún trabajo. No debe ir por agua ni por leña, ni cocinar ni trabajar en el campo. Todo eso lo hacen las mujeres reales de tercera clase y por las hijas del Rey. Si la Mazarira, madre del nuevo Rey, era también la "primera mujer" o la Wahotsi del padre del Rey, entonces el nuevo Mambo no debe ver a su propia madre desde el momento de su entronizamiento. La Mazarira es considerada como "la madre de todos los reyes". Si muere, se elige una nueva Mazarira.

El rango de viudas del Rey se indica por la situación de sus cabañas. El Simbawoye solía antes comprender tres grupos de casas. El primer grupo era el del Rey, el segundo el de la Wahotsi, y el tercero era donde las Wurrango o Worengo cocinan, y donde se comen los manjares. Las mujeres también eran de tres clases. La primera era la Wahotsi, la "primera mujer del Rey". En la casa de esta mujer de gran influencia se reciben a todos los visitantes: la cocina sólo se hacía para los extranjeros. Todo el trabajo pesado, todos los menesteres del agua, la leña, la cocina y el cultivo de los campos, lo hacían las numerosas mujeres de tercera categoría, las Worengo. Si la Wahotsi tenía que dar órdenes a las Worengo, enviaba a la Wuabanda, "la segunda mujer", que es la única mujer de segundo rango.

Hay otro grupo de mujeres reales, las hijas del Rey, las Musare. Para comprender la extraña vida de estas muchachas, es necesario que el lector sepa que los Waungwe — como los Wakaranga del Sur —, son celosos guardianes de la virtud de sus hijas y dan a ciertas ancianas derechos severísimos para su cuidado. Lo más extraño es que estos principios no rigen para las hijas del Rey, y hasta se puede afirmar que lo contrario es lo cierto: en todo tiempo las Musare tienen el derecho de seguir su capricho sin reatos y disponer de sí mismas a su placer. A su respecto hay un dicho que les llama "Dehue rengüe",

es decir "Piel de leopardo". El derecho de usar la piel del leopardo está reservado a la familia real, y la palabra expresa que las Musare tienen plena libertad por ser hijas del Rey. Pero esta razón no explica del todo la costumbre.

Porque esta libertad de las princesas no implica la pérdida de la moralidad. Es más bien una obligación que una costumbre, un postulado sagrado de los tiempos antiguos en que se consideraba el acto como el símbolo de la vida. Restos de estas ideas religiosas todavía se reconocen en diversas otras costumbres del Simbawoye. Cuando el nuevo Mambo comienza su gobierno con la ceremonia de encender el fuego, cuando la Wahotsi en esta ceremonia tiene que tocar la varilla vertical sobre el suelo, pues que la varilla vertical lleva nombre femenino y la horizontal nombre masculino, se desarrolla la misma idea. Y otras semejantes se revelan en los cantos sagrados de la solemne fiesta de las lluvias, en que las palabras dicen que no pueden haber lluvias sin el amor de las Musare. Estas princesas reales, pueden considerarse, por lo tanto, como las sacerdotisas del amor.

Esta situación casi sagrada de las Musare explica otra costumbre. La tercera dinastía real, contada hacia atrás desde la actualmente reinante, todavía conservaba la tradición de que el Machinda — el hijo del Rey y heredero presuntivo —, se uniera con la Musare, que era su propia hermana. Esta unión no se consideraba como un matrimonio. Cuando el joven recibía la dignidad de Maconi, esta esposa y hermana tenía que ayudarlo a encender el fuego. Después de la ceremonia recibía el título de Mwuiwa y quedaba encargada del cuidado del fuego real. Aquí también encontramos que esta extraña estructura social del Simbawoye no tiene nada que ver con la vida simplemente profana: hay un símbolo en ella, cuya verdadera significación es difícil e importante tarea. En los tiempos antiguos los faraones y otros soberanos de "ascendencia divina" se unían en matrimonio con sus hermanas.

El casamiento legal con las Musare no es posible. El Rey no puede tomar la dote usual del hombre que desea unirse con una de sus hijas. Puede dar una de sus hijas como signo de favor; pero la Musare no queda obligada a cumplir la orden aunque proceda del Maconi, y aunque acceda a los deseos del Rey, siempre puede abandonar a su marido una vez que se encuentre cansada o aburrida de su marido. Pero la costumbre más extraña de todas y que da carácter importante a la vida del Simbawoye, es la que exige que el hombre que goza de los favores de una princesa se transforma inmediatamente en siervo del Maconi, y éste tiene que sostenerlo. Estos se llaman Muranda, o sea no de la sangre, para distinguirlos de los Machinda, que significan príncipe de sangre real. Se puede considerar que los Muranda son los guardias y sirvientes del Rey. Todos los Machinda, hijos, hermanos, tíos y nietos del Maconi, suelen tramitar hasta en los días presentes una inmensa madeja de intrigas cortesanas. La cuestión principal de estas intrigas siempre es la de saber cuál de los hijos del Rey ha de ser el próximo Maconi. Y también es el problema de las ancianas, que pueden hablar horas enteras acerca de las cualidades, gracias y derechos a la sucesión de sus propios hijos, sin mencionar su verdadero deseo: el de ser Mazarira. Se acusan las unas a las otras en esas conversaciones de los peores crímenes. Todos los Machinda se complacen con ello y dicen que antes de haber llegado el saludable temor al gobierno británico, la vida en la Simbawoye era intolerable.

Esta pasión por la intriga, de la que los portugueses ya hablaban con respecto al imperio de Monomotapa, constantemente amenaza la paz del Estado y de la Corte. El Maconi puede desprenderse de los príncipes más peligrosos dándoles la administración de lejanas provincias, distritos y aldeas, honrándolos con el título de Makodsi. Pero su vida siempre está en gran riesgo.

LEO FROBENIUS

(Para LA NACION)
BERLIN, diciembre de 1929

LA PINTURA EN FRANCIA LOS NEGROFILOS Y LOS ACADÉMICOS

Se escribe con frecuencia que la desorientación artística actual es una de las consecuencias del gran sacudimiento nervioso que ha perturbado al mundo durante cuatro años. De ningún modo: ya existía desde 1910. Sólo ha tomado después de la guerra el nombre pomposo de "arte vivo", y ha logrado cierto éxito. En ese tiempo, el bohemio Alfred Jarry, que tuvo su hora de celebridad a causa de su pieza para títeres "Ubu-roi", había descubierto al aduanero Rousseau. Se había entretenido en hacer creer al buen hombre que era pintor de genio y que sus pinturas para barracas de feria eran sublimes. Jarry tuvo la idea luego de convencer de estas verdades a cierto número de "snobs". Se asoció para ello con el poeta fantástico Guillaume Apollinaire, que adoraba las bromas. Se burlaron mucho tiempo de Rousseau. Este no era más que un necio. Un día se vio comprometido en una estafa: aunque perfectamente honrado, había firmado recibos falsos por complacencia a un amigo de café. Su abogado alegó su irresponsabilidad. Para probar que mi cliente es pobre de espíritu, dijo, traigo varios cuadros de los que él pintarrajea los domingos". El tribunal prorrumió en carcajadas, se declaró convencido y pronunció su veredicto de inculpabilidad. Jarry y Apollinaire hicieron creer a Rousseau que había sido condecorado. Organizaron para el caso un banquete durante el cual le impusieron la cruz de la Legión de Honor en nombre del Ministerio de Bellas Artes. Al otro día hicieron saber a su víctima que la noticia era falsa. Hay muchas historias semejantes sobre el viejo aduanero. Pero no impide que hoy se vendan bien caras las mismas pinturas que hicieron reír a los jueces: y Rousseau resulta objeto de un agio desenfadado que ha enriquecido a muchos mercaderes. Por otra parte, Rousseau ha muerto pobre y sus dos inventores también. No habían imaginado hacer más que una farsa, y no especular.

Al mismo tiempo, siguiendo a Gauguin, que instalado en Tahiti, donde murió, había esculpido algunas imitaciones de ídolos maories, Apollinaire y sus camaradas, siempre en busca de novedades, descubrieron el encanto de los fetiches negros. Iban a hacerles visitas piadosas en las tiendas de varios comerciantes de curiosidades, que por otra parte, vendían poco. Se lanzaban gritos de admiración ante esos ídolos tallados a hacha. Eso era aún más hermoso que los primitivos. ¡Era todavía más sublime que el aduanero Rousseau! Era el arte en estado puro, despojado de toda habilidad, de toda ciencia falsa y escolástica, el arte inspirado directamente en el alma ingenua por la naturaleza. Y caían en éxtasis delante de esas "síntesis", esas piernas como palos, cabezas chatas, jetudas y estupidas, y esa exhibición de obscenidades simiescas. Se leían estudios de las razas inferiores y se las declaraba superiores a la raza blanca. Se quería encontrar allí la promesa de una renovación del estilo. La negrofilia se hizo inspiradora del cubismo y del surrealismo.

Al mismo tiempo nacía la moda del "jazz" y de los "cabarets" negros. Los excelentes negros se sorprendían y se encantaban. Desde el éxito de "La cabaña del tío Tom" no habían conocido regalo semejante. Pero la sentimental Mrs. Beecher-Stowe no les había concedido entre las otras virtudes, la del valor estético. Fue una explosión de elogios al arte negro en Montmartre. Porque en esa época Montparnasse estaba todavía lejos de ser el extraordinario "café-restaurant" internacional que ahora es el escándalo del verdadero París. Sin duda las esculturas negras ofrecen cierto interés. Están talladas en hermosas maderas. Tienen a veces expresiones atrayentes. Son decorativas. Pero con frecuencia son también repugnantes y atroces, y es preciso ser bromista o degenerado para comparar con Donatello, con los egipcios o con Rodin a esos espantapájaros para gorrones; es decir, por fin, son esculturas; es decir, que al imitarlas, los pintores que creían hacer algo nuevo caían sin advertirlo en el peor error académico. La escuela de David degeneró rápidamente porque se inspiraba en los cánones de la estatuaría

griega y ponía los colores encima. Copiar en pintura un fetiche negro es tan poco pictórico como copiar un yeso en la clase de dibujo; y es tan necio como querer hacer aceptar a un parisiense la mentalidad de un paísa.

Los escultores, por otra parte, se guardaron de caer en la trampa. Son gentes sensatas, preservadas contra la locura por las leyes fijas de su oficio. Si se permitieran la equivalencia de las bromas de sus compañeros de la paleta, pronto recibirían su castigo, porque sus figuras de barro se les caerían sobre la cabeza. Ya trataron de inspirarse en el arte "khmer". No sabían bien qué es lo que eso significaba. Era necesario ser más instruidos que lo que por lo general lo son para conocer ese arte. Fue el resultado de una civilización que duró quinientos años y que desapareció hace seis siglos, cuya historia nos es desconocida. Pero al fin, gracias a algunas fotografías de los monumentos de los templos de Angkor, se puede fingir el conocimiento de algo. Los frisos en que se desarrollan los motivos de encantadoras Apsaras, las bailarinas sagradas, han sido, pues, imitadas por escultores traviesos. Pero se han abstenido de copiar los fetiches negros. Han dejado a los pintores la fabricación de acuerdo con éstos, de esos horrores que los negociantes venden carísimos. El más claro de los resultados ha sido la creación en París de un barrio negro, equivalente al "Harlem" de Chicago. Lo que se titula modestamente "arte nuevo" se abismó allí con un buen lote de mujeres de mundo, que se parecían a las panceanas, a las que atraía la reputación especial de los negros. Allí se representaban, como en Montparnasse, escenas

que no tenían relación con las bellas artes. Y también Alemania estaba prendada del "neger Eros", del amor negro. No lo detestaba ni le llamaba "honte noire", sino cuando vestía uniforme de senegales. Pero cuando el Eros estaba desnudo y armado sólo de sus flechas simbólicas, lo adoraba. Y ya se sabe que la pintura de vanguardia cada día está más bajo la influencia del germanismo como bajo la del semitismo. Los estas berlineses deliran ante los fetiches.

Por otra parte, escriben con abundancia sosteniendo que la negrofilia puede ser muy útil para ayudar a destruir la cultura "welche". Es una buena arma contra la tradición latina que manejan. Obra como debe contra nuestro gusto y nuestra herencia. Hay en todas partes en la Europa Central, una cruzada contra el Occidente, una tentativa de imponer un orientalismo y un exotismo de pacotilla, a fin de derribar nuestros valores más firmes y más probados. Numerosos misioneros trabajan en eso dentro del propio París. El último hallazgo ha sido el de los "precolombianos". Muchos pin-

tores excelentes no sabían lo que era eso. Se los ha burlado. Pronto se les explicó que eso era el arte de las civilizaciones americanas anteriores a Cristóbal Colón. En efecto, se ignora casi todo lo que se refiere a ese arte en Francia. Eso no impide que en Montparnasse se hable de lo precolombiano con entusiasmo, entre gentes que no han tenido más cultura que la enseñanza primaria; y los más fervientes son los que no han pasado en toda su vida de los suburbios y no distinguen absolutamente entre los Incas y los

res Rude, Barye, Dalou, Rodin, pintores como Théodore Rousseau, Corot, Courbet, Manet, Puvis de Chavannes, Degas, Claude Monet, Renoir: he ahí grandes nombres del siglo XIX. ¡Qué autoridad moral no habrían dado al instituto! Este no acogió a ninguno de ellos; les prefirió los mediocres, por celos. Es preciso exceptuar a Delacroix, y todavía no fué recibido sino al fin de su vida, después de muchos fracasos humillantes. Y en su tumba un representante de la Academia habló con desdén mal disfrazado. Semejantes errores

no son efecto de la casualidad, son signos de un estado de espíritu muy desagraciado. Se asusta uno al leer la lista de la gente sin talento que ha sido elegida y que contribuyó también a crear el desprestigio completo de una institución útil, hasta el punto de hacer negar su conveniencia en principio. Es preciso advertir que los impresionistas no comenzaron absolutamente por ser hostiles. Por el contrario, deseaban verse recibidos en los salones que estaban bajo la dirección de la Academia. Manet atribuyó tanta importancia a ello que no dejó de enviar cada año sus cuadros al jurado, sin dejarse desalentar ni irritarse cuando sufría un rechazo; y en la víspera de su muerte prematura aceptó con placer el homenaje ridículo de una medalla de segunda clase. La revolución pictórica fué determinada por la intolerancia odiosa de los propios académicos. Excluidamente a todo artista que no hubiera pasado por la escuela de Bellas Artes. Y en esa misma escuela las recompensas se daban por recomendación. Era de regla, por ejemplo, que cada director de taller viera recompensar por turno a uno de sus discípulos en los eoneursos de fin de año.

Si uno de los talleres producía mejores discípulos que otro, se acordaba, sin embargo, el premio a un joven más mediocre, a fin de no molestar al profesor de éste con el del taller vecino. En el jurado del salón la parcialidad tenía consecuencias más graves: porque no había más que un salón anual, y este era para los artistas el único medio de hacerse notar y de vender una obra. Aquel que los académicos, reunidos como jurado, rechazaban, corría riesgo de permanecer ignorado y miserable. Por eso es que hombres como Courbet y Manet se decidieron a alquilar locales para exhibir su obra y apelar directamente al público. Eso fué el origen de las exposiciones particulares. Y ese no fué un signo de rebelión sino un estricto medio de defensa.

En los ambientes académicos mismos había quienes protestaban contra esa incua disposición de espíritu del instituto; por ejemplo Elie Delaunoy, Ricard, Paul Baudry, Paul Dubois, Gustave Moreau, Henner. Pero no pudieron impedir la revolución, ya inevitable. Y aun cuando el impresionismo conquistó

su público y organizó sus medios de existencia, el academismo no se arrepintió de ninguno de sus errores. De 1875 a 1890 dió a la República sus peores pintores oficiales. No se puede imaginar nada más condenable que las mitologías de Bouguereau y de Cabanel, las escenas teatrales de Benjamín Constant, los retratos burgueses de Bonnat y de Carolus Duran, las escenas históricas de Cormon, de Gérôme, de Gabriel Ferrier, los cuadros militares de Detaille y de Aimé Morot. No son más que lamentables figurones. Sin embargo, sus autores eran célebres, estaban cubiertos de condecoraciones, ocupaban los puestos más hermosos, ganaban fortunas, acaparaban todos los encargos del Estado. Se los repartía de tal modo, que se ha podido ver la decoración mural de un edificio como la Municipalidad de París, que ha costado numerosos millones, llegar a ser un modelo de desorden. Y no sólo esos pintores hechos con exceso tomaban el sitio de hombres de gran valor, sino que continuaban tratando de perjudicarlos. Se comprende que en estas condiciones, el academismo haya acumulado rencores cuyas consecuencias todavía duran. Es un cadáver que no se deja de pisotear. Es, sin duda, responsable de la crisis anárquica de la pintura actual. Si hombres como Manet y Degas hubieran sido condiciones, el academismo una revolución, que engendra siempre los peores excesos, sino una evolución normal que no habría roto los cuadros de la tradición y arruinado la enseñanza técnica: porque en el fondo de todas las pretendidas "audacias" actuales sólo hay una gran ignorancia. No se aprende, en verdad, el arte. Pero no se puede hacer arte sin saber su oficio, y ese oficio se aprende. Las escuelas lo enseñaban más o menos bien. Ahora ya no se sabe donde ir a aprenderlo, y toda la inquietud actual viene de eso, entre los jóvenes entregados a sí mismos. No pueden dirigirse a los "fauves", puesto que éstos tienen por principio que el instinto de improvisador basta para todo, que la enseñanza destruye la personalidad. Sin embargo, es justo comprar Artes hay actualmente un despartamiento de actividades. Decepcionados por lo que ven en la calle, buen número de jóvenes vuelve a la escuela. Ésta también se ha rejuvenecido por la entrada de profesores que tienen ideas liberales y nuevas, y se está reformando allí un medio muy interesante, mal conocido, calumniado, que todavía lleva el peso de las antiguas malquerencias. Es muy posible que dentro de algunos años, cuando la gente se haya cansado de las locuras y fealdades del anarquismo artístico, esa escuela regenerada, que rechaza los prejuicios de sus antecesores desaparecidos, vuelva a ser el centro intelectual que tanto necesitamos. Lo mismo ocurrirá con la escuela de Roma. Hace algunos años lo que se producía en la villa Medicea era tan desolador que bien se podía reclamar el cierre de esa casa inútil y costosa. Hoy se ve allí una serie de jóvenes artistas animados de un espíritu nuevo y cuyos envíos anuales son con frecuencia notables. Saben perfectamente lo que se hace y comprenden bien el peligro del asalto del internacionalismo judío a la cultura latina, y defienden la verdadera tradición de la raza. Contarán grandemente en el restablecimiento del orden. Es mucho más honorable formarse en la escuela de Roma que en los cafés de Montparnasse. Las revoluciones acaban siempre por Directorios en que se corrompen los insurgentes satisfechos. Es el espectáculo que nos presenta el "arte vivo". Y después, siempre hay Restauraciones. La del academismo vendrá, a causa de los excesos actuales de una época en que el gusto público se aparta del arte y va hacia los botaadores, hacia el automovilismo, hacia el cinematógrafo, al vértigo de la velocidad y al maquiavismo. Todo lo que se puede desear es que la reacción de esta restauración del academismo no nos vuelva a los peores detalles de Bouguereau y de Detaille, y a su misma mediocridad de espíritu. La anarquía, por lo menos, habrá servido, según es preciso esperar, para mostrar los tristes efectos de una intolerancia dogmática que siempre acaba por hacer estallar a los espíritus y temperamentos que comprime con exceso.



IDOLO PAHOUIO
(Colección Paul Guillaume)

"Son decorativas. Pero con frecuencia son también repugnantes y atroces, y es preciso ser bromista o degenerado para comparar con Donatello, con los egipcios o con Rodin a esos espantapájaros para gorrones"

Pieles doradas. "Very ridiculous", como diría ese buen Mr. Snowden.

Ante estas necedades la potencia académica es menos ridícula? Desgraciadamente no. Sería extremadamente útil en semejante crisis de desorientación, poseer un centro de arte que apoyado en la tradición representara el papel de regulador de las fuerzas jóvenes, cuyos deseos de novedad extravían con frecuencia. El academismo había sido constituido para ejercer esa función. Pero ha fallado por completo en ella. Con una especie de intuición al revés, no ha distinguido los artistas sanamente originales y verdaderamente grandes sino para perseguirlos y excluirlos. Los ejemplos de esta ceguera no son sino demasiados numerosos. Tome algunos artistas como los esculto-

CAMILLE
MAUCLAIR

(Para LA NACION)
PARIS, diciembre de 1929



El coreógrafo Nicolás Mizín y el cuerpo de baile de la compañía de revistas del Astral

KODAK TEATRAL

La actriz María Ester Pomar y los actores Segundo Pomar, Otegui, Rico, Mármol y el autor Alberto Ballesteros, en uno de los ensayos en el Astral



El conocido empresario D. Julio Traversa ha cumplido 30 años de teatro. Muchas cosas han cambiado en ese espacio de tiempo y, entre ellas, la expresión y los rasgos fisonómicos del propio Traversa no son los que menos cambio han experimentado

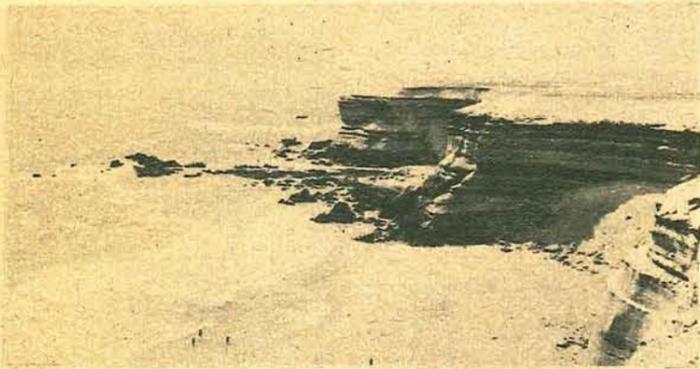


Del baile de Inocentes realizado en el Politeama a beneficio del Círculo de la Prensa. Las dos magnificas orquestas que amenizaron la fiesta: la típica Berto y la jazz Carabelli. Arriba: las chicas del Maipo en el bailable de "Lulú"

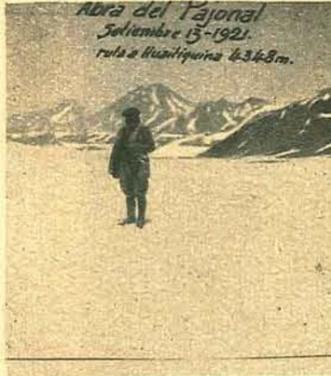




VISTA DE ANTOFAGASTA



La playa de la Lobería en Antofagasta



El ingeniero Sr. Quiroz en el abra del Pajonal



Salida del túnel en la quebrada de Cabi



Hito Socompa, visto desde Chile



Una de las entradas al túnel de Cabi



El campamento de Chimborazo

LOS FERROCARRILES RIELES QUE VINCULAN

HA sido empresa de titanes horadar el macizo de los Andes para comunicar a Chile con la Argentina, pueblos amigos nunca distanciados por el pensamiento, pero separados por la barrera más espesa y abrupta. Sin embargo, la piqueta del progreso abrió el granito, y el esfuerzo de las almas, tomando a su servicio a la técnica y al músculo, encumbró a los rieles hasta elevaciones de vértigo, encajándolos luego en atrevidos túneles que recogen la luz de los dos países.

Al transandino por Uspallata, cuyo lazo de unión es desde hace tiempo una alentadora realidad, se van a agregar pronto dos nuevos ferrocarriles de notable importancia fraternal y económica, llamados a transformar los hasta el presente mezquinos intercambios chileno-argentinos en aportes generosos de una y otra nación.

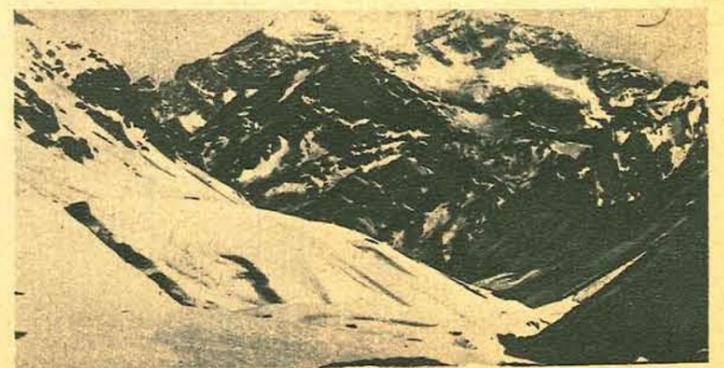
El primero de ellos, cuya terminación está a más próxima distancia, es el de Curacautín a Zapala, que atra-



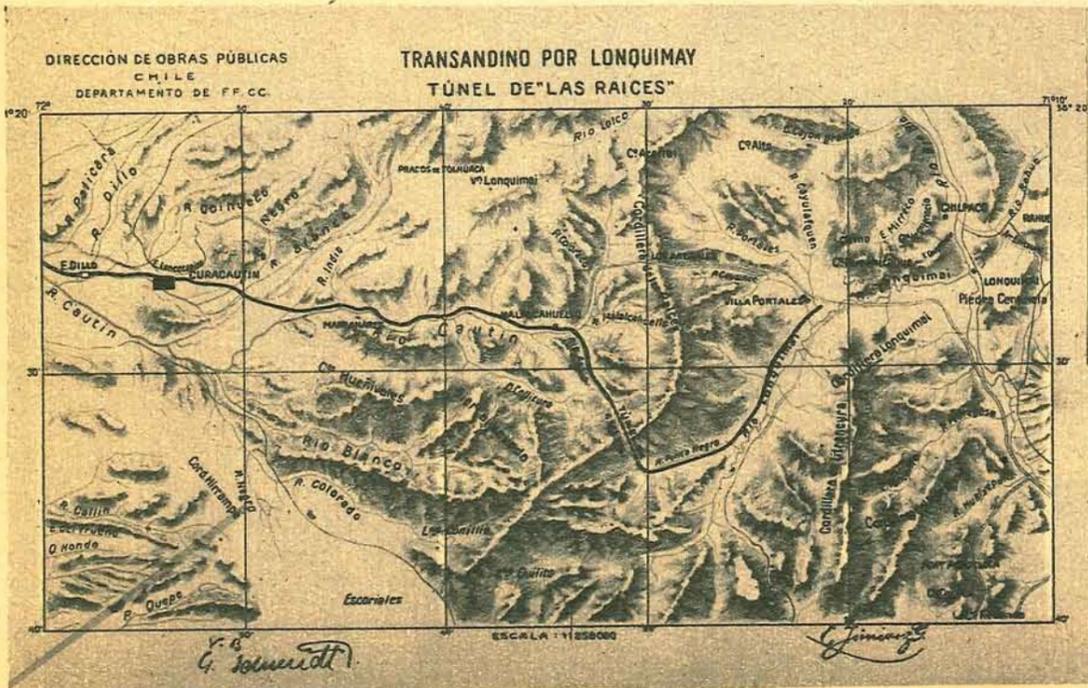
Perspectiva del volcán Socompa

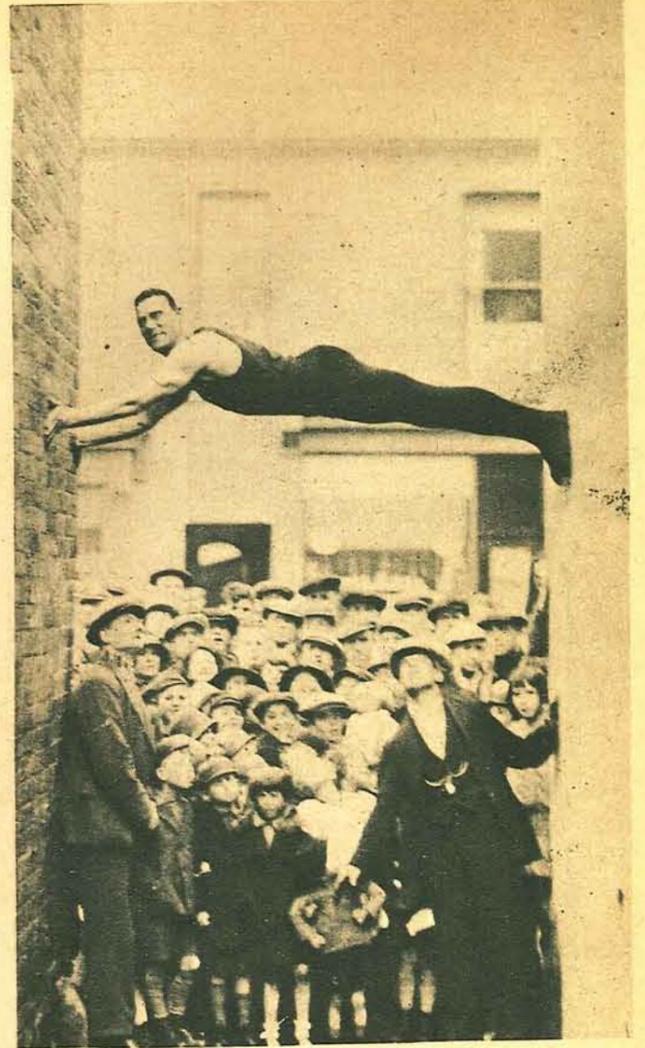


Las cuevas Valley en la Cordillera de los Andes



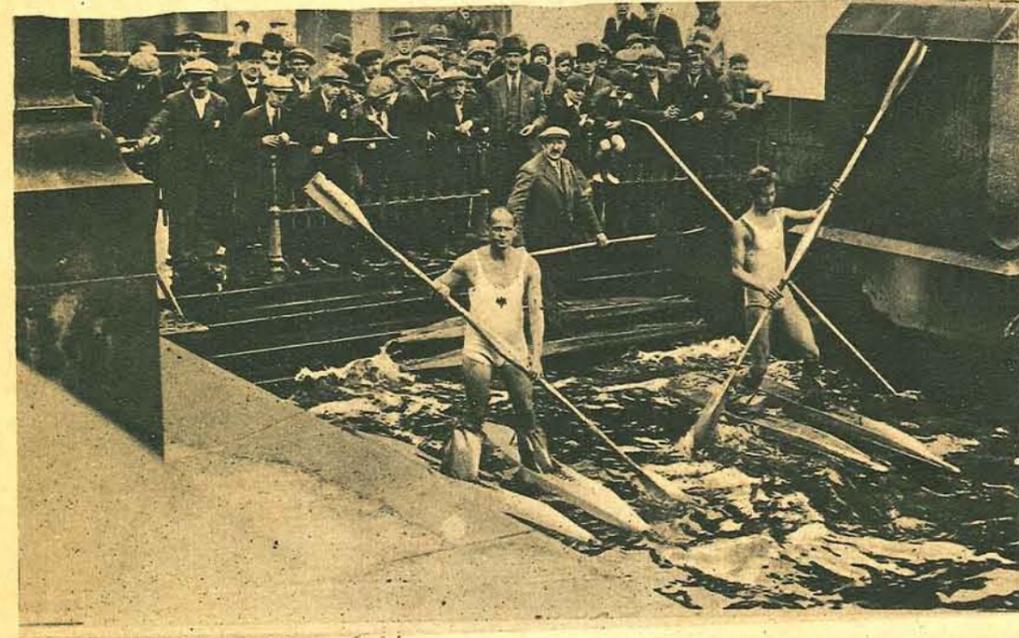
Una vista nevada del cerro Aconcagua





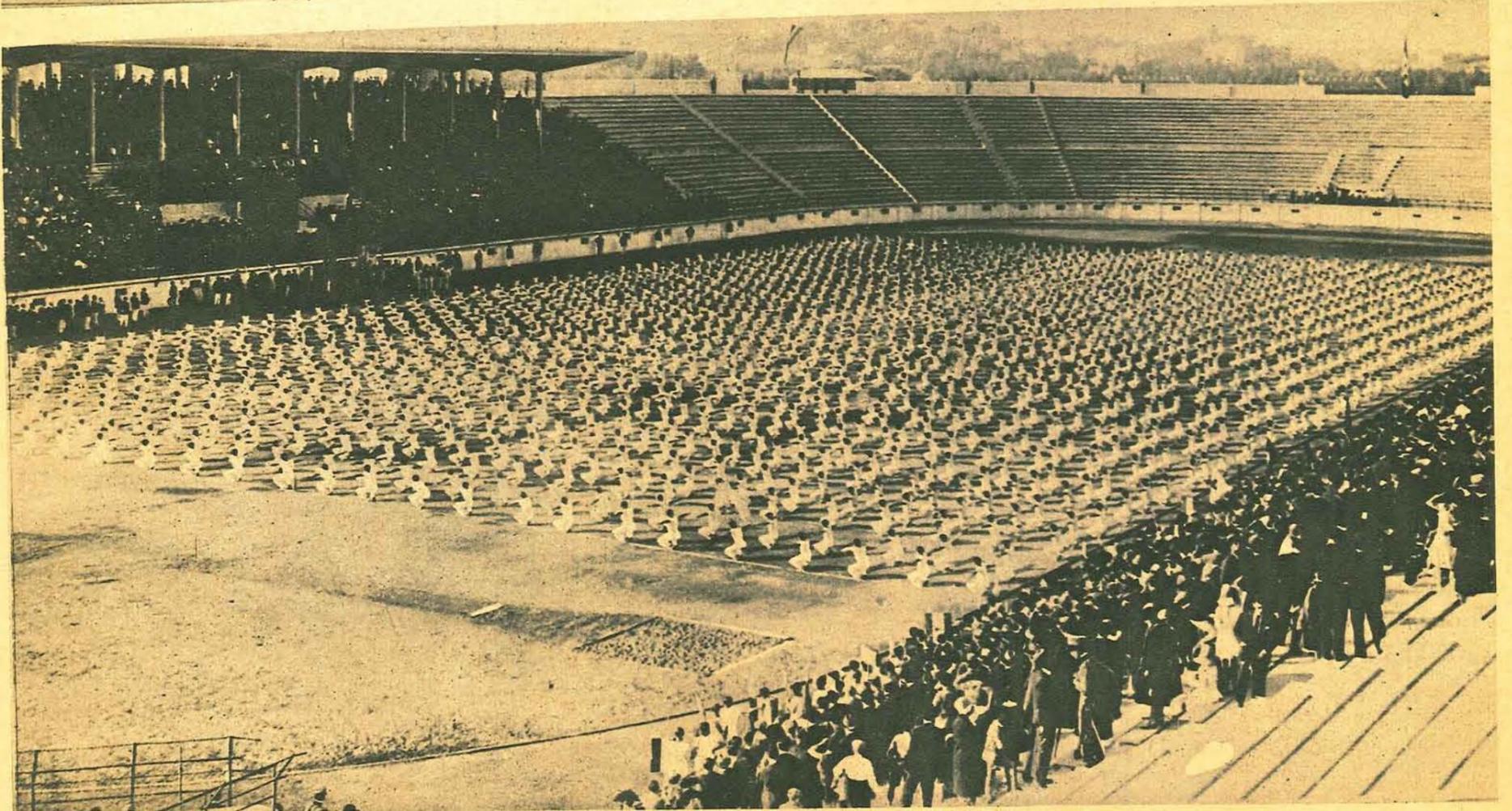
Aspecto de una de las alternativas del match de rugby jugado en el colegio de Eton, para festejar el día de St. Andrews. Mientras los jugadores se disputaban reciamente la pelota sus compañeros presenciaban la lucha desde un paredón

John Williams Farnsworth, minero de Clay Cross, cerca de Chesterfield, sostiene que es el hombre más fuerte de Gran Bretaña. Para apoyarlo realiza una serie de pruebas, entre las cuales figura la que muestra el grabado: con manos y pies apoyados en dos paredes verticales trepa con la misma facilidad con que pudiera hacerlo un gato



Un nuevo sport han puesto en práctica los estudiantes austriacos Mitter e Hirsch, al cruzar el río Támesis sobre dos flotadores de goma y avanzar contra la corriente mediante un remo doble

SPORT EXTRANJERO



Un aspecto del gran despliegue atlético realizado en el estadio Nacional de Roma, ante la presencia de Mussolini y una gran cantidad de espectadores

TODAS las mujeres bonitas se parecen o pueden parecerse a alguna estrella o actriz de cine. Esto, que puede ser una frase vulgar cualquiera, es, sin embargo, la conclusión anti-burguesa que estuvo a punto de resolver la vida de mi amigo el poeta Enrique Kitzler. Sólo que, para su desgracia, mi amigo erró una noche en el "Princesa" la dirección de su único tiro y con él enajenó, además de la lógica, su revólver...

Yo no tuve después el coraje de llevarle otro al manicomio. Preferí más bien recomendarlo cristianamente al Dr. Ameghino. Con todo, ya era tarde para salvarlo.

¡Pobre Enrique Kitzler! Acaso alguna vez escriba un libro en su homenaje. Bien lo merece su extraordinaria vida de "raté" turguenefiano, o quizá de "soñador del ghetto", puesto que un día él danzó como un "farceur juif" ante el arca de Nuestra Señora de Jerusalén. Pero, mientras, me limitaré a fijar hasta donde me sea posible, su lúcido sueño de muchacho enamorado. Y también los reflejos de aquella sombra blanca que llenó de pasión y de locura sus últimos días sobre la tierra.

◆ ◆ ◆
Caso extraño entre muchos el de este Ashaverus niño que nació en Gotinga y dió la vuelta al mundo antes de cumplir los veinte años. Quince solamente tenía cuando sus padres lo llevaron a Nueva York. Ya estaba formada su alma de estudiante anormal que olvida las declinaciones latinas para recordar mejor los versos del "Buch der Lieder". En Nueva York tardó tres años en preparar su ingreso en la universidad. Todo porque al mismo tiempo que las suaves heroínas de Poe y los rudos "pioneers" de Whitman, Kitzler quiso estudiar el corazón de una linda prima cuyos ojos azules empezó a cantar en un "Intermezzo" feliz.

Pero había nacido bajo la estrella de Enrique Heine. La rica prima de Manhattan, muy orgullosa de saberse "New Yorker" y de ignorar casi por completo el idioma de sus padres, transformó bien pronto en elegías los felices balbuceos del poeta. Y aunque ella creíase curada de romanticismo, soñaba, sin embargo, un vidente director de cine que la llevara cuanto antes a Los Angeles.

En fin, aquella "vieja historia que siempre nueva será", partió el corazón de Kitzler para confirmarle que si había nacido bajo el signo fatídico de Enrique Heine era imposible escribir el "Buch der Lieder" al revés.

◆ ◆ ◆
En Nueva York más que en Hamburgo, la suerte suele manifestarse en un vértigo de ascensión o de caída sin términos medios. Y por aquellos días Kitzler sufrió una desgracia tan grande que casi le obliga a olvidar para siempre su fracaso sentimental. Bruscamente, como suceden las cosas que juzgamos más imposibles, Kitzler perdió a sus padres en un accidente de subway, en el que murieron cerca de cien personas. Una verdadera catástrofe. La conmoción de una parte de Nueva York fué tal, que al día siguiente medio Brooklyn asistió al duelo. Y esa misma tarde Kitzler tuvo que escapar hasta donde le fué posible para no sufrir la compasión de sus tíos y menos la piedad de la prima que, no obstante todo, parecía ver en la desgracia un record de la gran ciudad.

◆ ◆ ◆
Ahora bien; ¿qué hace un muchacho de imaginación despierta solo en el mundo y con una doble muerte en el corazón? Desde luego, si quiere continuar viviendo, huir cuanto antes de todo lo que puede significarle un recuerdo de angustia. Fué lo que hizo Kitzler.

Primero vagó por diversas ciudades de la Unión, hasta gastar el escaso patrimonio heredado. Después se dió a vivir tipos de O'Neill en Méjico, Cuba y Honduras, para embarcarse al fin con rumbo a California. Allí buscó inútilmente a la dama de sus primeros sueños, y como no la encontrara, embarcóse en un buque de carga, a la India.

Dos años de continuas vueltas, como cualquier personaje marino, y una mañana de agosto Kitzler llegaba de nuevo a Alemania. Pero en tanto, había estallado la gran guerra y las primeras proclamas del Kaiser, en nombre de Dios, hicieron de Kitzler un rebelde.

Así, cuando el martillo de Thor hundió la estatua de su poeta, no pudo más, y a fin de no ser alistado con los gordos filisteos de Gotinga, huyó en aeroplano hacia donde, en otra época,



empezaba el país de la libertad. De Alsacia pudo llegar a la capital del mundo en tren de propaganda aliadófila. Mas, ya en París, los franceses casi lo matan, confundiendo con un espía alemán. Por suerte, un comité de judíos alsacianos, de Spire, ayudóle a pasar a Inglaterra.

Una vez en Londres, cansado de tanto vagar y deseoso también de morir por algún ideal humano, alistóse en la primera legión anglo-judía y fué a luchar bajo las órdenes del general Allenby en la reconquista de Sion.

¡Efímera gloria! Porque Enrique Kitzler no tuvo, como su ilustre antepasado, Jehuda Halevy, la suerte de morir en Jerusalén. Pero a su vuelta no dejó de ser por eso un soldado desconocido en la cruda realidad de Inglaterra. Un soldado desconocido y no el único...

◆ ◆ ◆
Ya se sabe: quien ha despertado un día su temperamento errante no puede quedarse quieto en ninguna parte, que todas le resultan estrechas.

Por tanto, a poco de firmarse el armisticio, Kitzler sintió necesidad de reiniciar sus correrías por el mundo. Empezó primero otro viaje a Nueva York para visitar la tumba de sus padres. De Nueva York pasó al Canadá, poseído por la quimera del oro... Aquella prima de Manhattan seguía inquietándolo. Y al fin, desengañado de todo, viajó por la costa del Pacífico, hasta llegar a Buenos Aires.

Tenía entonces veinticinco años cumplidos, ocho dólares de capital y una bala previsor en el revólver: su tiro de gracia en último caso.

◆ ◆ ◆
Aquí fué de todo: vendedor de periódicos, traductor y profesor de idiomas, intérprete en el Hotel de Inmigrantes. Y siempre, hasta cuando no hacía versos, poeta por el género de sus inquietudes y por su pintoresca visión del mundo.

Yo lo conocí al año o poco antes, en casa de cierto escultor judío que gustaba reunir literatos en su taller de la calle Azcuénaga. Kitzler era de todos el menos asiduo si no el más raro. Una de esas personas que no se descubren en seguida a los ojos de nadie, pero que por lo mismo tienen el don de interesar a todos.

Muy alto y rubio, de rostro labrado por el sufrimiento y la intemperie, de pelo enralecido, formando dos ángulos abiertos sobre la frente, sólo sus ojos, claros y chiquitos, ponían cierto brillo ingenuo en su expresión.

Este rasgo, tan en contraste con su altura de Quijote, hacíalo menos interesante sentado que de pie. Como que así era más evidente la diferencia. Otro detalle acentuaba aún dicho contraste y era su sonrisa de viejo, que deja ver los dientes superiores muy separados. Parco de palabra y tímido hasta la exageración, Kitzler hablaba siempre a las personas más próximas a él y en voz baja, como si dijera cosas que no todos debían escucharle. Tardamos en comprendernos, pero al fin nos hicimos íntimos, con gran asombro del escultor y de sus contortulios más inmediatos.

◆ ◆ ◆
Nuestro primer tema de relación fué el "Libro de los Cantares". Después llegamos a ponernos de acuerdo sobre algunas otras obras y autores... Pero no es cuestión de hacer ahora el recuento de nuestras afinidades literarias. Estas no suelen ser las determinantes de una amistad, bien que lo fueran en nuestro caso. Sobre todo, al conocernos. Porque luego nos unieron otras razones, aunque, por cierto, no menos literarias, como se verá.

Yo trabajaba por aquellos días en una empresa internacional de películas; Kitzler ingresó, por mi intermedio, en la misma casa, como traductor del alemán. Mi interés por ese idioma, así como el suyo por el criollo, nos llevaron a un frecuente intercambio de lecciones. Por último, ya muy amigos y entusiasmados con la idea de escribir una biografía de Heine, en colaboración, nos fuimos a vivir juntos. ¿No éramos igualmente libres y solteros? Alquilamos, pues, dos cuartos en una casa de pensión próxima a las barrancas de Belgrano y allá trabajamos unidos hasta cuando pueden hacerlo dos hombres. Es decir, hasta que una mujer se interpuso entre nosotros.

Entonces Kitzler, súbitamente enamorado, dejó la biografía de nuestro poeta—en la que ya estábamos reduciendo documentos cual dos flamantes hermanos Goncourt—para ir noche a noche al cinematógrafo en busca de su amor. Y como eso, después de todo, era lo más heineano, yo me aparté discretamente para dejarlo a solas con sus sentimientos. ¿Qué menos podía hacer?

Los sentimientos de un hombre joven son—según Kipling—casi tan sagrados como los de una virgen. Y aunque los de Kitzler eran más fáciles de adivinar, porque nada es tan evidente como un amor de poeta, yo preferí apartarme, seguro de que su pasión iba a favorecer nuestra obra...

◆ ◆ ◆
¡Cuán lejos estaba de sospechar la inutilidad de su nueva experiencia! Pero está visto: siempre que nos enamoramos es como si fuera por vez primera. Quizá con el aumento de los años disminuya nuestra capacidad de ilusión. Mas un verdadero poeta conserva íntegramente los sueños de su primera juventud y unas veces en un cuadro, otras en una estatua, aparece aquel mismo amor transfigurado. Es lo que pasó a mi amigo.

Después de admirar veintitantas noches seguidas la misma película de Eleanor Boardman en distintos cinematógrafos del centro, Kitzler acabó por no hallar ninguna diferencia entre aquella inolvidable prima de Manhattan y esta preciosa criatura que atravesaba, noche a noche, San Francisco de California ante sus ojos, con orgullo de hidalga, según el título de la película.

Claro que, fiel a su carácter, Kitzler no me dijo al principio una palabra de este amor. Y como entonces yo ignoraba igualmente el otro, no supe interpretar su silencio cada vez que lo veía volver alucinado del biógrafo...

Pero un mes más tarde hube de comprenderlo todo claramente. Y me alarmé. Porque este muchacho que había sido mi amigo durante mil días de cordura, acabó por seguir libremente a su sombra blanca por todos los cinematógrafos de la ciudad.

Así me lo dijo en una larga carta que me dejó en la pensión. Y aunque en ella era evidente su pedido de "humouring" (en el sentido de indulgencia que los ingleses dan a esta palabra in-traductible), campeaba entre sus renglones una finísima ironía sentimental con citas de Peter Schlemil y cierto calembour ingeniosísimo con el apellido de la Boardman. Pero ni una sola queja.

Con todo, cuando leí aquella carta me acordé de los versos de Heine:

Ich habé mit dem Tod in der eignen
Dem sterbenden Fechter gespielt.

En seguida tuve el presentimiento de que esta vez mi "farceur" moriría también en su papel. Por eso no vacilé en lanzarme tras de sus pasos.

◆ ◆ ◆
No lo hallé en seis días de afanosa búsqueda. Pero al séptimo, como no descansé—a pesar de la tremenda lluvia—di con él por casualidad (¿quién dijo que la casualidad es Dios?) en la encrucijada de Esmeralda y Corrientes, a eso de las once de la mañana. Kitzler iba a ver su película en el cinematógrafo continuado de la calle Suipacha. Me ofrecí a acompañarlo y aceptó de buen grado "por el placer de verla conmigo". Naturalmente, me cuidé muy bien de aludir a su condición de prófugo y menos a su aspecto de hombre abandonado, con una barba creciente de ocho días.

Ya en el "Princesa", aguantamos una serie de actualidades, un poco remotas, antes de "Orgullo de hidalga". Kitzler, lleno de expectativa, como si se tratara de un estreno de Carlitos, callaba filosóficamente. Yo tampoco me decidía a romper el silencio, casi absoluto, en la sala desierta. Cuando al fin apareció Eleanor en la segunda escena de la película, Kitzler me preguntó con toda naturalidad si ya había visto a "su" prima en esa película, y como yo le dijera que sí—disimulando mi sorpresa por la seguridad de su identificación familiar—agregó: "Se puede ver otra vez". Entonces me permití sonreír: "Y muchas veces, según parece". Pero Kitzler, con los ojos fijos en la pantalla, no me contestó. Durante cerca de tres cuartos de hora no cambiamos palabra. La película era, en su género, interesante. Y como la veía por segunda vez, pude apreciar mejor el trabajo de la estrella y los mil detalles que reflejaban la realidad imaginativa de los yanquis. Sobre todo, en la concepción de cierto personaje mejicano, bastante españolado, que sólo servía para destacar mejor la figura varonil de Pat O. Malley. Era Harrison Ford que hacía un mejicano muy del gusto de las gentes del Norte, todavía en la España de Merimée. Y hasta había en la película una escena digna de las mejores de "Carmen". Aunque, para mi gusto, la excelencia de la película residía casi exclusivamente en la pintura magistral del yanqui próspero y enamorado... Feliz dualismo que constituye hoy como ayer el ideal de tantos jóvenes. "De l'amour avec un suplement d'argent..."

◆ ◆ ◆
No es el caso de decir ahora hasta
(Continúa en la página 31)

BUENOS CONSEJOS



OS cosas deben ser prohibidas durante un viaje aéreo: ponerse a pensar que el piloto puede morir de un síncope y ceder al deseo—muy frecuente, aunque parezca mentira—de salir del avión para acostarse en un banco de nubes. En el primer caso, se le da un disgusto al corazón; en el segundo, a la cabeza.

VELOCIDAD

A mil metros de altura, las cosas de la tierra parecen quietas, y el avión también. Pero la velocidad se nota en esto: al pasar por Palermo, se vuelve uno hacia el viajero que está en la ventanilla opuesta y dice: "¡Mire qué bien se ve la cervicería!" El otro insuena un instante en oír lo que se le comunica, y tras de unos segundos para arreglar las cosas que tiene sobre las rodillas, accede. Asoma la cabeza por la ventanilla y confirma: "Efectivamente, son las instalaciones de Palermo". Pues ya no son. Son las de Quilmes.

DECEPCION

Cuando un viento arrachado comienza a zarandear a un avión en pleno vuelo, no hay cosas que irriten más que los elementos de "confort" que exhibe la cabina: el reloj, las cortinillas de las ventanas, los cojines de los asientos. Resultan mudos cómplices de una farsa de comodidad que sólo entonces se descubre.

VIA LIBRE

Esos mil metros de profundidad que se extienden desde el piso del avión en vuelo hasta la tierra, son los mil metros más transitables del mundo. A veces la congestión del tráfico resultaría una perspectiva consoladora.

LOS POZOS DE AIRE

Las rutas de la atmósfera tienen sus baches como los tienen los caminos de la tierra. Son los pozos de aire. Si se juntara con una línea los altibajos que se hallan sobre el desierto patagónico, al salir de Bahía Blanca para el Sur, resultaría un esquema con más picos que el gráfico de un terremoto.

UNA COMPARACION MAS

Vistos desde un aeroplano, a quinientos o mil metros de altura, los "cottages" de Olivos y Vicente López, con sus techos de dos aguas, su par de ventanas y la puerta abajo, semejan señoritas pelirrojas y enfurruñadas que dijeran: "¡Mechant!"

DESOLACION DE BUENOS AIRES

Desde cualquier punto que se llegue, de día, Buenos Aires presenta al espectador aéreo el aspecto de una inmensa cale-



ra abandonada en la pampa. Única señal de orden son los oscuros cañadones, tirados a cordel, que cortan el caos de calcáreo en pedazos bien delimitados. Y en estos desfilaros, una que otra aglomeración de cochinitas, con el lomo lustroso, que esperan turno para correr por una bocacalle de juguete.

AVIDEZ DE CURIOSOS

El aeroplano que aterriza de

RESTAURANTE DE LA SALAMANDRA

"Bailemos y cantemos nosotros que nada tenemos que perder".—ALOUYSIUS BERTRAND

SANTA Teresita del Niño Jesús jugaba con la muñeca de trapo cuando la Virgen apareció ante sus ojos nunca demasiado alabados.

Me pondría a cantar y bailar porque Santa Teresita es hermosa y yo un pobre muchacho, inútil, hasta para ganarme la vida con los titiriteros. Estoy en Lisieux, con un camarada y algunos francos. ¿Conoce usted Lisieux, en la Normandía, hacia el noroeste de Francia? ¡Ah, de la buena sidra normanda! Ahora, en el antiguo Restaurante de la Salamandra, yo aguardo también una visión.

¿Conoce usted la rue de la Paix, una mañana de sol, mientras Santa Teresita duerme en su lecho de flores, rodeada de cristal, de un claro cristal, y la rue des Fevres, coloreándose de quincallerías el ajado rostro?

Yo volvería a leer, no sé por qué, "Mi Hermano Ives".

O "El Tambor Legrand".

Los vitraux de la iglesia de Saint Jacques contaban historias de santos. Y el padre de Teresita es muerto y sólo una hermana de Teresita es viva y Teresita es muerta.

Pero la buena gente normanda le ofrece gentilmente su homenaje, una palma y alguna lágrima. Ahora, hacia las doce, se oye chocar de vasos. Por que la buena gente de Francia tiene tiempo para amar y tiempo para beber y cantar.

Y tiempo para esperar que los buenos viejos gobiernen el país. Los buenos viejos de Francia están como ella fatigados, pero como ella aman el vino y tienen espíritu alegre.

Ninguna mujer me quiere y he visto pocos niños en el Mediodía, en la Normandía, en Carcassonne y Trouville, por ejemplo; pero, frente a mi ración de Camembert, como un perfecto francés, escancio despreocupado mi garrafa de sidra y mi corazón está feliz, como el de la graciosa emperatriz.

improvisado en una población campesina y es rodeado por la gente curiosa, sobresale de entre la multitud como un insecto gigantesco y muerto, envuelto por una colonia de hormigas que pretenden destruirlo. Y sin duda la misma gente curiosa aguantaría hasta lo último el similitud de las hormigas, si la policía dejara que el público manosease demasiado las alas y el fuselaje.

LA COQUETERIA QUE FALTA

Desde un avión todas las ciudades parecen feas y pobres. Aun no hemos adquirido la coquetería del techo, así como la tenemos para los balcones y fachadas.

LAS NUBES

Desde tierra las nubes "cumulus" parecen de formas redondeadas. Vistas a la misma altura que ellas, las mismas nubes son redondeadas por arriba y planas por debajo. Se asemejan a masas inmensas de algodón que hubiesen servido para limpiar un vidrio.

UN RUIDO IMPREVISTO

Cuando se vuela sobre el

altura, Buenos Aires ya no es Buenos Aires. Es una aglomeración de casitas muy semejantes a las del cementerio de la Recoleta. Es el momento de ponerse a pensar en la gracia de Gloria Guzmán y en los chistes de M. Fallot.

MARCHA ATRAS

Un viajero duerme a bordo de un avión por dos motivos: 1o. Porque tiene sueño. 2o. Porque tiene miedo. En este

PEQUEÑOS POEMAS EN PROSA

PARIS, diciembre de 1929

EL ALBERGUE DE LA CAMPANA

"No perdurarán los poemas escritos por bebedores de agua".—HORACIO

MIENTRAS los estudiantes japoneses aprenden a bailar el tango en las "boites" y al entrar más tarde a la Sorbona pliegan su sonrisa como una servilleta, aquí, en la antigua taberna, dos árabes especialmente contratados por la Wagon Lits divierten a los comerciantes de Chicago y nosotros, nosotros bebemos el cálido vino de Francia.

Pediría un saxofón y una langosta de colores y una galera gris.

O una hornacina para ubicar a ese burgués con los ojos verdes, e hinchado de gruesa cerveza.

O un grimorio para conjurar a los duendes que adornaron la cripta, apta para los escamoteos del célebre jugador Oarkurst que aquí desplumaria con admirable facilidad a los turistas, mientras el pelirrojo del piano canta "Mi tío tiene un chaleco de pelo de cabra" o "Quiero un tambor en las orillas del Bam Bam Bam".

O una sonrisa de muchacha del bosque servida para mí por alguna "tzigana" especialmente contratada por la Agencia Cook.

Pero no se trata de pedir sino de dar y yo esta noche no puedo dar otra cosa que mi alegre corazón.

Somos camaradas, es verdad, ante todo. Amamos el buen vino y las risueñas mujeres y llegaremos a tener una novia en cada puerto.

Y creemos en Dios, en los sabios alemanes, en los comunistas rusos, en los estadistas franceses y sobre todo, sobre todo, en este "gnomo" de cabezota colorada y cejas puntiagudas que con voz de falsete, entra a anunciarnos que la mañana está en la calle.

En la calle en donde "yace el corazón", en la calle que da a todos los azules caminos de Francia.

RAUL GONZALEZ TUÑON

mar con aparato de tierra, hay un ruido más impresionante que el del motor: el silencio que se produce cuando la hélice deja de funcionar.

PREDESTINACION

De día y a mil metros de



Ilustraciones de Luis Macaya

EFECTOS DE LA LLUVIA

Se vuela sobre un lugar desértico. El sol está declinando. Ha llovido recientemente. Al menor balanceo del aparato aparecen entre las matas negruzcas millones de refucilos. Y uno se pregunta: ¿Serán en realidad charcas de agua, o es que en ese sitio reside un gigante maniático, que ha volcado en el erial todos los cascos de botellas del mundo?

EL HOMBRE DEL MONOPATIN

Desde Puerto Madryn, desde Trelew, desde San Antonio Oeste, siempre se presentan al observador de la atmósfera estrechos senderos, que parecen abiertos en el suelo por un monopatín. ¿Quién se ha entretenido en trazar esos senderos en la inmensidad? Seguramente en la inmensidad. Pues la ruta no va más allá de cuarenta o cincuenta miserables leguas, que se aprecian de un solo vistazo en cualquier mapa, y desde el aeroplano también...

ATAVISMO

Al cruzar la Patagonia, el talud de las mesetas escalonadas blanquea como la parte delantera de una ola que se rompe.

Todavía la comarca alucinante conserva el aire de familia con el océano, desde los tiempos en que era el mar Andino.

A CADA CUAL LO SUYO

Los aviones que regresan a Buenos Aires después de una jira por el interior, traen consigo: 1o. Muchas hazañas imaginarias para los amigos de los viajeros. 2o. El informe rutinario del piloto para la compañía de la línea. 3o. Una cosecha de firmas en las alas, para el lavador del hangar.

LAS VERDADERAS PROPORCIONES

La multitud que adulan los tiranos y cortesan los empresarios de espectáculos, da desde una altura de dos mil metros, la impresión de una gusanera. Prefiero una bandada de gaviotas, que, a lo menos, semeja infinitesimales pajaritas de calcio o de bórax.

LA TIERRA Y LA ENSEÑANZA

En realidad, la tierra no es más que un mapa en relieve construido por un estudiante, desprolijo y chapetón. Desprolijo porque no ha pegado los letreros que indican el nombre de los lugares, y chapetón porque rara vez sus montañas y ríos coinciden con las montañas y ríos señalados por la ciencia oficial.

Y si no se cree, compárese cualquier visión aérea con los bonitos mapas plásticos que hay en los colegios. A ver si tengo razón...

LA MERE CATHERINE

"El hombre que se acuerda de cada día se consumirá en una rabia inútil.—LEONOV

QUIERO acordarme de algo que soñé en Buenos Aires, al comprobar que Buenos Aires no tenía alma.

Quiero acordarme de un país dibujado sobre el vidrio, una tarde, lloviendo, mientras el organito daba vuelta al ocaso y de la tierra subía un perfume conocido. También he visto en París organitos.

Quiero ubicar al figón de la Mère Catherine, que ya conocía, tanto, como a ese perfume de mi querida tierra.

He aquí que estoy en el viejo Montmartre, en la Place du Theatre, y hasta mí llegan los colores de los cartelones, que me emocionan porque como los espejos, tienen alma.

He aquí que la vida es diferente; he aquí que hay un sol y un vino distintos y yo soy el hombre triste de los hoteles que acaba de encontrar un amable refugio y un rostro amado, y una voz que ya estuvo en otra mujer, y una mujer que ya estuvo en otra tarde, cualquier día, en una ciudad de paso, en una de esas ciudades llenas de despedidas.

He aquí que los tejados son tejados, y las piedras piedras, y a todas las cosas se les puede llamar por sus nombres.

Y por una muchacha es servida la buena mesa. Ella no me comprende y yo sonrío como un niño deformado por un cristal.

He aquí que la vieja Mère Catherine ha dejado escrito que: "Viva el buen vino, el buen amor, la buena mesa y la buena canción".

Después de todo, amigos míos acordados ahora al panorama más lindo del mundo, ¿qué cosa hay en el mundo superior al buen vino, a la buena mesa, el buen humor y la buena canción?

Todo eso, y hacia atrás, ya olvidados, los malos días de miseria y de hastío, suelas consumidas y ojos con sueño, y delante, no esperados, los malos días que seguramente vendrán, de miseria y hastío, suelas consumidas y ojos con sueño.

No importa, porque ellos serán compensados alguna vez, cualquier día, como éste, con un buen vino, una buena mesa, una buena canción y un buen amor.

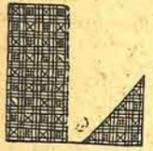
último caso el menor desequilibrio del aparato lo hará despertar sobresaltado. Pero no abre los ojos porque desee ver lo que ocurre. Lo hace porque le parece una gran imprudencia estar fingiendo despreocupación por la suerte, en la cara misma del Destino.

ENFLAQUECIMIENTO

No hay cosa que enflaquezca más rápidamente que las alas de un avión. En tierra, estas alas son llenitas y redondeadas, pero a los pocos segundos de vuelo la presión del viento las sume hasta hacerle mostrar todas las costillas. Quedan más juntas que las alas de un murciélago.

EL SECRETO

POR EDMUNDO MONTAGNE



AS personas de la relación de Guillermina, solterona, rica y sola, no le perdonaron nunca de muy buenas ganas su dama de compañía. Tener una dama de compañía era casi como declararse extranjera en su propio país y hasta descontenta en su mismo medio social.

Las más complacientes se atrevían a decirle:

—Eso no se estila aquí; pero cuando se encuentra una persona como Fortunata, vale la pena ponerlo en uso.

Y tras esto quedaban defraudadas, al esperar, como esperaban de Guillermina, si no la revelación del secreto de esa disimulada amistad, por lo menos algún indicio que fuese base para la propia indagación.

Nada de revelaciones. Ningún indicio. Guillermina no hacía más que sonreír con bondad a las atrevidas, como para significarles que también opinaba ella lo mismo de Fortunata. Sólo por ser como era valía la pena ocurrirsele a uno tenerla de dama de compañía.

Entre las más viejas amistades de la familia no faltaban quienes recordasen que Fortunata había sido al principio profesora de francés de Guillermina y luego institutriz del sobrinito Cocho. Fue por el tiempo del famoso fracaso de Guillermina, quien, después de rechazar tres partidos matrimoniales del gusto de la madre, había esperado el regreso de un joven ingeniero inglés para casarse. Pero el ingeniero no regresó. Contratado por una empresa estadounidense, contrajo enlace y permaneció en el gran país del Norte.

El estudio del francés pareció al pronto anunciar largos viajes de olvido, que Guillermina no realizó ni aun muerta la madre. Al contrario, se hizo cargo entonces de Cocho y transformó a su profesora de francés en institutriz del chico.

Fortunata fué asimismo desconcertante para las averiguadoras, quienes la descubrieron poseedora de un solo y sencillo sentimiento respecto de Guillermina: el de que era una señorita muy buena. Si algo más hubieran podido saber, habría sido el modo providencial cómo llegó ella a servir en la casa. Pero eso lo tuvo siempre por asunto de su fuero interno, sobre todo después de muerto David, su marido, con quien solían hablar de ello como de cosa sagrada.

Nada. Que a la copia formada por Guillermina y su dama, se la tenía que aguantar sin explicaciones. Parecía cosa hecha desde la creación del mundo, y que el secreto de tal acopio sólo lo guardase Dios. Las dos mujeres fueron jóvenes y andaban juntas; maduras, y juntas también; envejeciendo, e inseparables siempre: en el cupé, por Palermo; en el palco, durante la temporada lírica; en casa, compartiendo la intriga de la misma novela o los diseños de una misma labor de aguja.

Encanecidas ya, cierta bella tarde de otoño en que, como de costumbre, permanecían juntas en el cuartito de costura, mirando el arbolado trozo de plaza que desde sus ventanas se dominaba, la señorita tuvo una exclamación jamás hecha:

—¿Cómo amaré usted ese pedacito de plaza, Fortunata!

Fortunata miró a la señorita impulsada por un sobresalto. Es lo que ella se había dicho mil veces en los veinte años de su grato servicio: "La señorita Guillermina debió ser testigo de mis amores con David". Y por fin ella misma parecía querérselo confesar. Su cara expresaba una ternura y un anhelo confidencial que no le había conocido hasta ese momento.

—Por eso he pensado yo a menudo—continuó la señorita—que esta casa le pertenece más a usted que a mí.

—¿Señorita Guillermina!

—¿Es que tengo yo nada que ver, desde estas ventanas, que sea tan mio como es suyo aquel banco?

—Oh, señorita, señorita!—prorrumpió enrojecida Fortunata, con una emoción tan correspondiente al tierno deseo confidencial de Guillermina, que ésta continuó:

—Y, sin embargo, Dios solamente sabe todo lo que me hubiera dolido que, en una de las tantas veces como transformaron la plaza, hubiesen cambiado el aspecto de esa esquina. ¿Us-

ted recuerda qué día fué el de hoy, para usted, hace veintiún años? ¿Hoy, 15 de abril?

—¡Oh! ¿Cómo no recordarlo? ¡Cómo! Pero, ¿pudo usted, señorita, saber esa importancia?

—Verá usted, Fortunata. Qué causa le daba importancia a esa tarde. no.



no lo supe; pero si comprendí que la tenía para ustedes, y mucha.

—La tenía, señorita, es verdad, muy grande, muy grande. ¡El me fijaba día para nuestra boda!

—Siempre creí que sería eso. Y fijó el primer día de primavera, ¿verdad? ¿Qué fino era David!

—¿Señorita!

La exclamación de Fortunata estuvo tan cargada de gratitud, que su confidente esperó un rato y continuó:

—No es usted quien debe agradecer, Fortunata: soy yo. No se extrañe. Yo soy quien debe gratitud a David y a usted. De otro modo, ¿me hubiera determinado a hablarle al fin como lo hago? Usted conoce mi breve y desdichado noviazgo. Todos opinan que he dado una importancia de tragedia a ese percance trivial. Ciertamente es que para una joven como yo, rica, no mal parecida, posiblemente mimada en todos los salones de nuestra sociedad, aquello debió ser uno de tantos flirts. Pero cada cual es muy dueña de entender lo suyo a su modo. Mamá, con su más santa intención, me había indicado, uno tras otro, tres buenos partidos. Uno tras otro también, yo los deseché. Yo quería que mi esposo fuera obra de mi exclusivo sentimiento. ¡Usted sí que me comprende, Fortunata! Y al fracasar en mi obra, precisamente con el elegido de mi cora-

zón, clausuré voluntariamente mi estado de soltera. Me consideré algo como una de esas viudas que guardan por la memoria del finado una devoción excluyente de todo afecto amoroso. Algo parecido, Fortunata; algo parecido, pero no igual. Igual lo fué para todos, que al principio me juzgaron histérica, mística... Pero no fui una viuda inconsolable sino en el hecho de no admitir la idea de otro novio. Y es que el amor que yo hubiese querido vivir con mi Pastor White, lo realizaban ustedes: sí, David y usted, y siendo yo testigo, también lo vivía yo, ¡y con qué intensidad, Dios mío!

Fortunata se quedó absorta, pendiente de los labios de su señorita. Terminó pensando en que vería surgir la revelación del secreto, la explicación de aquella como providencia que le dió ocupación salvadora en esa casa.

—Tarde a tarde yo los veía llegar—continuó Guillermina—. Se quedaban al pie del magnolio. El propósito de ustedes era despedirse ahí no bien llegasen; pero siempre se demoraban media hora y más, sencillos en sus modos como dos hermanos o como dos adolescentes que se aman sin saberlo.

—¡Así éramos! ¡Así era él!—suspiró Fortunata, húmedos los ojos.

—Además de esa sencillez, tenían ustedes el mutuo arrobamiento de los que se quieren y cada vez saben más y mejor por qué. Pero era un encanto tan ideal, que significaba para mí la realización de mi ensueño. Debido a ustedes, mi fracaso resultó no existir. Yo vivía tarde a tarde el idilio como mío. Los viernes, único día en que ustedes se sentaban, interpretaba yo las expresiones de sus caras como se lee un poema delicioso. Y ya sabía José (¿recuerda usted mi portero José?)... Ya sabía él que debía ir a recoger del suelo o del banco lo que ustedes de-

—Yo tenía que ser una histérica para los míos. ¡Encerrarme así todas las tardes en esta pieza! ¡Ah, el día 15 de aquel abril! Usted llevaba un abrigo muy mono. Iban aumentando los frios.

—¿Recuerda usted?, ¿recuerda usted? ¡Y mi paquetito, a medio comer!...

Fortunata no había podido contenerse. Desde que Fortunata había confesado que guardaba todo lo que de ellos provenía, pensó que su paquete de caramelos, extraordinario manjar de aquel 15 de abril, había pasado a poder de ella.

—¿Cuánto me duró, Fortunata! Si yo me apoderé de él.

—¿Qué pena me dió perderlo, desde que precisamente celebrábamos con él la fijación de nuestro casamiento! ¡Y qué dicha, qué dicha siento ahora, al saber que usted!...

—Me duró... y me dura!—interumpió Guillermina.

Fortunata miró con tal viveza a la señorita, que ésta corrigió, o no corrigió, pero dijo:

—El que me queda, ya no es posible saber qué sabor tiene.

La frase de Guillermina tuvo para Fortunata el sentido de que la dicha de entonces no podía ser gustada ahora, a no ser por el recuerdo.

Y las dos recordaron, sin decirlo, el nombre de esos caramelitos: gotas de amor. Eran poco más grandes que lentejas, unos rojos, de sabor a grosella, los otros color caña, con gusto a limón. Hasta combinaban, éstos con aquéllos, el divino agrídulce del afecto erótico. ¡Gotas de amor!

—Y fué un atardecer dorado como éste!

—Los plátanos eran jóvenes, pero se deshojaban como ahora. Ustedes, de pie, no terminaban de soltarse las manos. Hasta que cayó la tarde. "¡Adiós, adiós!", se decían siempre aquí mismo, junto a mi ventana, después de cruzar la calle. ¡Esa noche se dieron el primer beso!

La lucidez del recuerdo en Guillermina dejaba ya de sorprender a Fortunata, una vez admitida aquella maravillosa participación en su amor. Oyendo la referencia de su idilio, pensaba que aquel afecto de Guillermina era la transportación del que abrigara por su perdido pastor, algo, en todo caso, como el amor por el amor mismo. Pudo venir después la gratitud hacia quienes le habían proporcionado la ocasión de sustentarle, y por eso mandó llamar a Fortunata, vecina pobre de la vuelta, para que le enseñara francés, haciéndolo precisamente cuando David quedaba sin empleo y ya atacado de su incurable mal. Y para que el sueldo fuera mayor y su posición más firme, hizo a Fortunata institutriz de su sobrinito, que Guillermina se trajo con ella. Gracias a todo esto, David tuvo un declinar consolado, allí, en esa mansión en que su mujer hallaría un alma fraterna al morir él. Y se fué una tarde de primavera, al tercer año de casado, mirando desde la terraza el banco ahora motivo de los recuerdos de ambas mujeres.

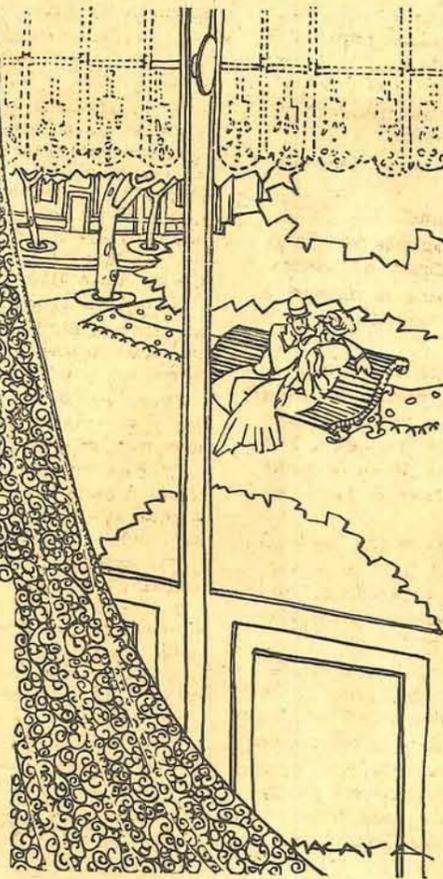
¡El amor por el amor mismo!, se había confesado entonces Fortunata. Ese era el secreto casi sagrado por el cual había tenido la gran suerte, en su desgracia, de llegar a ser dama de compañía de una mujer de alto espíritu, más buena que una hermana buena y más amparadora que una madre.

Pero Fortunata no llegó a saber todo el secreto sino una vez muerta la señorita, que había testado en su favor, dejándole esa casa y un cofre.

En ese cofre descubrió papilitos de caramelos, dos retratos y un anillo. Uno de los retratos era el de Pastor White, el ingeniero que no se casó con ella; el otro, el de David. Detrás de éste, con letra de Guillermina, se leía: "Se le parece bastante; pero su expresión es mucho más noble". Y el anillo tenía engarzada una gota de amor, un caramelo rojo, envuelto en cristal.

Por eso no podía ser saboreado ya, como había dicho Guillermina. Tenía un significado más puro. Era una consagración.

—¡Buena señorita mía: quiso a mi David tan grandemente como yo!



jasen, casi siempre papilitos de caramelos y a veces cáscaras de mandarinas o de maní. Todo cuanto procedía de ustedes me pareció divino... Lo guardé hasta que ustedes vinieron aquí... Aun guardo algo.

—¡Oh, Guillermina!—exclamó Fortunata por primera vez en su vida.

—Soy su Guillermina: exacto. Lo

soy como usted es mi Fortunata. Ya lo hizo así el destino; ya no lo puede deshacer nadie.

Hubo un largo silencio, en que las dos mujeres se miraron, y luego, cabizbajas, quedaron sumidas en el recuerdo.



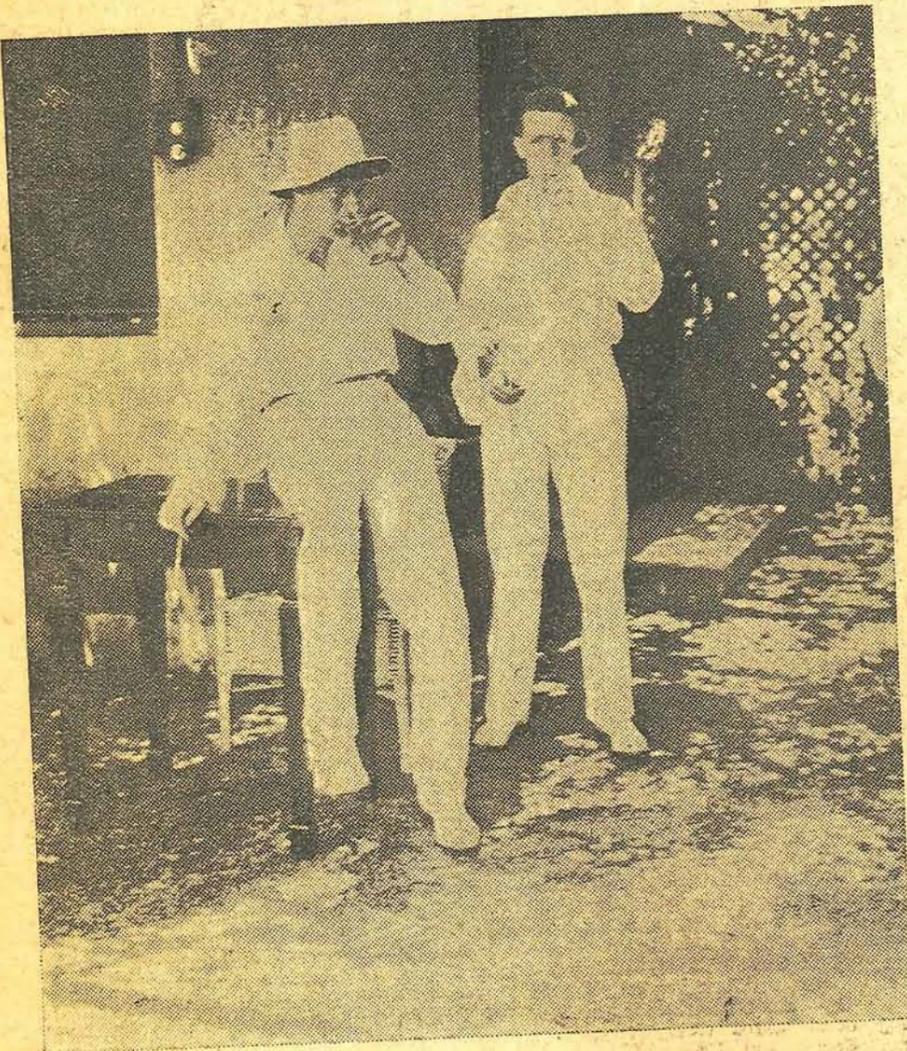
ILUSTRACION DE LUIS MACAYA



No hay programa de regatas internas que no tenga una o más pruebas para damas. Las dos tripulaciones que aparecen en esta fotografía intervinieron en las del Buenos Aires Rowing Club

MOAICO SPORTIVO

El Dr. Juan Pignier, presidente de la Asociación Amateurs Argentina de Football, ha anunciado su retiro del gobierno del football. Aquí se le ve en su despacho de la Asociación



El cricket es un juego de verano que exige gran resistencia al calor. No obstante los jugadores, como puede verse en la fotografía, recurren con frecuencia a las bebidas frescas. Esta escena ha sido tomada durante el match Chilenos v. Suburbios del Sur

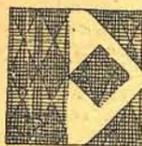
Los niños-mascota son ya inevitables en los equipos de football. Algunos, como Boca Juniors, tienen dos. He aquí a Roberto Cherro llevándolos de la mano, momentos antes de iniciarse el juego



RETAZOS DE VIDA
EXAMEN DE ADMINISTRATIVO
POR

GUILLERMO CORREA

ILUSTRACION DE ERNESTO M. SCOTTI



N 1882, por el mes de noviembre, circuló en Córdoba un folleto conteniendo doce proposiciones, a semejanza de las noventa y cinco de Lutero, para ser sostenidas en el Salón de Grados de la Universidad, como tesis destinada a optar el título de doctor en jurisprudencia, bajo la dirección del decano de la Facultad, Dr. D. Rafael García.

Aparecía en la última página de ese folleto una firma igual a la mía, naturalmente para cargar todo el peso de la responsabilidad. En aquellos tiempos se acostumbraba mucho a cargar con la responsabilidad; pero, después de haber transcurrido cuarenta y siete años, juzgo que se puede oponer sin desdoro la excepción de prescripción, cuyo mayor término, según los procuradores, es de treinta años. En mi caso, sobran diez y siete, quedando entonces extinguida toda causa de responsabilidad.

La primera página del susodicho folleto registraba esta leyenda en letra grande, gorda y visible:

"PADRINO DE TESIS

"Dr. Miguel Juárez Celman"

Decir que en esos días era gobernador de la provincia de Córdoba ese ilustre señor, es un pleonazgo de historia conocida.

¡Nadie sabe de qué modo fué mi padrino! ¡Qué lo han de saber, si yo mismo apenas lo sospecho!

Es el caso que el 11 de noviembre, el Salón de Grados desbordaba de concurrencia de la alta sociedad cordobesa en damas, señoritas y señores, mientras la banda de música provincial, estacionada en las galerías del viejo claustro universitario, desparramaba al aire de los jardines el grito jocundo de su sonoridad, con sorpresa de bedeles y sirvientes y muy particularmente del gremio estudiantil contemporáneo, para el cual resultaba inusitada esa manera de rendir la prueba clásica del doctorado.

Doce proposiciones, como los doce meses del año, como los doce apóstoles, como los doce trabajos de Hércules, se presentaban para ser discutidas en tenida magna y públicamente. Ni una más ni una menos. Tal era el requisito reglamentario y la costumbre secular. Seis replicantes debían salir al Frente. Elegí los míos entre los hombres jóvenes de mayor nombradía: Alejandro Vieyra, Rafael García Montaña, José Galiano, Angel Pizarro Lastra, Pedro C. Molina...

El gran mesón de la tribuna apareció vestido de paño rojo, sirviendo de fondo el cuadro al óleo del obispo y fundador de

la Universidad, Fray Trejo y Sanabria. Presidía el acto el Dr. Alejo C. Guzmán, rector de la Universidad, acompañado del decano Dr. García y los profesores en actividad.

Los padrinos solían ocupar su puesto en lo llano del salón; mas por revestir en esa ocasión el padrino las insignias de la primera magistratura, fué colocado un sillón especial sobre el entarimado, a la misma altura del tribunal, y en él tomó asiento el Dr. Juárez Celman, imprimiendo al acto un sello de manifiesta grandeza.

El rector, el padrino, los profesores, los replicantes, el famoso secretario Díaz Rodríguez, todos han muerto, con la única excepción del Dr. García Montaña, hijo del benemérito civilista, bajo cuya dirección se desempeñó aquella comedia trascendental. ¡Dios me les reserve a todos el mejor asiento de su gloria!, si bien a uno de ellos quisiera, si de mí dependiese, darle una silla chi-

quita y renga de una pata.

En esa gran comedia de la vida profesional, iluminada por el resplandor bueno y generoso del Dr. Juárez Celman, a quien tanto ha mortificado el encono injusto de la política argentina, se destacó a manera de ambiente y forma, de alegría y seve-

ridad, de sencillez y magnificencia, el hecho de que un gobernador de campanillas y hondo prestigio asumiese el papel de apadrinar al que estos renglones escribe, última carta de la baraja universitaria de esos remotos días.

Quiso ser mi padrino, espon-

de la luz pública. El acto fué ruidoso y solemne y, aunque parezca mentira, un momento después cargué con este título de doctor que me lleva a la rastra, me tiene siempre al filo del conflicto y me hace pensar que en mala hora tuve la "suerte" de laurearme para demostrar al pícaro mundo que no es oro todo lo que relumbra. No se ha inventado todavía un verdugo más empecinado y cruel que mi título. Me va matando poco a poco, a fuego lento, y al parecer, la cosa no tiene remedio: habré de entregar mi osamenta al seno de la tierra con esta mentira imborrable; doctor indocto.

Considero acto verdaderamente humanitario proscribir para siempre esta tremenda impostura. Resulta demasiado grande la camisa para el sujeto. A lo menos, así era ayer; ignoro lo que será mañana.

Pero en la Universidad de San Carlos del Tucumán, fundada por el famoso Trejo y Sanabria, no bastaba ser doctor para poder litigar, haciendo defensa o ataque en juicio. Era menester rendir prueba de capacidad en procedimientos y además en derecho administrativo, cosas que yo no había tenido la fortuna de acreditar a su debido tiempo.

Hubiera aceptado, naturalmente, el obsequio de la promoción sin examen. Para vivir, tenía necesidad de ejercer la profesión. Fué entonces el estómago y no el entusiasmo jurídico el que me decidió a afrontar la horrible prueba, ya que el Consejo Universitario no comprendió el bien que me hubiera hecho enviándome, de su motivo, el pergamino de abogado.

Estudié los treinta y cinco procedimientos, dándole preferencia al civil y al penal; estudié el derecho administrativo...

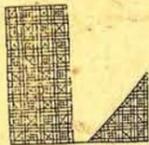
No, no lo estudié. El profesor de la materia era el Dr. Cipriano Soria. El texto, Ferreira. Yo me reputaba amigazo del doctor Soria. En las tardes cordobesas de aquel lejano entonces, llenas de luz, de animación y coquetería, hacíamos pareja y nos echábamos a correr la ciudad por las veredas, especialmente del lado donde habitaba una familia de niñas hermosas, a una de las cuales mi profesor intentaba cerrarle el ojo.

Me agradaba estimular la escaramuza. Yo era admirador de la chica sin que ella lo supiera. Movíame un sentido artístico. Era un admirador de sus ojos negros, grandes, rasgados, de su tez que no era blanca, ni morena, de su figura de diosa, de su airecillo soñador. El doctor Soria, mi profesor de administrativo, discúlpenme que lo repita, andaba encandilado; me lo hacía sentir en castellano y en francés. "¡No puedo más!", me lo decía en las dos lenguas, (Continuación de la página 17)

campanita de cristal, el dulce arrullo de la gratitud, complaciéndome sacarlo de la intimidad hacia la zona



SCOTT



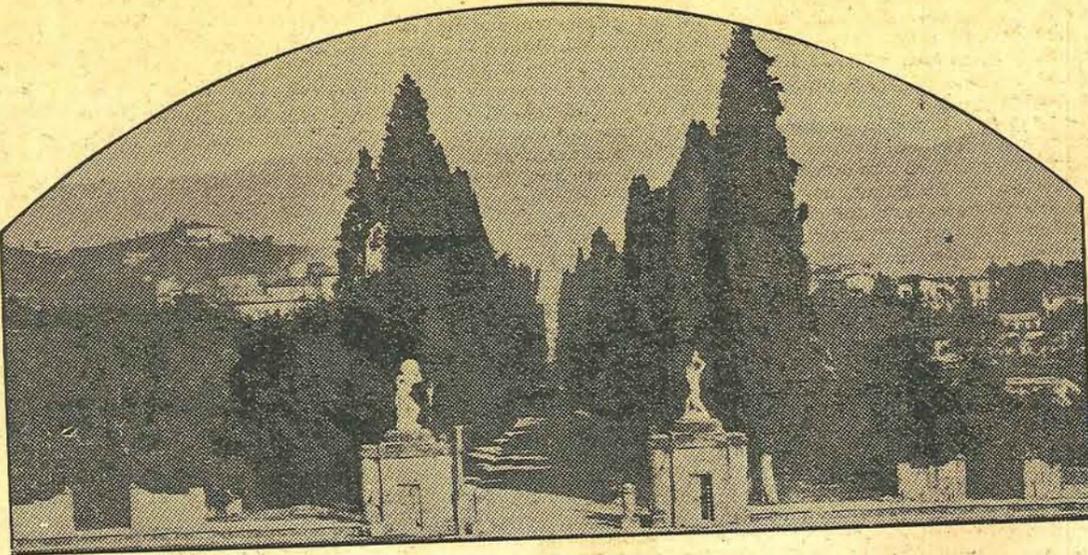
A futura reina de Italia aprendió en seguida — como la legendaria muchacha nórdica — a amar el bello país del sol y de los naranjos. Había en ella un amor hereditario. Su padre, el rey Alberto, vino a Italia, durante casi veinte años, todos los otoños, para hacer ascensiones alpinas. Después de la guerra, las Dolomitas fueron sus predilectas. Ha ascendido a las más célebres cumbres, desde la Marmolada a las Tofanas, desde la cima de Lavarredo hasta la punta Fiammes. El Rey llegaba de incógnito a Cortina de Ampezzo. Tres guías de confianza ya han recibido oportuno aviso de su arribo, con orden de no decir palabra. En el hotel, nadie debe saber que él está allí. Vive apartado. Sale de madrugada y regresa al anochecer.

Algunas veces lo ha acompañado en sus excursiones la "petite", sobre todo durante sus giras invernales, porque la "petite" es apasionada por el esquí. Pero difiere de su padre en cuanto que no es el paisaje italiano de los Alpes el que más atrae su simpatía. Sus grandes amores son la Toscana y la Umbria. Y esto se comprende porque pasó tres años de su infancia en los alrededores de Florencia.

La princesa María José recibió su primera educación en el castillo de Lacken, en las cercanías de Bruselas, pero cuando estalló la guerra, mientras que el soberano y sus dos hijos mayores permanecían en el suelo belga, la princesita era confiada a una institución inglesa, a una institutriz, y era llevada a Inglaterra, como pupila de un convento. Pero, como también en Inglaterra había peligro, a causa de las continuas incursiones aéreas, se decidió llevarla al Instituto de la Annunziata, en Poggio Imperiale, sobre las colinas que rodean a Florencia.

Era en marzo de 1917, y bien que el año escolar estuviera ya iniciado, la directora concedió la admisión de la nueva alumna, de la que no conocía aún, por las cartas que le habían llegado de Inglaterra, sino que era de alta alcurnia y para la que se habían pedido dos excepciones: que durmiera separada de sus condiscípulas y que fuera atendida dentro del instituto por dos personas de su séquito.

La princesa María José — nacida el 4 de agosto de 1906 — sólo tenía 11 años. Sobre su llegada a Poggio Imperiale y su estada allí, la Srta. Clara Rocca, que era en esa época una de las alumnas, escribió una página verdaderamente encantadora. "Recuerdo — dice — como si fuera ahora, el día en que ingresó en nuestra escuela y la agitación que suscitó entre las alumnas su presencia. Era una tarde lluviosa del mes de marzo de 1917, y el mal tiempo nos impedía salir. Nos dirigíamos en ese momento a la sala de gimnasia, cuando por la puerta abierta vimos a un sirviente, Carlos, que estaba disponiendo un pequeño reclinatorio de madera. Esto era siempre señal de la llegada de una nueva alumna. Despertada así nuestra curiosidad, olvidamos fácilmente nuestro paseo favorito al Viale dei Colli. Interrogamos a Carlos, pero sus palabras excitaron nuestra curiosidad en vez de satisfacerla: una princesa del Norte iba a ser nuestra compañera, nos dijo. Tratamos de adivinar, y pronto hallamos la solución exacta del acertijo. "No fué a la Princesa, sino a su madre, la Rei-



El colegio de la Santissima Annunziata (Poggio Imperiale), en el que cursó sus estudios la futura reina de Italia

na, la que vimos primero. Como madre solícita y cariñosa, quiso ver con sus propios ojos la escuela a que debía ser confiada su hija. Se le mostraron los cuartos habitados en un tiempo por la Gran Duquesa de Toscana, que habían sido preparados para hospedar a la princesita, pero no le agradaron mucho. Deseaba para su hija un ambiente sencillo y nada suntuoso: "Pour le moment elle doit être une enfant: elle aura le temps après d'être princesse" — dijo la Reina.

"Cuando la princesa María José apareció, acompañada por su institutriz, produjo en nosotras una impresión extraordinaria. Alta y esbelta como la madre, nos deslumbró con su belleza: su suelta cabellera rubia nos hacía pensar en Titianna, la pequeña reina de los Elfos. Por lo demás, ella estaba tan cohibida como nosotras. Bajamos todas juntas al jardín; pero, al principio, ninguna de nosotras se atrevía a hablarle; por fin, ella misma propuso jugar al escondite: el hielo quedó roto y nos familiarizamos muy pronto. Se escondió con una de nosotras tras de un arbusto, y mientras esperaban, le explicó a la compañera, que quería tener con yodo sus zapatos amarillos, para que tomaran un color obscuro, igual al de nuestro uniforme del colegio. María José estaba impaciente por vestir ella también nuestro uniforme. Era una colegiala muy estudiosa y demostraba especial aptitud para las lenguas. Muy pronto supo el italiano, y tan bien que trató de versificar. Sus sobresalientes dotes artísticas la indujeron a ocuparse de música y de pintura. Grieg era, entonces, su compositor predilecto.

"Con frecuencia íbamos juntas al jardín, y yo me admiraba al verla como, provista de un grueso volumen y de una caja de colores, escribía versos o pintaba, sentada bajo las viejas encinas del bosquecito. El libro estaba destinado a su padre y contenía una larga his-

LA FUTURA REINA DE ITALIA

POR OLINDO MALAGODI

(Para LA NACION)

ROMA, diciembre de 1929.

toria de liebres y renacuajos. Se nos ocurrió llamarle "Made-moiselle" a la princesita, pero ella no aceptó tal tratamiento y quiso que la llamáramos Ma-

ra en el baile y en la gimnasia".

El recuerdo de Poggio Imperiale no se ha borrado en la memoria de la Princesa. Allí aprendió la música, el dibujo, las lenguas. De allí fué un día a Venecia, a hacer una visita que debía marcar una fecha memorable en su vida. En el otoño de 1917 — hacia dos años que Italia había entrado en la guerra — el rey Alberto había venido de estricto incógnito a Italia, acompañado por la Reina, pues se habían dado cita con los reyes de Italia en el Lido de Venecia. En aquella cita también tomaron parte la princesa María José y el príncipe Humberto de Saboya, que tenía entonces trece años y vestía el uniforme marinero gris verde. Fué el primer encuentro de los futuros novios y, por extraña coincidencia, esto ocurría precisamente en Venecia, donde, veintitrés años antes, se encontraron también por primera vez, el Príncipe de Nápoles y la princesa Elena Petrovich, de Montenegro, que habían de ser un día el rey y la reina de Italia.

La estada en Florencia se interrumpió después del armisticio, a causa de un parentesis glorioso, porque la familia real belga tuvo que hacer su solemne entrada en la capital devuelta a la libertad, y también María José volvió a Bruselas. Fué la apoteosis. El Rey y la Reina cabalgaban a la cabeza: en segunda fila iban los tres hijos del soberano: María José, de 18 años, en traje claro de amazona, con el cabello suelto a la espalda, ocupaba el tercer puesto en la inolvidable procesión.

Después de la "jogeuse ren-trée" volvió a Poggio Imperiale, donde pasó otro año de estudios y desde donde hizo frecuentes visitas a Florencia y a las más interesantes ciudades de la Italia central. Pero en 1919 la Princesa está de nuevo en Bélgica, donde su padre quiso que completase su educación en la Ecole Supérieure des Jeunes Filles. Pero el italiano,

Una reciente fotografía de la princesa María José de Bélgica y del príncipe Humberto de Saboya

ría Josefina. Tomaba parte en todas nuestras diversiones y era muy diestra en el juego de pelota. Si se la aplaudía cuando hacía un buen tanto se sonrojaba. Era también la prime-

la literatura, el arte, la música italianos ocuparon siempre regularmente una parte de sus horas de trabajo, acompañándola siempre una distinguida profesora florentina.

Ahora ha terminado ya la educación que corresponde a la alta posición que está llamada a ocupar. Domina y ejecuta la música y sabe tocar, además del piano, el violoncelo. Le agradan sobre todo los conciertos. Pinta con brillo; conoce a fondo la lengua y la literatura de los diversos países: tiene predilección por la historia. Junto con los estudios ha cultivado con éxito los "sports" y, entre éstos, sus preferidos son el esquí y el "golf". Pero tiene, además, un flaco especial por el "dancing". Un periodista italiano, muerto recientemente, joven aun, Otello Cavara, se encontró hace algunos años en un hotel de la Engadina, en que se hospedaba la familia real de Bélgica. Una noche — refiere Cavara — el rey Alberto viendo que su hija no sacaba los ojos de la sala de baile, le dijo: "Tú, "ma petite", te estás aburriendo. ¿Quieres bailar?" La hija no dijo que no. Entonces el padre le pidió a uno de los caballeros presentes que invitara a bailar a María José. Y cuando la pareja comenzó a dar vueltas el Rey explicó a los demás caballeros: "Elegí a ese señor a causa de la estatura. No me gusta ver bailar a mi hija con un compañero más bajo que ella. Es antiestético". También fué elegido el segundo señor con el mismo criterio. Después el Rey dijo: — Basta de bailarines casados. Son melancólicos. Quiero que mi hija baile con solteros". El Rey se asomó a la gran sala y viendo a algunos jóvenes a quienes conocía — todos altos y solteros — los invitó.

Pero ni los estudios ni los deportes han disminuido en lo más mínimo su decidida vocación por la vida doméstica ni alterado en nada su gracia femenina. La princesa María José cuida mucho su guardarropa y sus trajes son tomados como modelo por las aristócratas de Bruselas. Tiene predilección por los trajes de terciopelo — y no demasiado cortos — de colores intensos como el azul, que dan el mayor resalte al candor de su cuello y sus hombros, al esplendor de sus cabellos (cortados en la nuca, pero sostenidos en las sienes por una diadema de cabellos cortos, también suyos), y a su sonrosado rostro.

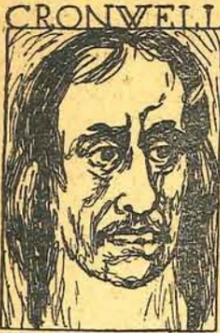
En Bélgica dicen que la Princesa es de un temperamento despierto y brillante, pero quizá parezca así comparado con el temperamento tan flemático del país; al menos, a juzgar por su expresión, se diría, sobre todo, que es de temperamento meditativo. Dicen también que desde hace algún tiempo se ha vuelto más bonita, cosa que siempre les sucede a las jóvenes la víspera de sus bodas. Pero, según dicen todos, María José, siempre ha sido bella. La "petite" es bastante alta: casi tan alta como su padre y como su novio. Es la expresión misma de la salud: su bella persona es de una robusta lozanía, nada exenta de gracia; la cara es rosada, y los ojos, alargados como los del padre, intensamente azules, y el cabello del rubio más dorado.

Belleza nórdica, pues, como la que Carducci admiró y cantó en la primera reina de Italia

fulgida e bionda ne l'ad-
[mantina

luce del serto

como les place a los italianos por el agradable y poético contraste de los tintes delicadísimos y casi desvanecidos con los colores fuertes y vivos de su país.



CROMWELL UN error induce a los escritores ambiciosos de acción —de una acción diferente a la que es propia de su estado— a creer que el único contacto existente entre artistas y políticos se reduce a esta grosera antítesis: el ensueño y la acción.

He aquí un mito pueril que es inconcebible tomen del vulgo. Se imaginan estar acantonados en la ilusión; mientras tanto, no cesan de observar lo que acontece en el reino de en frente, o sea en el de la acción pura.

Sin embargo, si mediante un prolijo análisis se les demostrara que no existe la menor diferencia entre la economía íntima de un artista y la de un político, y que tanto el uno como el otro poseen la misma dosis, al mismo tiempo que una mezcla perfecta de los dos elementos de ilusión y acción, que no se hallan separados en ninguna parte, tal vez dejarían de sentir curiosidad por aquellos que creen ignorar y que no obstante conocen muy bien.

☆☆☆

El político, al mismo que el artista, se interesa en su vida personal por todos los problemas de la humanidad. Bonaparte, cuando joven y desconocido, experimentó, como Rousseau o cualquier otro romántico, las angustias del individuo. Un hombre de empuje no se constituye reconcentrándose, sino, al contrario, accediendo a todas las solicitudes. Cromwell y Lenin, Bonaparte y Bismarck se abandonaron durante cierto tiempo a sus ilusiones; antes de ponerlas en práctica se dejaron atormentar por ellas. Si no hubieran pasado por esta iniciación no se habrían impregnado de la realidad humana y de la verdad de su época, que luego expresaron con el relieve de su genio.

Y así como no se puede fundar un imperio sin haber cursado sus dolorosas humanidades, un escritor no tiene valor a menos de demostrar cierta experiencia.

Es verdad que muchos escritores han comenzado a producir obras importantes, y a veces principales, mucho antes de haber comenzado a vivir; pero considerándolos de cerca, observamos que se trata de líricos y de dramaturgos. El lírico es precoz por excelencia; Rimbaud precede apenas a Shelley y a Keats. El lírico, como el místico, se anticipa de modo fulminante a la experiencia, y en el dramaturgo hay mucho de lírico. Con sólo el presentimiento de las pasiones pueden llevarse a efecto grandes obras de teatro. Sin embargo, Racine y Shakespeare, Schiller y Goethe no aparecen en el teatro antes de los veinticinco años; a esa edad Keats y Rimbaud dijeron lo esencial, al paso que Corneille y Molière comienzan casi tan tarde como los novelistas. ¿Cuál puede decirse que es la obra maestra entre "Andrómaca", "Fedra", "Romeo" o el "Rey Lear"?

En todo caso, no puede menos que regocijarnos la poderosa garantía de autenticidad humana que detrás del "Emile" y "Le contrat social" proporcionan veinte años de aventuras y de vagancia. Detrás de los Karamazov existe la mazmorra; detrás de Zaratustra, la inevitable soledad de Sils-Maria; detrás de la "Saison en Enfer", el más atroz de los aprendizajes, que es el de la miseria en las ciudades modernas.

Sin embargo, ninguno de estos hombres pasó lo peor de su prueba: Rousseau no se desligó completamente de los mundanos y de los ricos; Dostoiéwski no pasó de la mazmorra al convento; Nietzsche hacía a veces la corte a alguna solterona de Niza. ¿Qué hubiera hecho Rimbaud al volver de Abisinia con el mono que codiciaba?



Hay que deducir de todos estos ejemplos, que tanto el político como el artista, durante sus años de aprendizaje, están expuestos a todas las tentaciones y a toda clase de pruebas, pero que ninguno de ellos se compromete a fondo.

Si evitan el aniquilamiento extremo, no llegan tampoco a la sociedad. Bonaparte fué visitado por el fantasma del amor y escuchó sus llamados de perdición; cual carteles injuriosos de un carnaval sangriento, halló en todas las esquinas las tesis contradictorias de la filosofía, zahiriendo la sencillez de la razón; vislumbró la innumerable y engañosa divergencia de los empleos y de los títulos. Jamás se aventuró, no obstante, sino hasta una distancia prudente por esos caminos diversos, pues, como todo hombre, sabía que no le sería posible recorrer más que uno de ellos, pero, en cambio, pudiendo ir más lejos que nadie en esta única dirección. Asimismo un Goethe, a pesar de su ansia infinita, se detiene ante el umbral de las empresas demasiado divertidas.

Es que todo hombre bien nacido, no bien comienza a entrar en posesión de la originalidad de sus sentimientos, originalidad que siente germinar en su corazón en cuanto se pone en contacto, aunque sea de modo fugitivo, con la realidad, se aleja de esta realidad para dejar crecer en el fondo de sí mismo el fruto que nacerá después de esa breve siembra. Para poner todo su esfuerzo en un solo aspecto del mundo, no solamente renuncia a explorar todos los demás (cuya vista no volverá a alcanzar sino más tarde, demasiado tarde, cuando haya ascendido hasta las cimas de donde antes de caer se abarcaba todo de una mirada), sino que para dejar el campo libre a la representación y a la expresión se aleja rápidamente, apenas lo toca, del aspecto mismo que había elegido.

Este rechazo, que se produce en un momento dado en todo hombre grande, sea político o artista, constituye el punto de partida de una obsesión, obsesión que apunta a la densidad concreta de las cosas y concentra todos los poderes de percepción y de goce en la franja espiritual que el imaginativo, como nictálope, ve brillar alrededor de las cosas cuando cierra los ojos sobre ellas. Goethe, por ejemplo, se aleja de su primera enamorada por haber arrancado de su seno efímero el embrión de Margarita. Bonaparte no se hará pachá en Constantinopla, como lo deseara un día; pero ese capricho turco se convertirá en la semilla del inmenso sueño oriental que lo dominó toda su vida. Si el deseo y la ambición vigorizan la voluntad de los poetas o de los militares desde temprano, tanto más hondamente se prendarán de un sueño excesivo que tarde o temprano suprimirá los cálculos que lo retienen a la realidad cotidiana y los lanzará generosamente hacia los más vastos límites de lo sublime. Para Napoleón será Rusia; para Goethe, el segundo Fausto.

☆☆☆

Así, pues, las mismas condiciones morales se dan en la obra como en la acción. Comprobemos ahora la similitud de las condiciones intelectuales.

Por poco que reflexionemos sobre el talento necesario para escribir la "Ética" o la "Divina Comedia", o para crear el Estado francés o alemán, nos quedamos sorprendidos ante las analogías que se multiplican hasta lograr entrelazar completamente estas dos ramas de la producción humana. El método del genio es siempre igual; siempre la misma trama de inteligencia y voluntad. Los esquemas desligados del espíritu se elevan como claras insignias que separan a los ejércitos en batalla, labrados a taconazos por la Voluntad, sargento de combate, con el impulso de las fuerzas vitales puestas tumultuosamente en acción, como por experiencia lo hemos podido comprobar.

Pasado el momento de los primeros delirios desatinados, el escritor se fija un objetivo tan análogo como el de un jefe de ejército, y para llegar a esta meta se adapta sin rigor a los caminos más cómodos. Firmeza en los principios estratégicos, elasticidad en la aplicación táctica, he aquí la regla de oro que sobresale en todos los ingenios. Spinoza, para vencer la mole enemiga, ese mundo de pensamientos que ansia dominar, no emplea otros procedimientos que los de Bonaparte para subyugar uno después de otro a los ejércitos europeos. En primer lugar, una medi-

tación paciente y escudriñadora en medio del caos: "en el principio el Espíritu flotaba sobre las aguas". En seguida una lucidez progresiva: cada onda de luz pone más en evidencia el punto hacia donde se debe encaminar todo esfuerzo. El escritor, lo mismo que el tribuno y el capitán, está obligado por la necesidad a hacer el papel del fuego y quemar todo aquello que sea adventicio para su propósito esencial. Mas, para el uno como para el otro, la jornada es corta y la oportunidad favorable no se encuentra dos veces; es menester saltar sobre el pensamiento pasajero, en la seguridad de que mediante él, del cual se usará un instante para consumarlo en seguida, volveremos a juntarnos con el pensamiento principal. Un gran escritor es un hombre sucesivamente paciente, voluntarioso, violento y resuelto.

¿Qué rapidez de juicio no ha necesitado Racine a los veinticinco años para elegir el tema de la tragedia, que entre centenares era el único adecuado a sus pasiones, y para profundizar en pocos meses la materia particular y el rodeo desconocido! Parece que esa rugaz ocasión sólo fuera comparable con la porción de tiempo exigua durante la cual actúa Bonaparte en el año de Arcola. El artista se siente violentamente impulsado hacia el éxito inmediato; no puede postergarlo para más adelante; tiene que vencer o morir en el campo de batalla, pues la derrota es un hábito que se contrae instantáneamente. Hasta un hombre que se inicia demasiado tarde como Stendhal (comparémoslo a Cromwell) tiene toques en "Armanche" de una sutileza y de una precisión que indican el primer paso del genio.

Por otra parte, el político, pasados los primeros tiempos oscuros de la comunión humana, se ha educado a sangre fría en su método propio; y el día en que tenga que enfrentar una prueba se diría a primera vista que se encamina a ciegas. El que, minutos después, dará el golpe preciso, como hace el grabador sin rebabas ni enmiendas, mostrará en el primer instante la mirada turbia del soñador que se despierta. Si el artista no puede dar a conocer su sueño al mundo, y por lo pronto conocerlo él mismo, sin antes destruirlo y articularlo, mediante una acción continua, el político no logra grandes hazañas si no está levantado por una profunda ola de ensueño. ¿Qué enorme multitud de imágenes se acumula en la conciencia de Bonaparte! Alejandro, desposeído prematuramente de todas sus obsesiones y de todas sus veleidades por el triunfo total, cae agobiado e impotente más adelante. Desde el momento en que el político deja de sentir las dificultades actuales, porque su arte, con una seguridad absoluta, las aniquila al nacer, la ilusión termina por dominarlo. Desde 1807, Bonaparte pierde el dominio de sus facultades de ensueño. Varios meses antes de su última hora, Robespierre, con sus ojos fijos en la gloria del Ser Supremo, descuida la asamblea que debe vencer.

Mas para otros, el apogeo no se confunde con las catástrofes; el político que, pese a los obstáculos, llega a la vejez y echa un vistazo a la serie de sus acciones, las ve formar en un número de capítulos que año tras año van siendo más coherentes para la multitud de los historiadores. Pero él no ha olvidado aún la forma en que la suerte los destacó; ésta procede como la memoria al aislar los trozos de nuestra realidad íntima, siguiendo un orden misterioso. ¿Por qué recordamos tan claramente este sueño al despertar, al paso que aquel que sabemos que tuvo gran relieve no ha podido traspasar el umbral? ¿Por qué el destino nos ha permitido realizar este acto en vez de aquel cuya virtualidad llenaba, sin embargo, nuestra alma cual un fruto maduro? Eso es lo que se preguntaban un Goethe y un Hugo envejecidos, lo mismo que un Bismarck y un Clemenceau. Mucho más que al nacer, en el momento en que se desvanecen y se alistan para el alivio de la muerte, es cuando las obras y las acciones revelan sus correspondencias más sutiles.

☆☆☆

Pero si existe una perfecta paridad entre lo que se llama vulgarmente ac-

ción y el ensueño o el pensamiento, que yo me inclino a llamar mejor la acción directa y la indirecta, ¿por qué en la práctica se nota entre ellas una demarcación tan clara e infranqueable? ¿Por qué los artistas no pueden ser políticos ni los políticos artistas?

Esta demarcación es como todas las que se destacan en la naturaleza y cuya infracción implica una sanción sin piedad para el culpable: la impotencia, es decir, la muerte. El uno nace poeta y el otro capitán, del mismo modo que una raza caballar es preferible para tiro que para montar, o que una raza de ovejas perece en tal país y prospera en otro. La naturaleza produce los matices y su poder de diferenciación confiere una esencia indomable a cada uno. En cuanto a los medios, son siempre los mismos: la vida de una flor se parece a la de la bestia, la vida de una nación a la de una piedra, la vida de un héroe a la de un santo. El espíritu no es sino un aspecto de la naturaleza y, al igual que ella, no está dividido por un régimen de castas, pero se dilata como ella en sentidos diversos, según la ley delicada de la división del trabajo.

Todo lo que puede decirse es que desde su nacimiento una disposición sutil impregna toda la persona y afecta con un determinado ritmo todos sus movimientos. Allí estriba toda la diferencia; diferencia de ritmo que en el político es más rápido y más lento en el artista. Apenas el pensamiento del político se desliga de su impulso afectivo, encuentra fórmulas de expresión; en posesión de la exactitud instantánea del gesto, se convierte en gesto. Había nacido para serlo. No puede decirse que el político une el gesto a la palabra, más bien une la palabra al gesto. La rapidez de este pensamiento la torna simple y eficaz al instante.

En el artista el pensamiento marcha de modo imperceptiblemente más lento; esa leve demora basta para que el reflejo de todos los contrastes y de todas las contradicciones del universo se adhieran más a él. De ahí que cuando aquel pensamiento halla su expresión, ésta muestra mayor riqueza y mucho menos virtud que el pensamiento político; sugiere la acción, pero no la suscita. En último análisis, el pensamiento del artista modela el mundo tanto y más que el del político, puesto que opera sobre su misma substancia. ¿quién no aceptará, por ejemplo, que los escritores románticos han implantado la democracia en las costumbres, antes que los hombres de Estado registrasen esta necesidad de la época en el derecho?; pero su influjo no se deja sentir sino a la larga y por rachas sucesivas, retrasadas y divididas por todas las contradicciones que hallan a su paso y que las empujan hasta acabar por superarlas.

La diferencia entre la acción directa y la acción indirecta no reside, pues, sino en los resultados, y ni siquiera en la naturaleza de esos resultados, sino en la marcha de su desarrollo. El artista forja el mundo del mañana; el político el mundo de hoy; pero el presente de un político es el futuro de un escritor de ayer. Los artistas y los políticos contemporáneos no viven en el mismo plano de tiempo; a los que hay que comparar entre sí es a los escritores de una generación con los políticos de la generación siguiente: por ejemplo, a Rousseau con Robespierre, a Goethe con Bismarck.

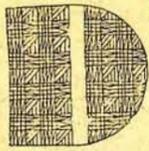
De donde se deduce que los políticos son los intermediarios y los intereses de los artistas.

Después de una larga búsqueda podemos por fin descubrir esta gran diferencia entre unos y otros, que procurábamos hallar, pero que no hallábamos: reside en la posición de unos y de otros ante la gloria y ante la muerte. He aquí un tema para otro estudio.



Cartas de viaje

Encuentro con Henri Bernstein, "retour de Venise"



El regreso de Venecia a bordo de Hispano - Suiza gris a franjas negras, Henry Bernstein se ha detenido una noche en el Casinó de Verano, en Cannes.

He vuelto a ver, así, después de los últimos encuentros de Roma, al más célebre comediógrafo francés: está sentado, durante la comida, en aérea terraza, donde una doble "jazz" aturde, de dos opuestas fuentes, interior y exterior, de modo que música y baile no nos dan — infernal castigo — pausa, tregua, ni descanso. Solo en su mesa Bernstein soporta serenamente la mitad de las miradas con que las americanas de los "palaces" veraniegos miran de pies a cabeza las curiosidades indígenas, las celebridades francesas que — ya sean bailarinas o banqueros, ministros o escritores, actrices o "chansonniers" — ellas no dudan que forman parte obligada en los programas de los "galas" a doscientos francos el cubierto. La otra mitad de las miradas iba dirigida (no porque las americanas ignoren cómo es un banquero, sino porque ignoran cómo está hecho un banquero-barón), iban dirigidas al barón Maurice de Rothschild, que presidía con aire de hastiado y munífico monarca, una mesa rodeada por multimillonarios americanos de esos que ponen por lo menos tres rojas y rectangulares fichas de diez mil francos sobre cada mano de baccarat, y por humildes millonarios franceses e italianos, modestos "sans-le-sou" de nuestra pobre Europa de moneda depreciada. Así es que un Rey de la literatura y un Rey de la Bolsa satisficían, a la vez, las curiosidades de la Quinta Avenida. Pero si Rothschild, anfitrión en su puesto, les volvía a estas curiosidades sus amplias y curvas espaldas, Bernstein, aunque las afrontara, parecía no advertirlas. Despacha la comida rápidamente, esto es, saltando la mitad de los platos. Puestos los codos sobre la mesa y apoyado el mentón voluntarioso en los puños cerrados, el autor de "La Rafale" miraba a Cosmópolis semidesnuda bailando sin cesar en los intervalos de la comida, los que, dando reposo a las mandíbulas, eran consagrados antes a conversar. Y ante el ir y venir de las parejas, Bernstein solo, casi inmóvil, silencioso, presente, pero ausente, permanece casi dos horas así. Después, a media noche, el gran comediógrafo se pone de pie. Está fuerte aun, a los cincuenta años pasados, como cuando sus gallardos treinta años: estatura de coracero, cuadradas espaldas de atleta, ágil y esbelta la figura en el elegante traje gris. Y en su cara afeitada de labios carnosos y gran nariz ganchuda, su habitual expresión de fastidio y desdén. Pero si una chispa perdida llega a caer por casualidad en aquel polvorín casuística, la ira generosa y furibunda de Bernstein instantáneamente estalla. Es un silencio en el que no hay que fiar. Se incuban tempestades bajo aquella escéptica serenidad. Sin embargo, la hora de Cannes pareció serena. Bernstein, bostezando, se vuelve temprano al hotel. Al salir del Casino pasa frente a las mesas de baccarat sin dirigirles una mirada. ¿El diablo se ha vuelto, pues, ermitaño y ahora pasa ante los tapetes verdes sin sentir su nostalgia, este endemoniado jugador que un día hizo saltar la banca en todos los círculos elegantes de París, o con frecuencia banquero al "tout va", saltó él mismo con la banca, con baccarat de tres figuras, y sonriendo? Lo que pasa es que el poeta trabaja. Y viéndolo en Cannes absorto y apartado de la multitud mundana, de la que por antiguo hábito busca el rumor, aun en el recogimiento, he tenido la impresión — aunque Bernstein no lo confirme — de que el autor de "Melo", que desde hace trescientas noches sigue triunfante en París, medita, peregrinando de playa en playa y entre este estrépido de "jazz", su nuevo drama para 1930, que será quizá el "Hernani" de un nuevo romanticismo: "La mort du baiser".

Anoche recordaba, viendo en Cannes a Bernstein, los tiempos en que, apenas iniciado el nuevo siglo, este escritor, de menos de veinticuatro años, obtenía sus triunfos iniciales, primero con

"Le Marche", en seguida con el bellissimo "Detour" y, por último, después de "Un joujou" sin éxito, con "Ses jeux bleus" destinado, en una segunda edición corregida, a convertirse en "La Griffé". Era el período en que a Henry Bernstein, jugador desenfrenado, pero acatador de todos los prejuicios, se le había puesto en la cabeza que el número seis le daba suerte. Y, en efecto, ninguno de los títulos de sus comedias contaba más de seis letras entre vocales y consonantes: el "Marché", seis; el "Detour", seis; "La Rafale", seis. Pero se arriesgó con una comedia, precisamente "Ses jeux bleus", que en vez de seis letras contaba una docena. Y como a estos "ojos azules" no les sonrió la fortuna, Bernstein no le echó la culpa a la comedia, se la echó toda al título. En efecto, la comedia fracasada encontró con su nuevo título, "La griffe", de seis letras, el gran éxito que malogró el de doce.

Sólo desde hace pocos años, Henry Bernstein se ha libertado de su largo sometimimiento a esta superstición numérica. Una de sus más recientes comedias, que hizo correr a todo París y al mundo al teatro del Gymnase durante un año entero, sólo tenía en el título cinco letras y no seis; apenas el breve nombre del protagonista: "Félix". Pero también esta comedia había corrido el peligro de tener un título de diez y siete letras más o menos, pues en un principio debió llamarse "Le royaume del cieux". Y la comedia que precedió a "Félix" y que originó tantas polémicas respecto de la nueva actitud del dramaturgo, no se atrevió a llamarse — diez y ocho letras, casi todo un alfabeto — "La galerie des glaces"? ¿Qué fué lo que decidió a Bernstein a emanciparse de la regla del seis? Miraba hacia atrás y veía la serie de sus triunfos: "Voleur" y "Assaut", "Rafale" e "Israel", "Judith" y "Samson", seis, seis, seis... Y un solo fiasco auténtico en la victoriosa carrera: "Après moi", que tenía ocho.

Hoy, salvados gallardamente los cincuenta años, Bernstein consigue con "Félix", cinco letras, y con "Melo", cuatro, dos de los más grandes éxitos de su carrera; y no son éxitos teatrales dudosos, sino auténticos éxitos artísticos como el que obtenía Bernstein, hace cerca de treinta años, con "Le détour". Pero, en verdad, ¿cuántos creyeron, en los primeros años del novecientos, en el talento dramático del joven escritor, hoy universalmente reconocido y proclamado hasta por las más jóvenes e irreverentes generaciones que tratan de tú por tú a Molière, como uno de los más fuertes maestros del arte contemporáneo? En los tiempos del "Marché", Bernstein contaba veinticuatro años. Venía al teatro, en el que era desconocido, de los grandes círculos de la rue Royale y de la rue Boissy d'Anglas, donde, alrededor de las mesas de "chemin de fer" y de la mesa del "tout va", había distribuido alegremente al baccarat, en un dos y dos son cuatro, una fortuna de varios millones en los bolsillos ajenos. Lindo mozo de esos que comienzan a imponerse por la estatura, elegantísimo, mundano, duelista, mujeriego, amado por las mujeres y envidiado por los hombres, el nuevo comediógrafo no fué tomado en serio como escritor. Sin embargo, "Le marche", ponderado por Antoine, demostraba ya una pericia técnica de primer orden y un temperamen-

to dramático nacido para escribir comedias así como el pulmón nace para respirar. Pero la gente dijo: "La comedia es buena, pero no es suya. Este hebreo, rico, "enfant gâté", quiere también darse el lujo de que en París se le crea un gran comediógrafo. ¡Parisienses, cuidado! La comedia que se ha estrenado con el nombre de Bernstein es, sin duda, la obra de algún pobre diablo desconocido y lleno de talento que, por pocos miles de francos, obligado por el hambre, le ha vendido la paternidad de su trabajo a este padre positivo y sinvergüenza. ¡Parisienses, buscad al "negro"! Así, llaman en París al escritor obscuro que trabaja en la sombra para una firma en boga. Pero el "negro" de Bernstein no fué descubierto. Siguió a "Le marche" su nueva obra "Le détour", que fué aclamada como la obra de un maestro. Y la gente de los ensayos generales parisiense se puso a decir: "Esta comedia es superior a la otra. Pero ésta

la estúpida calumnia. Sin embargo, dos o tres críticos, a cada nueva pieza que marcaba el ascenso triunfal del comediógrafo, siguieron deslizando en sus artículos alusiones, insinuaciones, vagas sospechas, veladas acusaciones. Bernstein no perdió tiempo en responderles por escrito; les respondió gallardamente con los puños. Habiendo buscado en dos restaurantes, a la hora de la comida, a los críticos difamadores, el joven maestro del teatro de entonces hizo rodar a los aristarcos bajo las mesitas, a fuerza de puñaladas. Al desparramarse la noticia de estos incidentes, cesaron los chismes que duraban desde hacía diez años, y Bernstein, la noche de "La Rafale" apareció ante todo como quien era: un escritor de poderosísimo talento dramático que nunca tuvo necesidad alguna de colaboradores grandes o pequeños, visibles o invisibles.

Parecería, sin embargo, que un joven comediógrafo de las novísimas escuelas hubiera colaborado con Bernstein para que a los cinco años éste escriba comedias "Galerie", "Félix", "Melo" — emotivas, llenas de modernísima sensibilidad y como para ser agregadas a aquellos que, ansiosos de permeables y sutiles psicologías, responden a las varias tendencias del arte dramático actual en Francia y otros países. Parece, en efecto, increíble que un escritor que debiera estar cristalizado en su forma de teatro exterior, violento y mecánico — pero no exento de un agitado afán humano — pueda de golpe transformarse en un escritor pronto a acoger en su espíritu

las voces nuevas del más moderno teatro, "intimista", "silencioso" o "lírico". Sin duda que Bernstein, maravillosamente sensible en sus cualidades intuitivas y de asimilación, fué en Francia uno de los primeros en comprender (recuerdo ya nuestras lejanas conversaciones de Roma con él y con Pirandello), cuánto había de nuevo y de renovado en el teatro de aquel que escribió "Cosi è se vi pare" y "Sei personaggi in cerca d'autore". Comprendió inmediatamente, en fin, que cuando el teatro entraba de manera tan profunda en la vida espiritual de las personas dramáticas, ya no era posible detenerse en un teatro de habilísimos recursos, según la fórmula que había hecho la fortuna de un "Voleur", esto es, que había que pasar del artificio al momento de arte, del teatro al grito de plena humanidad. Durante algunos años, Bernstein se reconcentró en silencio para observar qué hacían los otros. En el intervalo entre sus dos maneras y como para mostrarle a su público que estaba vivo y recordarle a los jóvenes que estaba presente, arriesgó, sin comprometerse con la crítica, una obra ambigua como "Judith". Después siguieron, resuelto el camino, "La Galerie des Glaces", vino nuevo en viejos odres, y el más reciente, "Félix" (no conozco "Melo"), hecho de vinos eternos en odres nuevos. Para darse cuenta de lo bien que ha sabido Bernstein ponerse a flote en su nueva corriente, basta decir que con "Félix" obtuvo los sufragios de la crítica tradicional que, aunque con reservas, no quiso aparecer superada, así como los de la crítica nueva que no discernía más favores e indulgencias que a Amiel, a Sarment, Lenormand o Jean Jacques Bernard, Achard o Passeur, dejando en el limbo ar-

tístico de los niños nacidos muertos y sin bautismo, no solamente al Géraldy de "Aimer", sino hasta al Géraldy de esa obra maestra que se llama "Les nocces d'Argent".

En otros términos, este escritor de edad madura, en la gran curva del tiempo y de las generaciones, ha sabido "renovarse para no morir", tanto en el espíritu de la obra como en las formas porque ese espíritu se revela. En vísperas de ser mandado por los jóvenes al desván con los viejos recuerdos del ochocientos, Henry Bernstein supo ponerse, con sólo dos comedias, al lado de los más jóvenes. "Lo estaban considerando muerto, decía, la noche del estreno de "Félix", en los corredores del Gymnax un crítico de vanguardia, y hete aquí que quiere se lo reconozca portestandarte." ¿Y qué significa esto? ¿El cálculo hábil de un hombre que quiere, marchando de mala fe en las nuevas filas de comediógrafos, sostener y defender su antigua primacía? O es, más bien, una sincera y rápida evolución realizada en el espíritu del artista y en la sensibilidad del escritor? Secretos de la pluma que no nos será dado penetrar y que no sería lícito que intentáramos violar. Las razones secretas de un escritor que se renueva no nos pertenecen. Sólo podemos juzgar los resultados, los cuales, en el caso de Bernstein, son excelentes, y hasta tan hábilmente excelentes que salvan, a la vez, la cabra y la col, es decir, evolución y tradición, razones del arte y razones del público, escuelas viejas y escuelas nuevas, uniendo, si es posible decir así, el diablo y el agua bendita, Sardou y Freud, en la concordia de un unánime triunfo.

La explicación, sin embargo, de tal cambio debe buscarse, más que en la vida de Henry Bernstein, en la muerte de Henry Bataille, aparecidos juntos, afirmados juntos, aclamados por las multitudes juntos. Los dos Enrique — Bataille y Bernstein — durante veinte años dominaron la escena francesa, sobre todo después de la desaparición de Rostand. Pero mientras que Bataille era para la multitud el poeta, Bernstein parecía condenado por la opinión pública a ser, con éxito aun mayor, pero menor gloria, el infatigable e insuperable "hombre del oficio". Bernstein se dió cuenta quizá de que no habría podido vencer y superar a Bataille, si se hubiera puesto a rivalizar con él en el mismo terreno. Y sólo cuando el autor de "Marcha Nuptiale" desapareció prematuramente, su émulo sacrificado se dió cuenta de que, cambiando de manera, conquistaría una primacía que nadie le podría disputar. De modo que Bernstein ha vuelto a ser el artista que apareció en los escenarios franceses con su juvenil "Detour". El también ha tomado, pues, para llegar a su fórmula de artista, sacrificada durante veinte años a la del hombre de teatro, "el camino más largo". Ha seguido, en fin, el camino de Sardou, al revés. Este, que de joven era artista, al envejecer pasó del arte al oficio. Y Bernstein, con el curso de los años, sube a paso acelerado del oficio al arte, y el hombre que todo lo sacrificó al teatro, va hoy buscando a ciegas, en la obscuridad, como en la última escena de "Félix", el protagonista, cuando la luz eléctrica se apaga: en sus tres nuevas comedias, Bernstein anda buscando ansiosamente la poesía.

Por la manera cómo miraba el mar anoche, en Cannes, descubriéndolo tras de las parejas semidesnudas que bailaban apretujándose, se me ocurre que Bernstein encontrará esta poesía plena y total, moderna y completamente suya, ardiente y romántica, en el gran drama futuro en que va a encerrar el tedio del amor moderno, el proceso de la horrenda pareja actual: "La Mort du Baiser".

Y entre su gran teatro y su nueva poesía, Henry Bernstein, príncipe del teatro de su tiempo, habrá conseguido su sillón de la Academia Francesa que desde hace tanto tiempo le corresponde. La Academia acoge con frecuencia esplendores de ocaso. Pero esta vez acogerá en Bernstein, un renovado esplendor de un artista y un poeta.



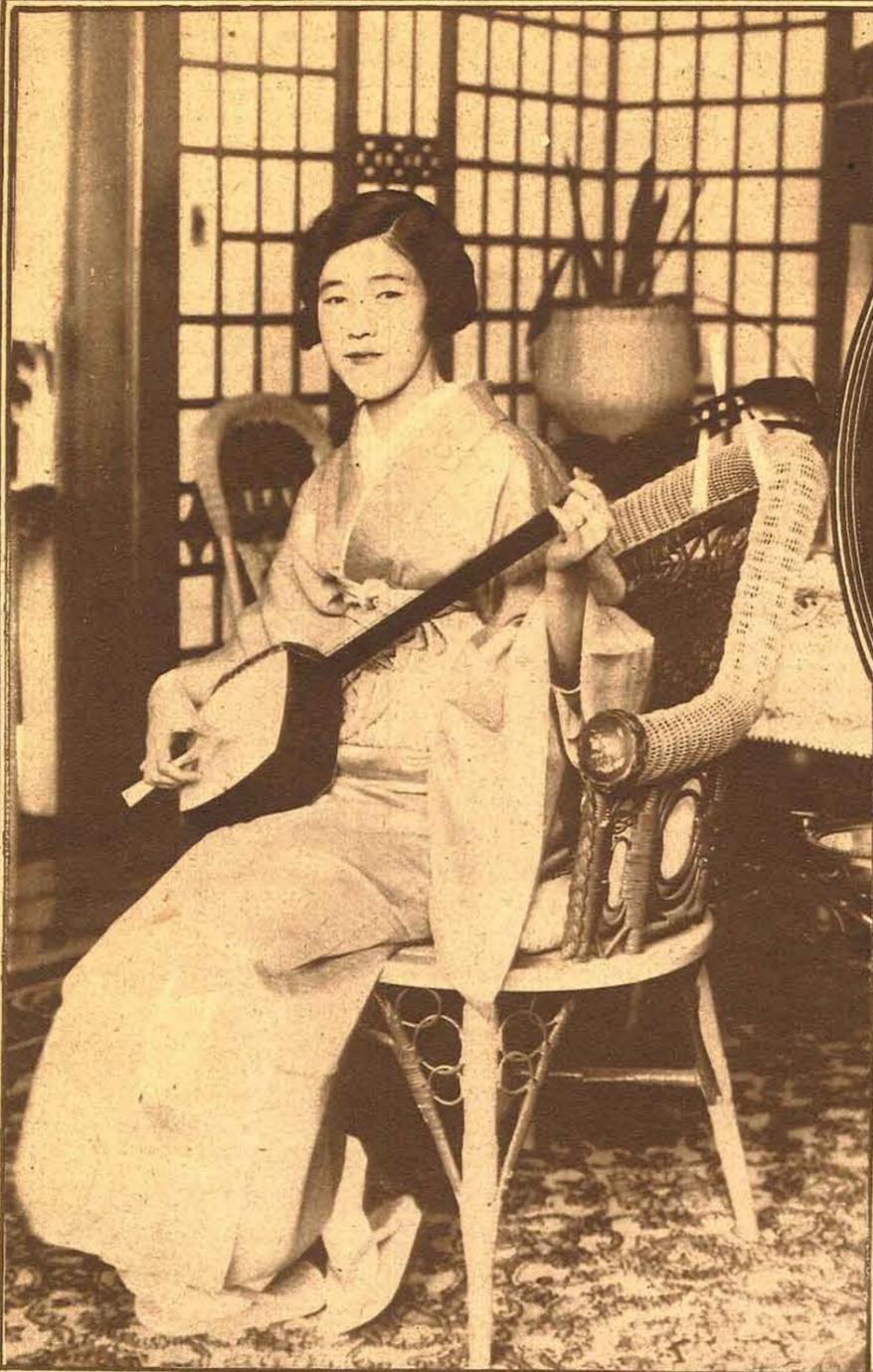
Henri Bernstein (caricatura de "Bib")

también es comprada, aprovechando de la miseria de un desconocido. Y es una vergüenza, un escándalo parisiense y europeo, una ignominia humana, ver a un hombre de talento sacrificado y explotado impunemente, bajo nuestros ojos, entre nuestros aplausos, por la vanidad de un millonario. En verdad, millonario Bernstein ya no lo era. Pero lo había sido, y esto bastaba para la leyenda, y en París siempre basta la leyenda. Se llegó así a la tercera comedia, "La griffe". Y esta vez la gente dijo: "Es raro, rarísimo. Las comedias, indudablemente, no son suyas, pero hay que reconocer que tienen entre sí un aire de familia, incontestables rasgos de parentela. Se juraría que las tres son escritas por la misma persona... Pero esta persona no es la que se llama Henry Bernstein. El aire de familia de las tres comedias demuestra, a lo sumo, que el "negro" siempre es el mismo". La acusación de que se estaba creando en el teatro un nombre famoso explotando, mediante un puñado de francos, a un escritor genial y famélico, llegó muy luego al oído de Bernstein, lo que provocó retos y duelos. Pero en éstos, Bernstein dió en vez de recibir. Así es que del famoso "negro" se habló cada vez menos, hasta el día en que, ante todo un teatro escrito con tan singular energía de rasgos personales y de inconfundibles señas, nadie se atrevió a repetir

Lucio D'Ambrá

(Para LA NACION)

CANNES, diciembre de 1929



Mientras el embajador de Méjico alterna sus tareas diplomáticas con el severo ejercicio de las letras, su esposa, la señora de Reyes, se consagra a la música con idéntico fervor.



Acompañada al piano por su hija Mercedes, la señora de Elizalde, esposa del ministro del Ecuador, luce en el canto excepcionales aptitudes.

La esposa del ministro del Japón, señora de Yamazaki, tañe con arte consumado el "Shami-Sen", original instrumento de aquel país.

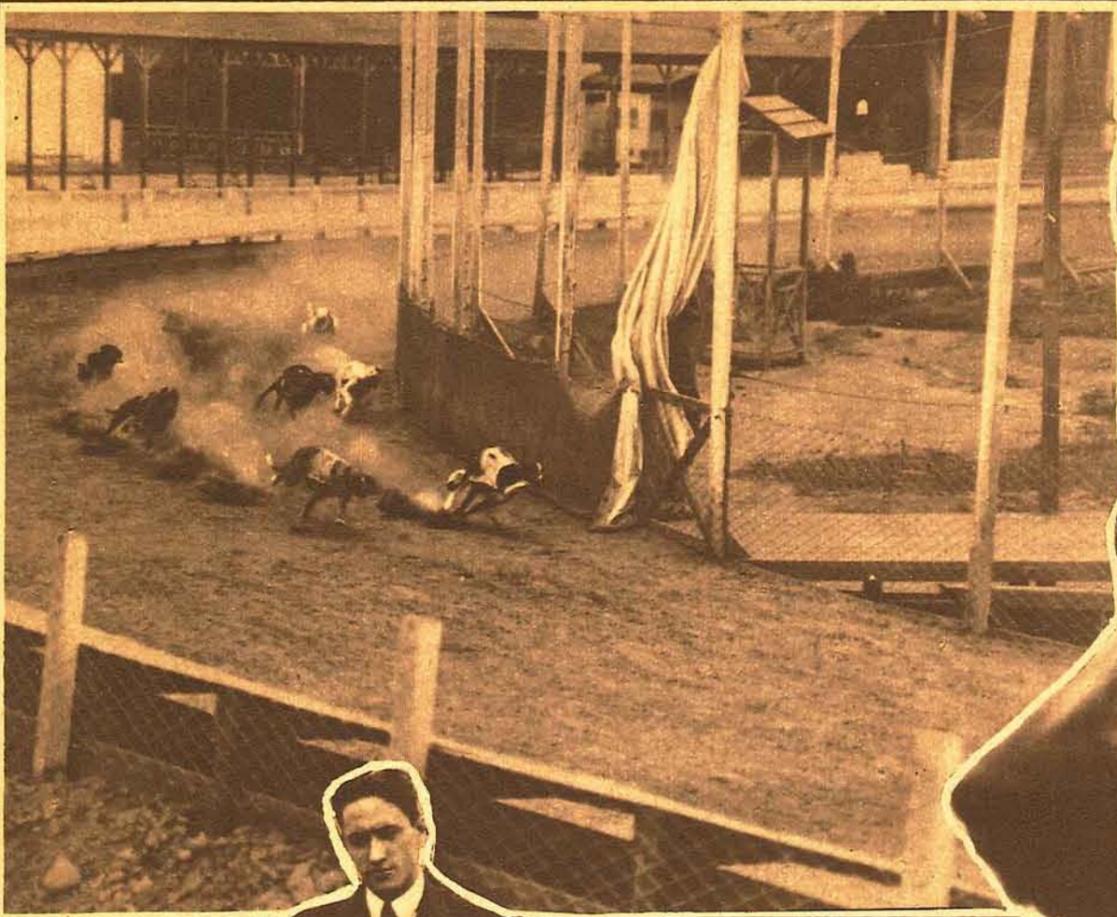
FILM
SOIA



La señorita María Luisa Checa, hija del embajador del Perú, es una diestra ejecutante en la guitarra.

En la intimidad, la señora de Santos, esposa del ministro de Portugal, pulsa la elegante guitarra portuguesa interpretando aires nativos.

La Carrera de Galgos



Un momento emocionante en la carrera de galgos: volcando un codo.

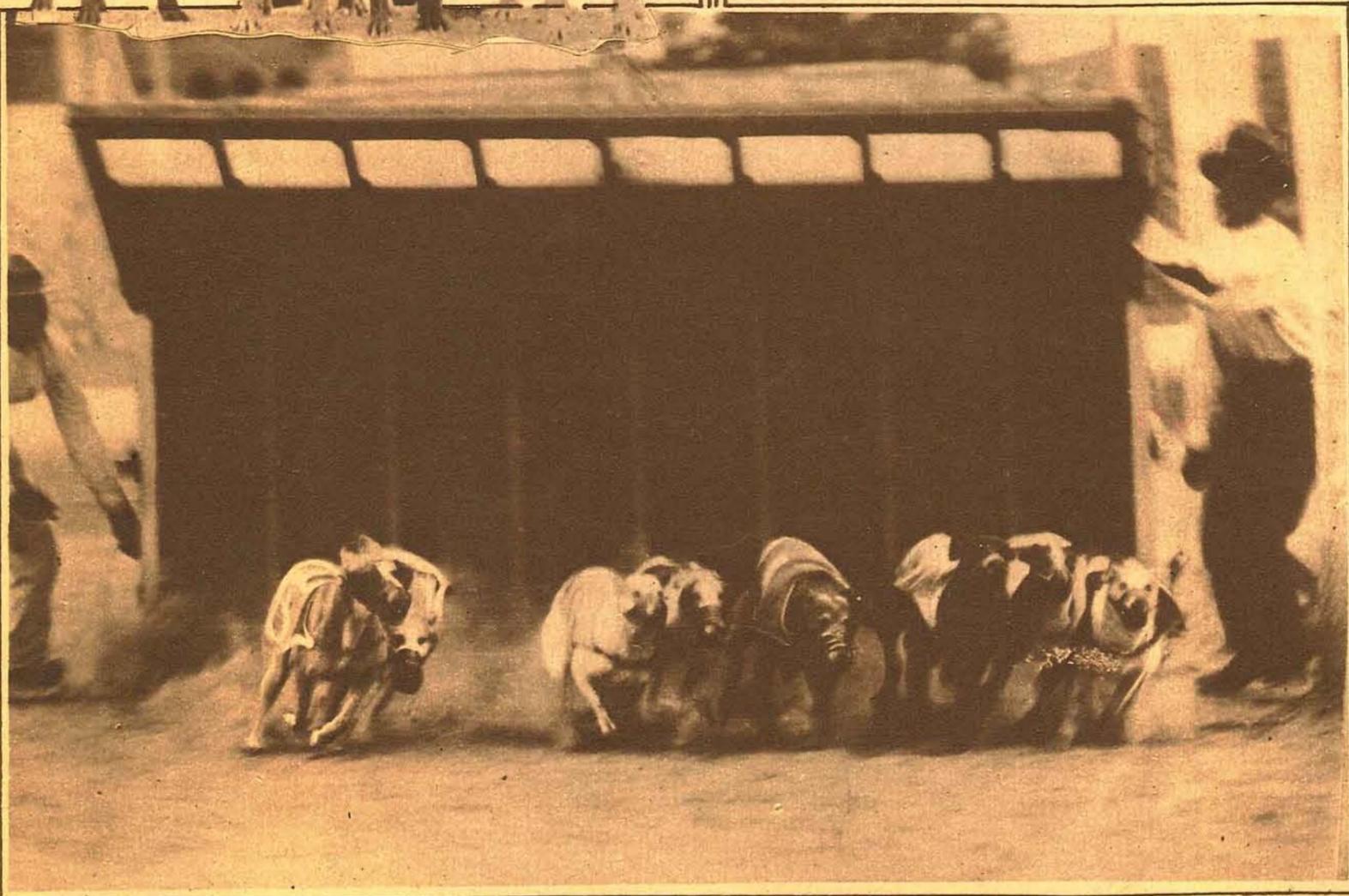
Un conjunto notable, que verá actuar el público de Buenos Aires: C. L. F., campeón inglés de 3 años, ganador de 3 copas en Inglaterra y 2 en Estados Unidos; Judge Hastly, de 4 años, ganador del último Derby de Chicago, campeón en corta distancia media, de 4 años y medio, ganador de 6 copas de plata; Steam Line, de 4 años, ganadora de 1 copa en Estados Unidos y otra en Panamá.



Hermoso ejemplar de galgo de carrera: Lady Heer, de 5 años, campeona inglesa, que ha ganado 11 copas y un total de 75.000 dólares en premios.

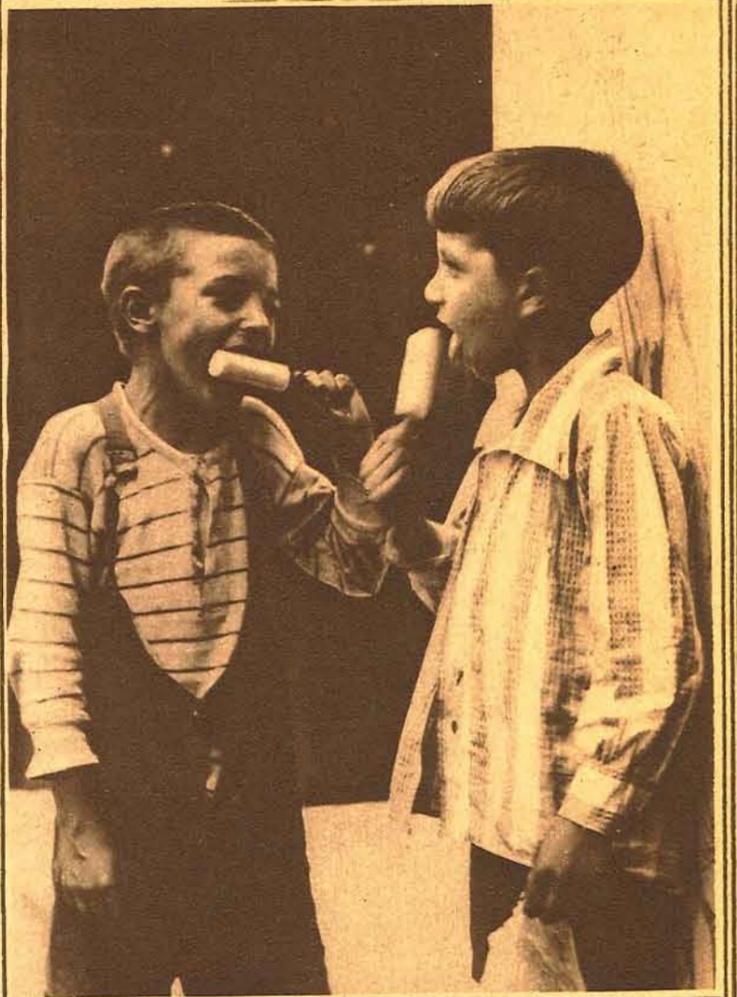


Otro de los aspectos impresionantes de las carreras: la largada.





Una forma de pelar la pava al pie de las rejas.

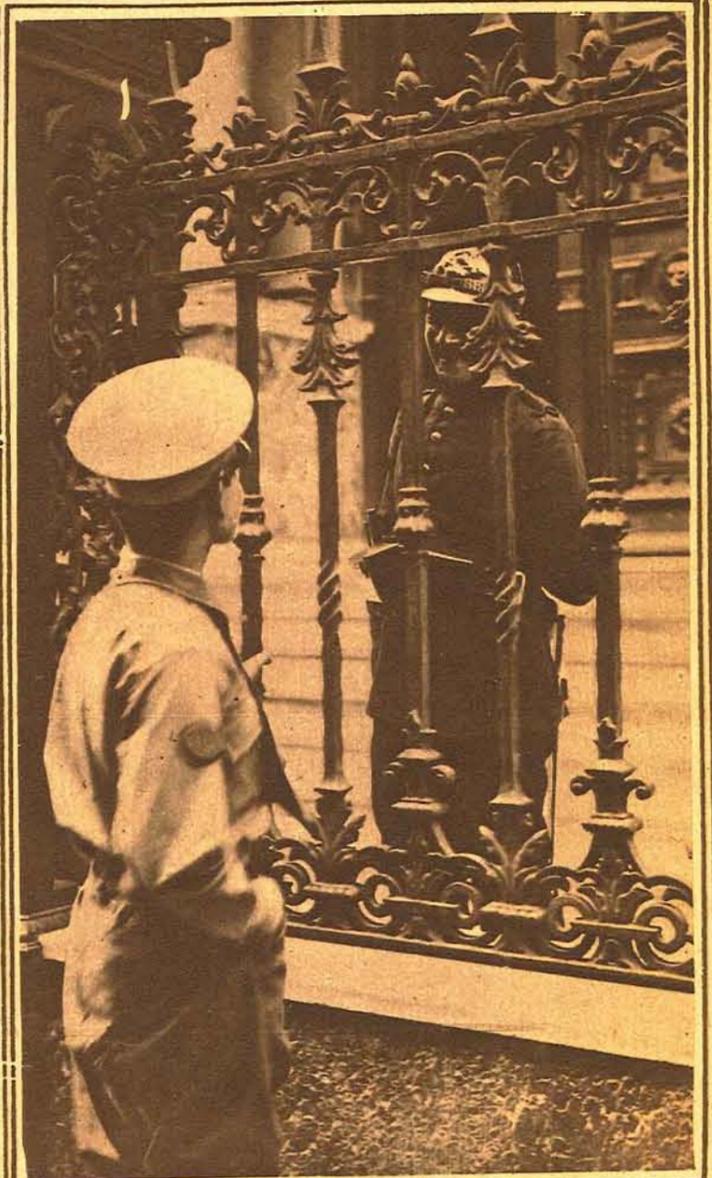


Haciendo todo lo posible por combatir el calor.



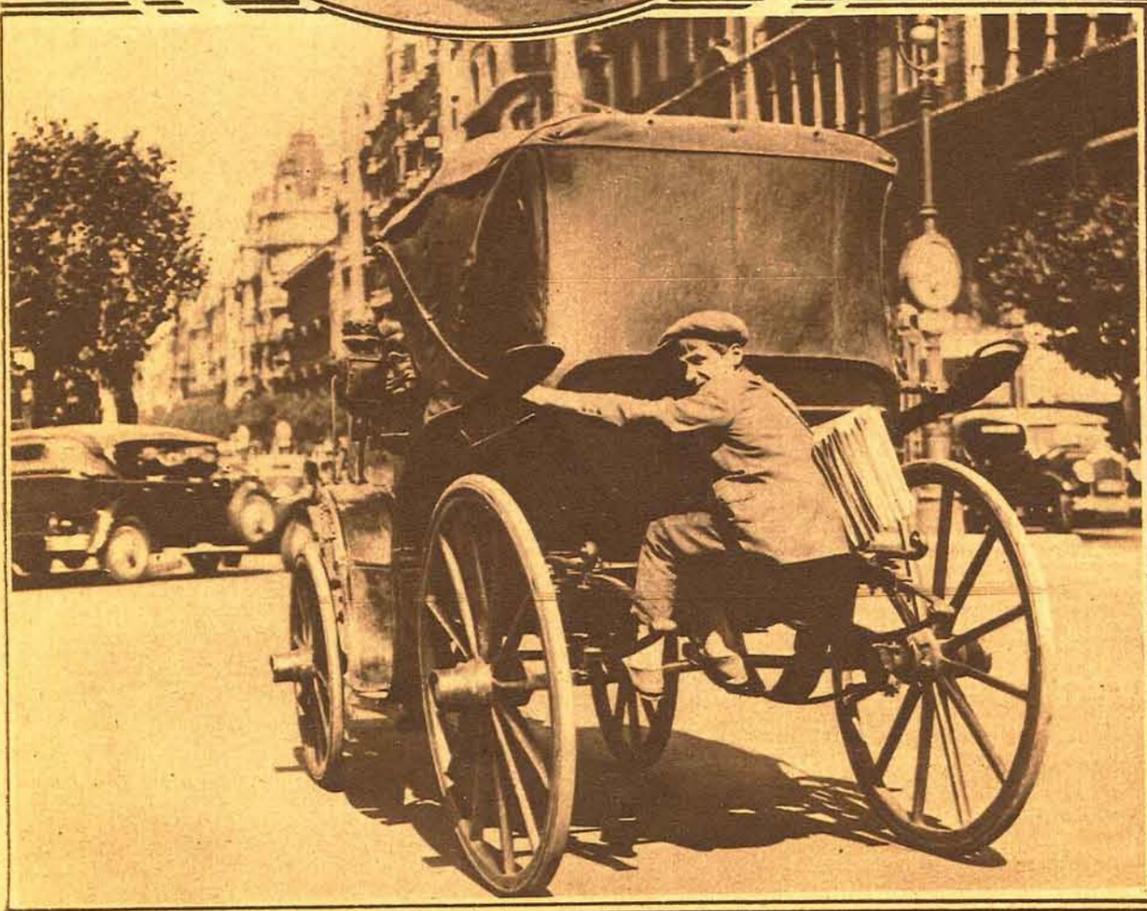
Instantáneas

Las delicias de una siesta estival en plena plaza de Mayo.



Hay en Buenos Aires personas a quienes no preocupa la carestía del transporte de pasajeros.

Vulgarización en un tema de finanzas. ¿Quién puede referirse más autorizadamente al cierre de la Caja de Conversión que el encargado de hacerlo efectivo?



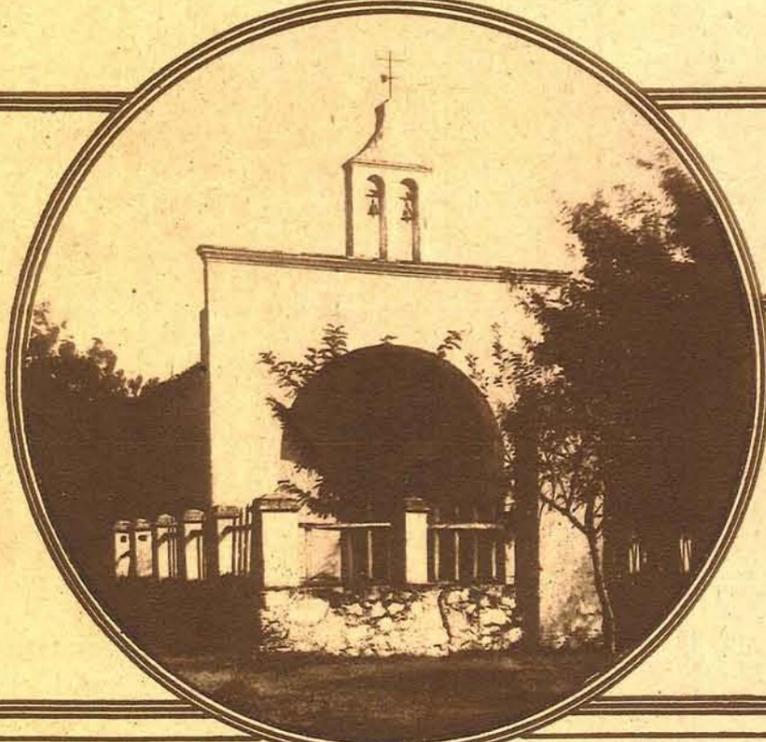


COMO ES CALAMUCHITA



Seguramente no todos los que utilizan a Calamuchita como hiperbólico término de referencia saben cómo es Calamuchita. Calamuchita, por lo pronto, no existe: no existe como localidad. Es un departamento de la provincia de Córdoba, que consta de varios pueblos y aldeas antiguos y pintorescos como Los Reartes, San Ignacio, Calmayo, La Cruz, Soconcho, San Agustín, Los Cóndores, Amboy, Santa Rosa, etc. La fotografía muestra un camino carretero en las proximidades de Calmayo.

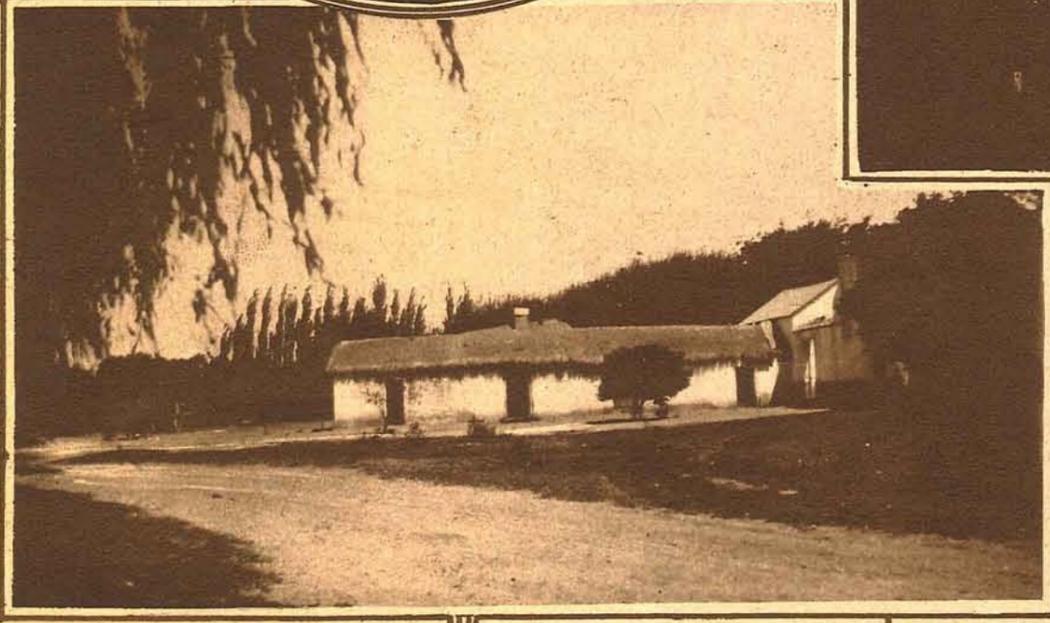
En La Cruz: el único balcón que hay en todo Calamuchita.



La iglesia de Los Reartes



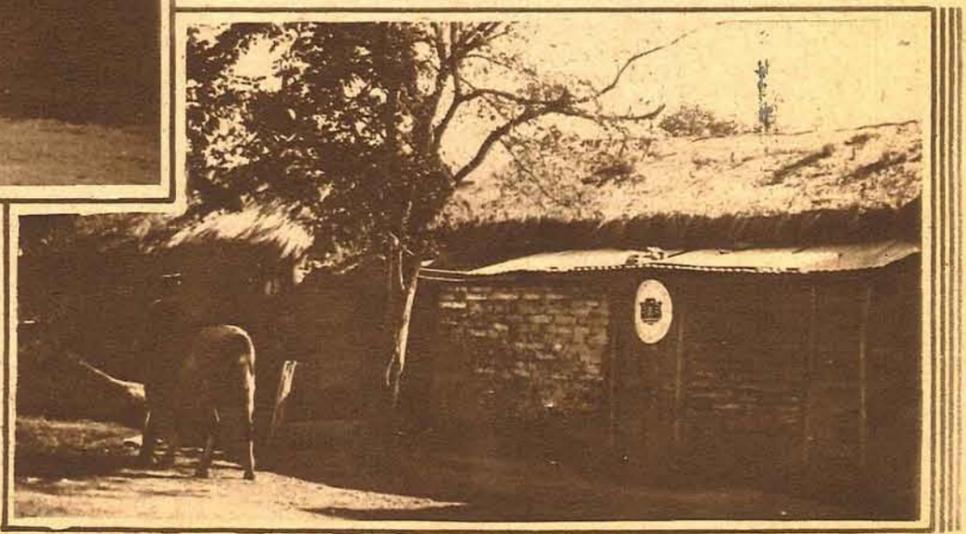
Camino de San Ignacio a Amboy, la cuna de Vélez Sársfield.

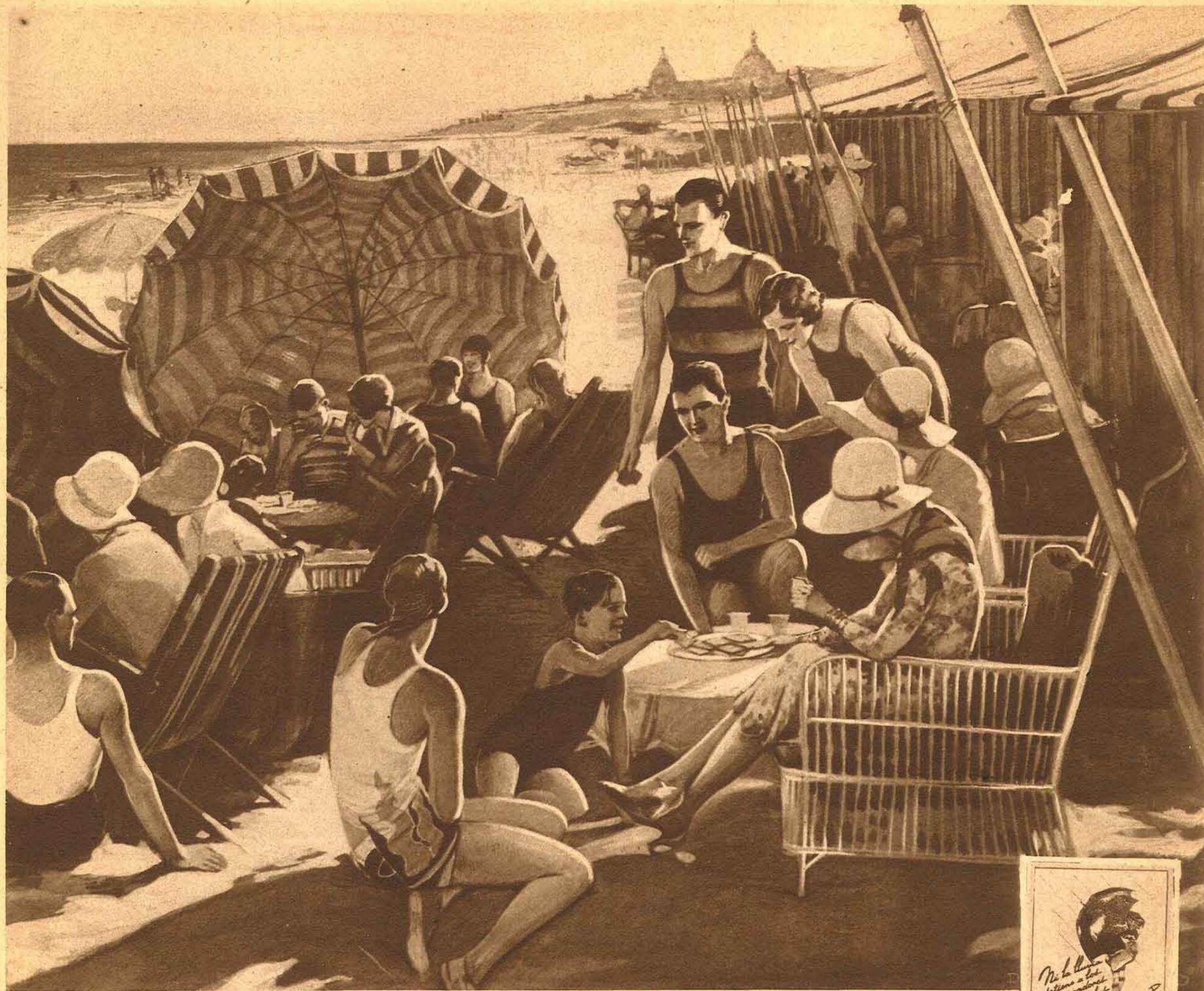


Construcciones modernas en San Agustín.

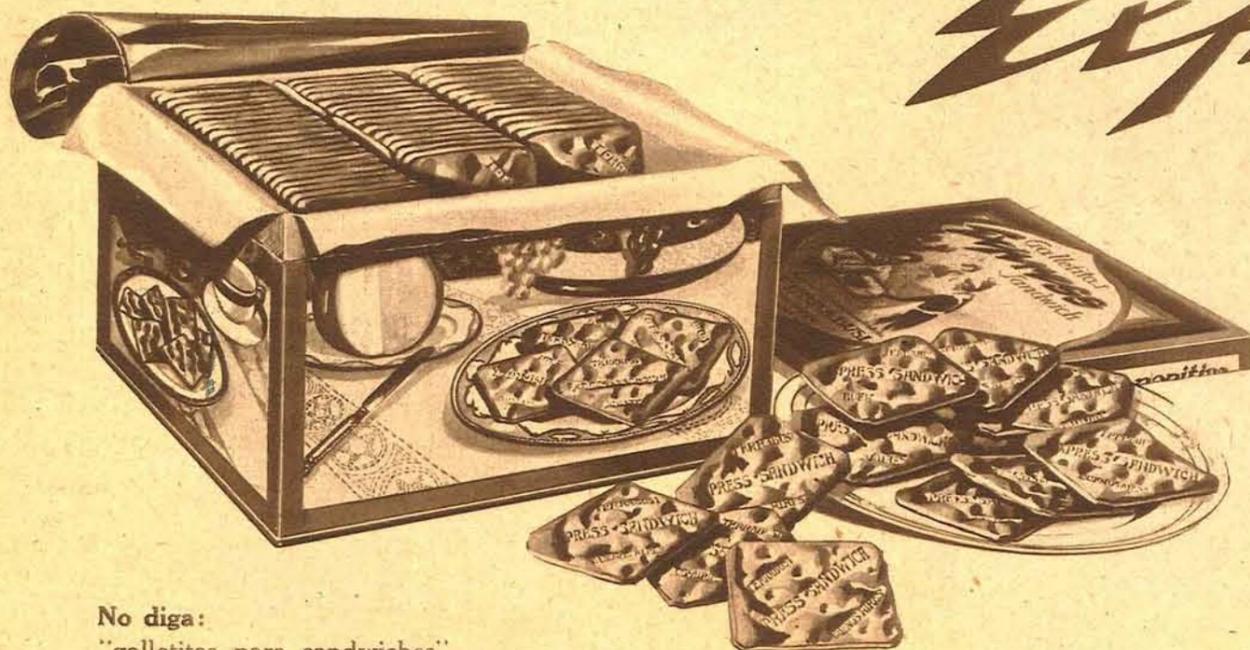


Subcomisaría del departamento de Calamuchita, en Los Reartes.





Haga Ud. mas agradable la hora del baño...
 Galletitas "Express"



Lleve a la arena las deliciosas "EXPRESS". Con caviar, queso o pasta de jamón o de anchoas tendrá usted los sandwiches más sabrosos y más delicadamente nutritivos y digestivos.

Ya verá usted cómo, desde ese momento, las "EXPRESS" contribuirán todos los días a que la hora del baño tenga un encanto más, insospechado hasta entonces.

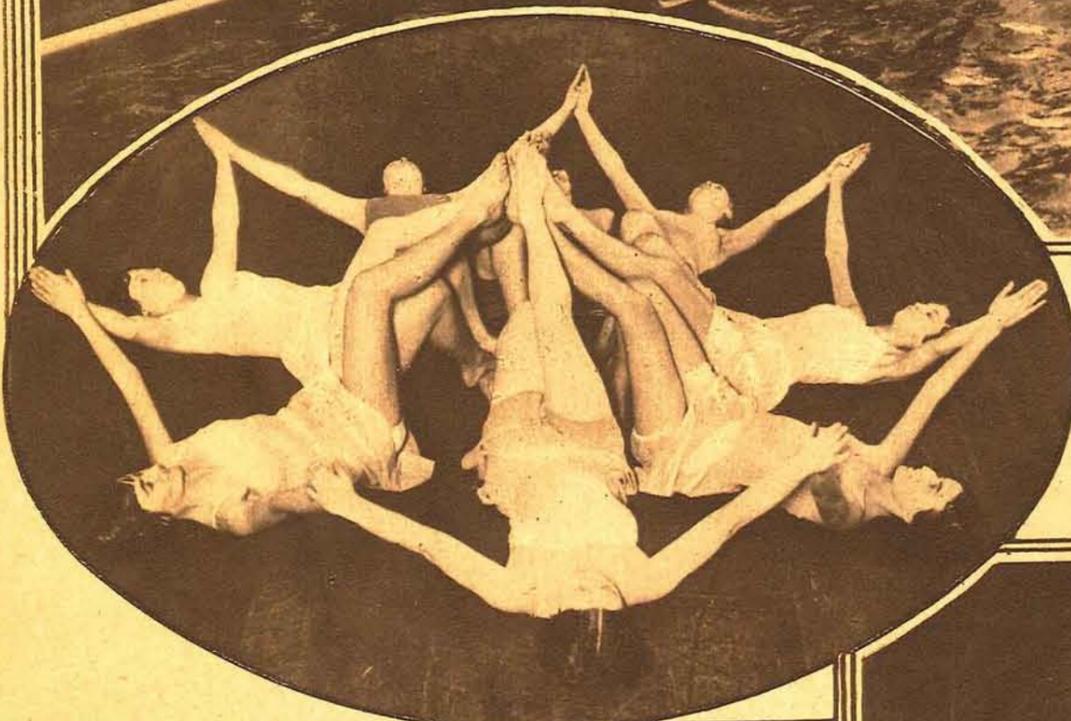
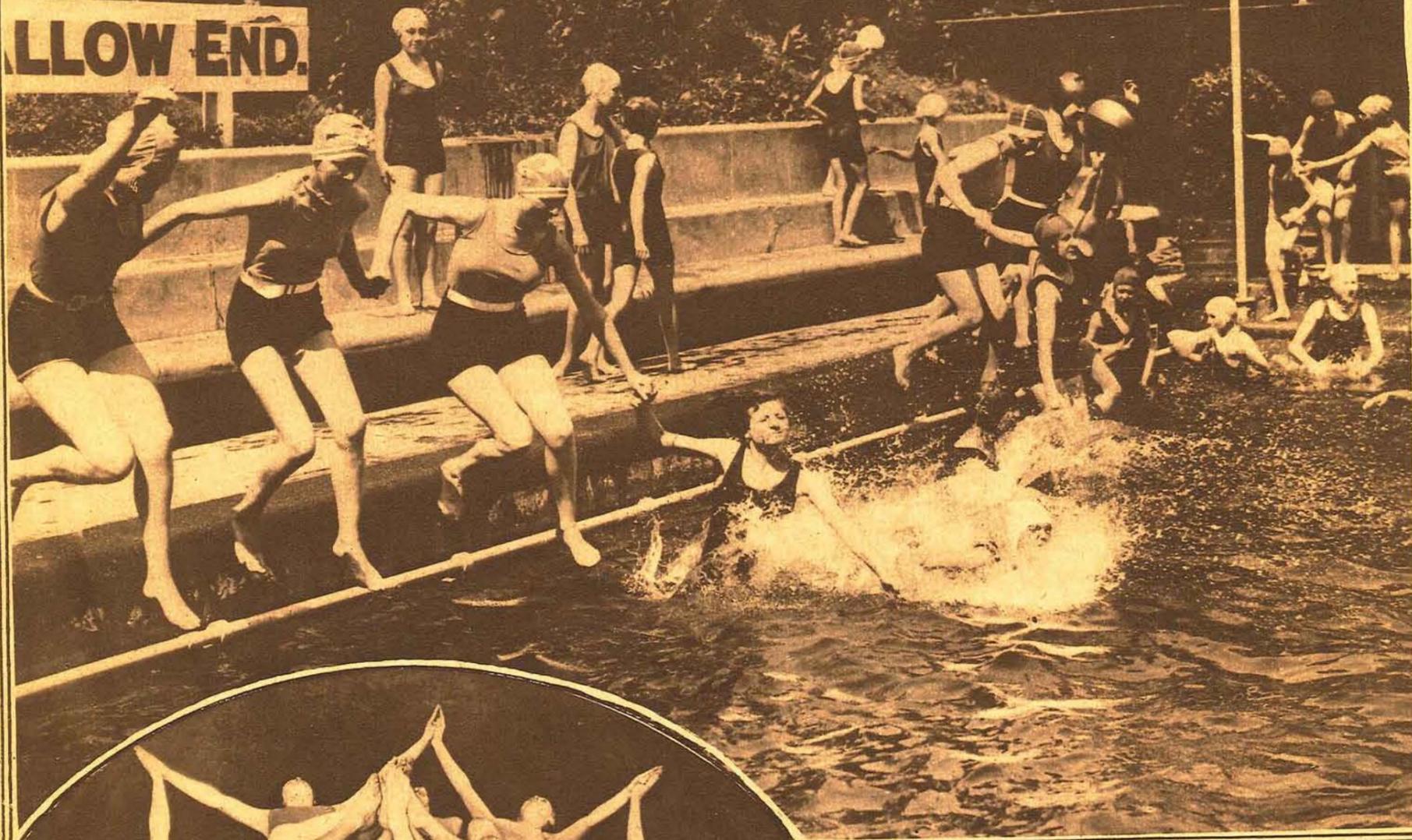
No diga:
 "galletitas para sandwiches" ...
 Diga y exija:
 "EXPRESS" de TERRABUSI
 que son algo más ...

ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI

Se venden en todo el país.
 Pídalas a su proveedor.

En pos de la silueta

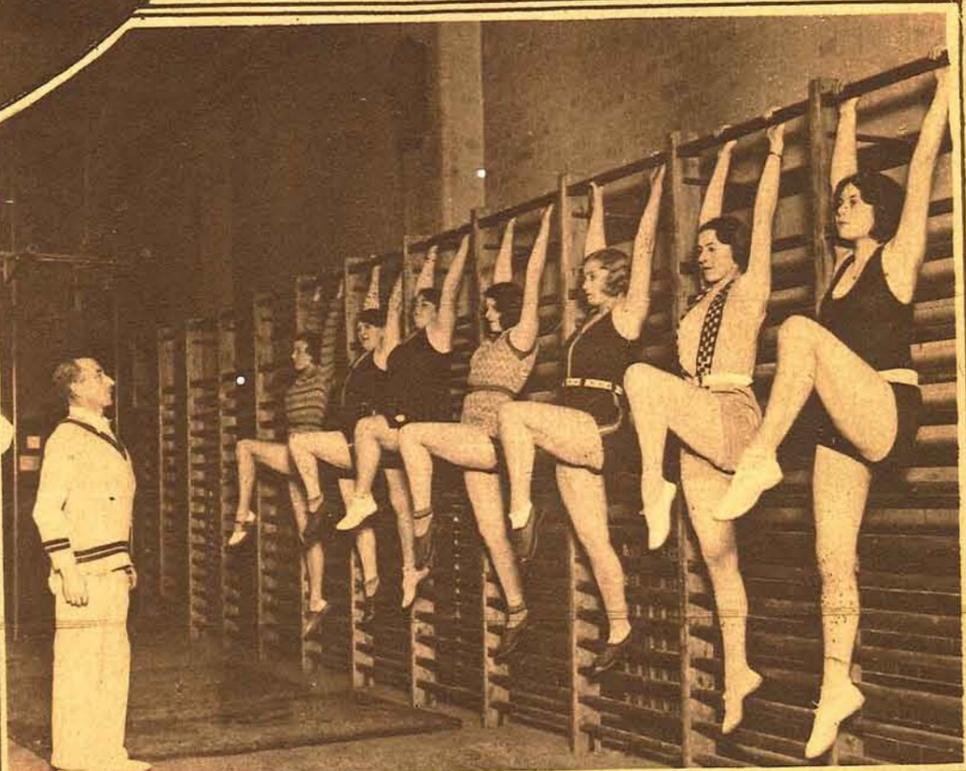
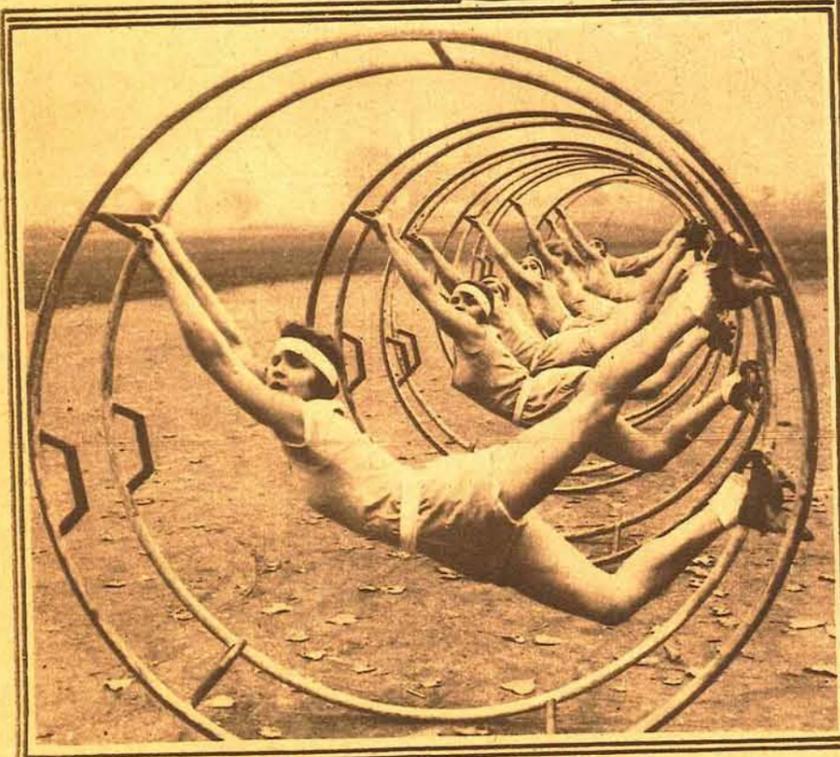
ALLOW END.



La danza contribuye a modificar favorablemente la línea y da al cuerpo soltura y agilidad. Las alumnas de la profesora de bailes Margarita Morris, experimentando un nuevo ritmo de danza.



La perfección de la silueta es el ideal de la mujer con referencia a su estética personal. Encaminados a ella están todos los esfuerzos que realiza para lograr su mejor cultura física. La natación es uno de los medios más eficaces para obtenerla.



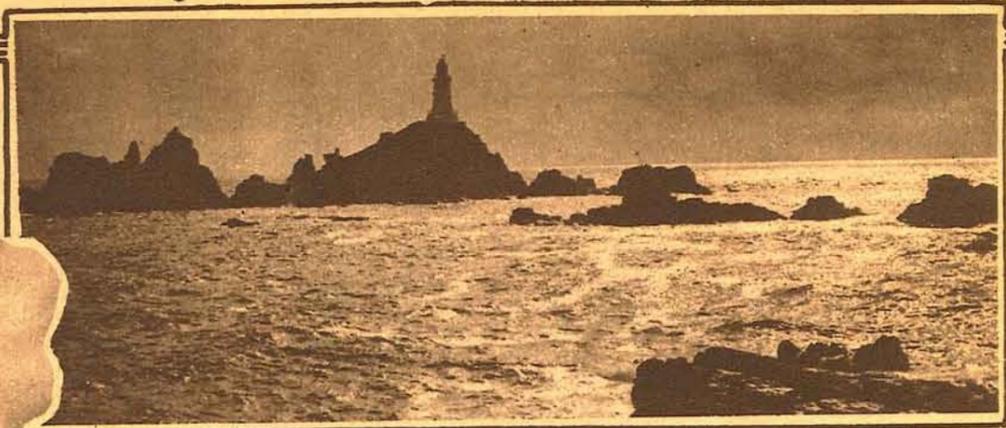
Este sport que se está difundiendo en Alemania y Estados Unidos es un tratamiento energético de resultados infalibles.



Las damas de la sociedad británica se esmeran también por mantener la silueta elegante y obtener la disminución de grasas que atentan contra ella.



Luciana Legrand,
vedette francesa
de la pantalla.



Un atardecer en
el faro Corbiere,
situado en una de
las islas del Ca-
nal de la Man-
cha, frente a la
costa de Jersey.



Helen Kane y Jack Oakie ensayando un nuevo paso de danza.

POLVOS DE TOCADOR

LUBIN

EN LOS PERFUMES

AMARYLLIS

NASIBA **MONJOLY**
SOLA MIA **ENIGMA**

Tonifica y aterciopela el cutis

LUBIN

elabora él mismo sus esencias en CANNES (Costa Azul) centro de las flores.
Combina sus bouquets en PARIS, centro de creaciones artísticas.
Importa y envasa sus perfumes en BUENOS AIRES centro de elegancia y distinción.

Esta organización única, modernísima y racional nos permite dar a un precio conveniente un producto insuperable.

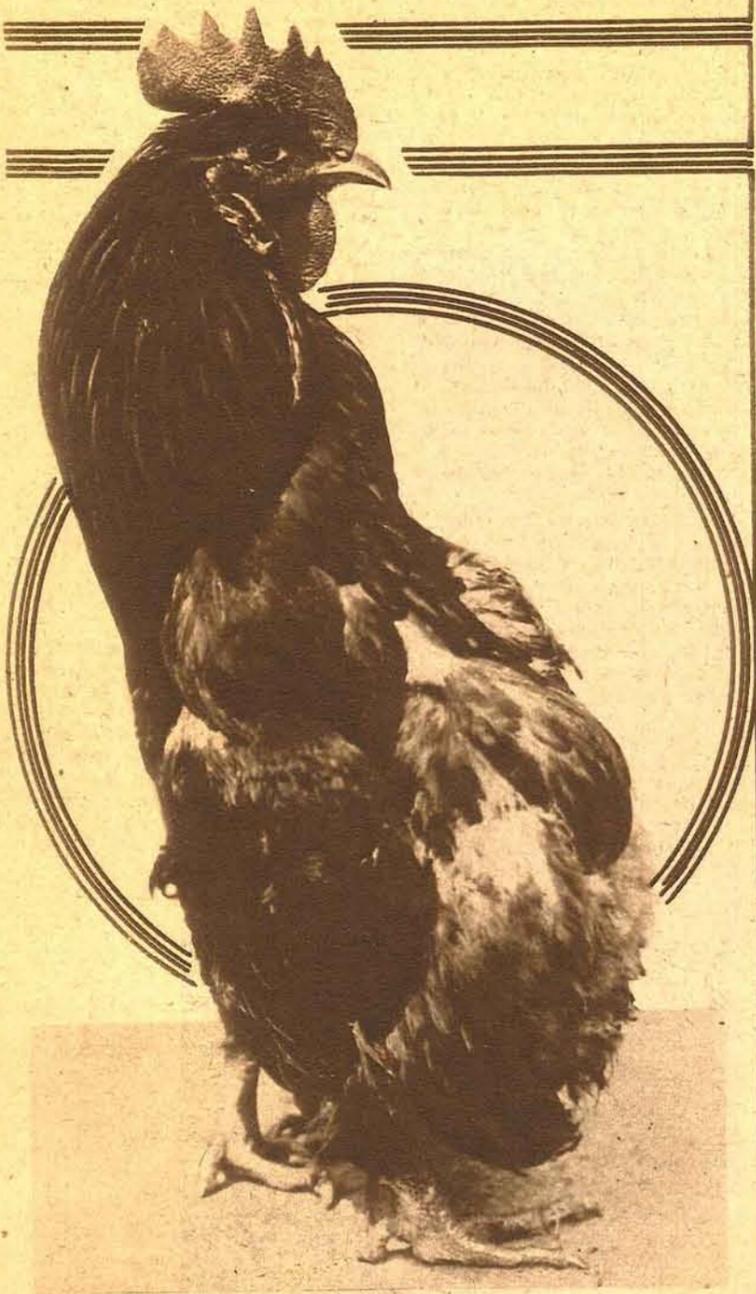
POLVO LUBIN gran modelo . . . \$ 1.60
POLVO LUBIN 1/2 caja \$ 0.70

TALCO LUBIN
\$ 0.70
FRASCO DE VIDRIO

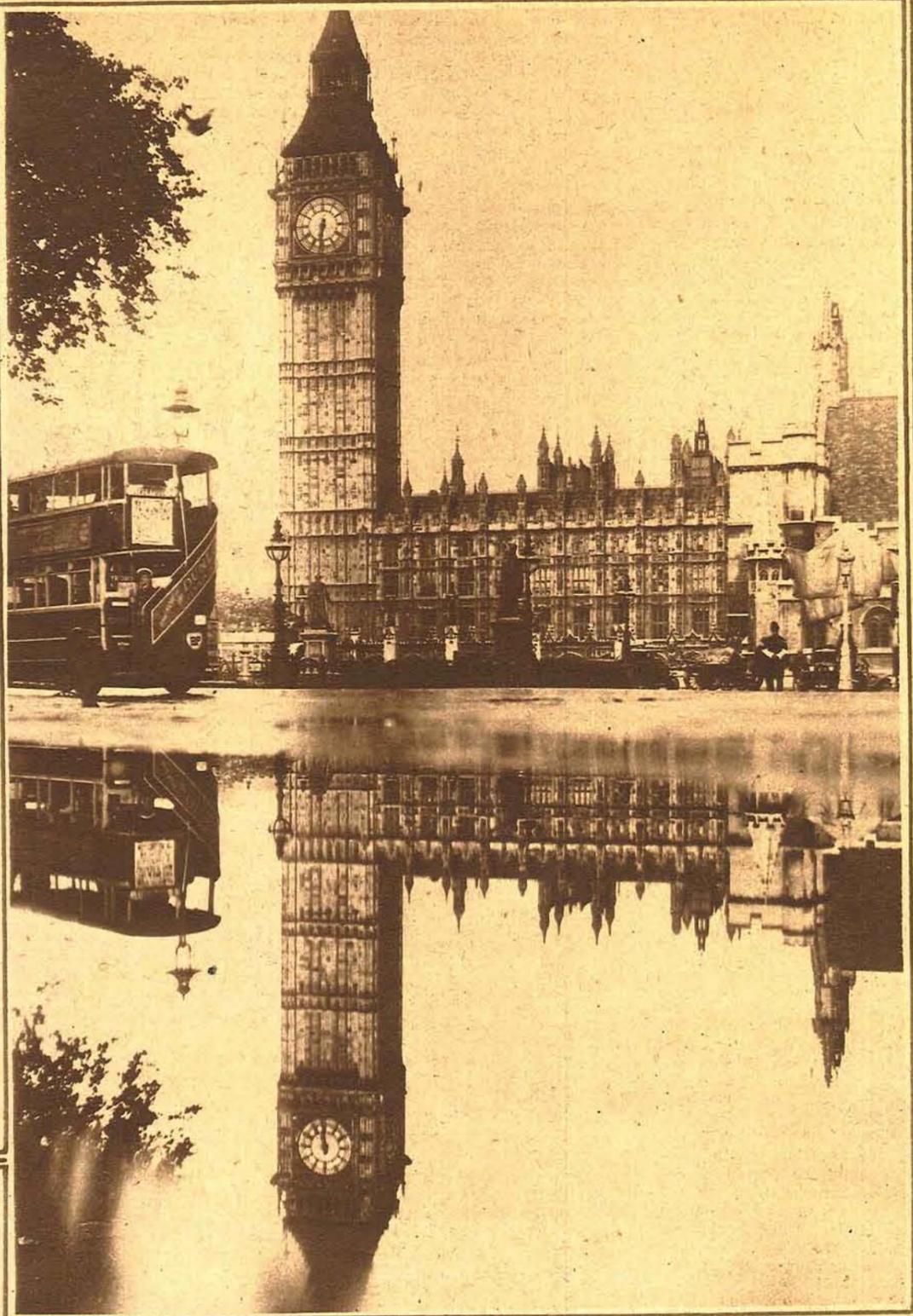
LUBIN

Parfumeur Paris

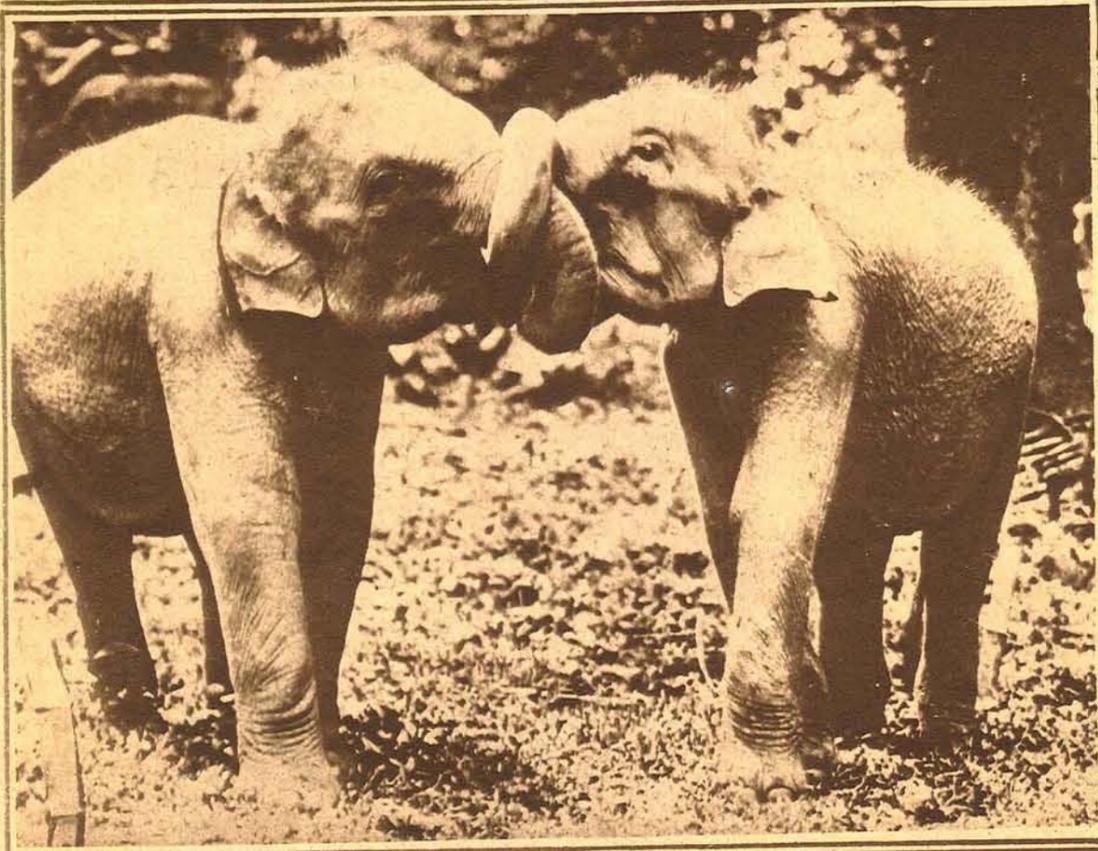
Distribuidores: Rivadavia 4447 — Buenos Aires



La Naturaleza parece haber querido realizar con este curioso ejemplar alado una caricatura cuyo sentido es fácilmente perceptible.

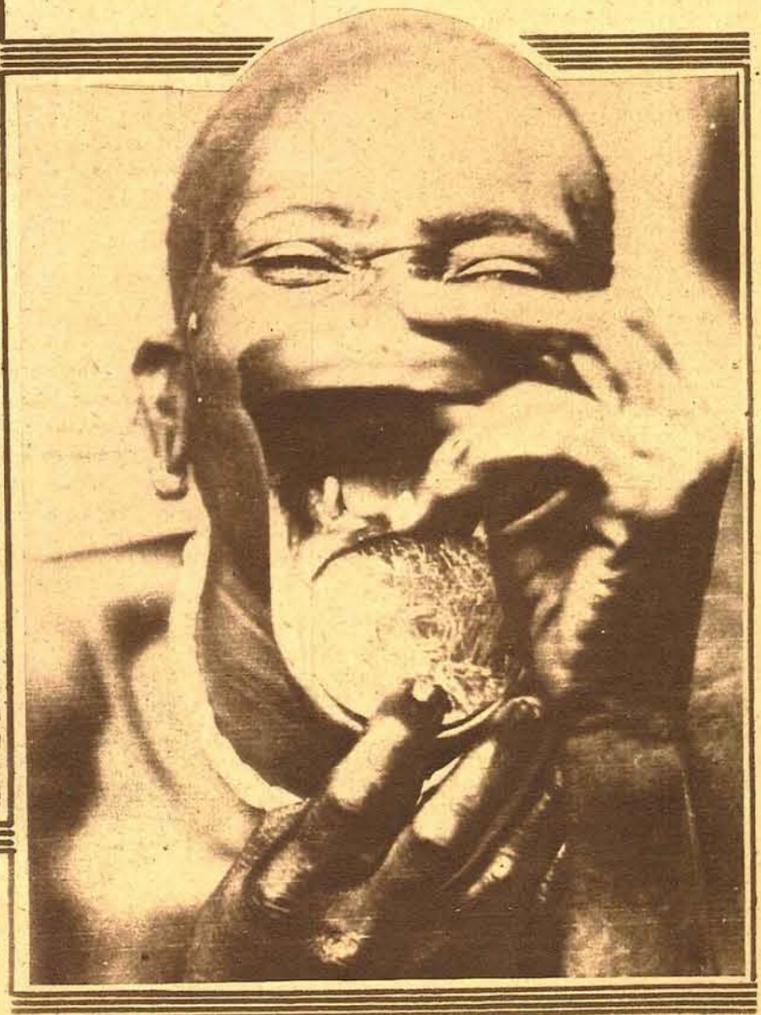


El Big Ben, famoso reloj del Parlamento británico, refleja notablemente después de un día de lluvia en Londres.



Un beso en la selva.

El labio fantásticamente deformado es un motivo de coquetería en ciertas tribus africanas, a las cuales pertenecen "los negros del plato", que han alcanzado extraordinario renombre por ese detalle jisonómico.



RETAZOS DE VIDA
EXAMEN DE
ADMINISTRATIVO

(Continuación de la página 15)

y seguíamos haciendo pasacalle y déle que déle al entusiasmo del profesor y déle que déle a la colaboración del discípulo.

En un intervalo breve, aproveché la coyuntura para hablarle de mi examen de administrativo, insinuándole que tenía escasa aplicación práctica en el ejercicio profesional, que yo estaba urgido de marcharme a mi provincia, que cuando hubiese tiempo le había de consagrar esfuerzo máximo al estudio profundo de la archinteresante materia. Le dije todo lo posible dentro de aquel breve intervalo; buscando la palabra consoladora y la obtuve y me hundí en el seno de la confianza.

"Vea, querido, me dijo: léase los primeros cinco o seis capítulos y basta".

Necesito advertir que el doctor Soria era hombre de vasta ilustración. Creo haberlo dicho ya en otra oportunidad. Era un figurín en el vestir y en el hablar, sobrenadando en cierto espíritu francés en todas sus manifestaciones, con muchos amigos y muchos adversarios, como ocurre siempre con los exponentes de un medio social.

El rayo cae en las alturas, dice el viejo refrán.

Cuando uno de mis amigos, adversario del Dr. Soria, supo confidencialmente lo sucedido a propósito de mi examen de administrativo, me felicitó, agregando una nota marginal a su regalo: "Todo está muy bueno, pero no te fies".

Y llegó el momento de la prueba. Di procedimientos, interrogado por el Dr. Justino César, profesor de la cátedra, ante la mesa compuesta por el decano Dr. García y los Dres. Berrotarán, Echenique y Castellanos. Me estrujaron con una amabilidad odiosa, espada florentina brillante y flexible que me amenazaba por los cuatro costados y creo que me penetró en casi todos. "Qué le parece al señor en tal caso... y en tal otro y si ocurriese, por ejemplo, de manera que... o por el contrario, se hallase con el término vencido... "Y vea Vd..."

Mi sensación dominante cuando pasó la prueba de procedimiento era la del hombre apaleado por la policía en media calle. No obstante, la fuente de plata me enseñó cinco letras A formando un bonito ramo. Fui aprobado por unanimidad. ¡Bendito sea el Señor de los cielos!

Faltaba ya solamente para alcanzar la cumbre suspirada, aguantar el vaivén de la logomaquia, con el rubro de derecho administrativo, me reservaba un torrente de sorpresas. En lugar de cinco o seis, me di maña en leer siete capítulos, aplicando el máximo de mi atención. Adquirí el convencimiento de saberlos a fondo y hasta me hice la risueña ilusión de poder epatar al tribunal, contando de antemano con la complicidad de mi amigo el doctor Soria.

La Universidad de Córdoba, en los días de mi evocación, fué un organismo honrado y serio en su conjunto y en su detalle. Ninguno de sus profesores era capaz de cometer la menor debilidad, en cuanto concierne a la docencia y mucho menos en las pruebas de promoción. El Dr. Rafael García por sí solo, representaba virtualmente la majestad del histórico instituto. Hombre inteligentísimo, civilista admirable, elocuente en su exposición, preciso en la palabra, galvanizante en el gesto, se le consideraba

en materia de legislación comparada, el primer profesor del mundo. Era lo que suele llamarse un pozo de ciencia. Los que no han tenido la dicha de escuchar sus lecciones, dudarán quizás de la exactitud de este concepto; pero, las personas que como yo, tuvieron la buena suerte de asistir a sus clases famosas, de oírle comentar un principio de derecho, arrancando desde sus orígenes y comparándolo con las disposiciones de la legislación universal, dentro de la más rigurosa argumentación filosófica y jurídica, han de convenir en que fué una personalidad eximia.

José Manuel Estrada dijo de él que era "la más genuina, la más vigorosa y la más brillante personificación de la antigua Córdoba, en la plenitud de su dignidad moral y de su cultura cristiana".

Juan M. Garro, al ser inaugurada en Córdoba la estatua de García, dijo: "Muchos, en el magisterio, habrán igualado y aun superado la extensión y profundidad de sus conocimientos, pero de cierto que ninguno ha ejercido mayor ascendiente que él sobre sus alumnos, que ninguno les ha inspirado igual afecto y hecho nacer en sus pechos sentimientos de gratitud más intensos, más desinteresados, más duraderos".

Soy temperamento rebelde a

las transcripciones. He querido, por esta vez, sin embargo, acompañarme del juicio, de la opinión de dos personalidades eminentes, en apoyo de mi aseveración, cuyo único fin consiste en sostener y afirmar que el profesorado de la vieja Facultad de Derecho, se modelaba sobre las condiciones de inteli-



gencia, carácter y circunspección de sus componentes.

No debí yo hablarle de mi examen de administrativo al Dr. Soria. No debí tampoco aguardar ninguna concesión de su parte. No debí honradamente limitarme a leer cinco o seis capítulos de la asignatura. ¡Ah! pero yo estaba urgido de

marcharme a mi provincia por una circunstancia elemental: el "doctor" que trataba de hacerse abogado, no tenía un peso en el bolsillo.

Es la única disculpa de mi funesta tentativa de examinarme en confabulación con el profesor.

Y comenzó la prueba. El doctor Soria, elegante, puntilloso, pasando la mano por las negras crenchas de su pelo, me preguntó algo de los últimos capítulos de derecho administrativo. El techo del salón se desplomó sobre mi cuerpo; los objetos empezaron a girar describiendo una danza macabra a mi alrededor. No había terminado el corto discurso de la interrogación, cuando sentí vehementes deseos de retirarme entre un acceso de tos fingida y el desdoro de la fuga.

En mi desesperación atiné a buscar en la gramática un auxiliar propicio, insinuando que no comprendía bien la pregunta, porque esto... aquello... esotro... y diciendo que, para contestar con precisión, era esencial saber en qué consistía justamente la interrogación. No sé bien lo que le dije buscando el punto por donde podía disparar. Me reputaba vencido y ya iba a ponerme de pie para abandonar la silla de mi tortura, cuando el Dr. García tomó la palabra, observando que, a su parecer, yo tenía razón.

Una pregunta mal formulada es fuente de error o de sofisma.

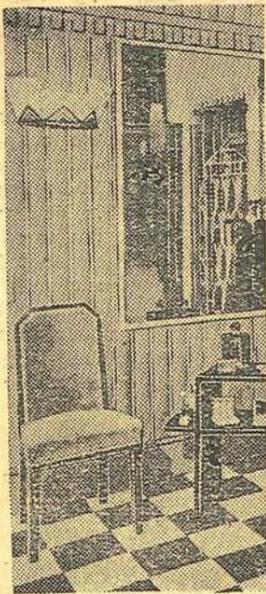
El Dr. Soria, temperamento nervioso, o tal vez expresado con mayor exactitud, quisquilloso, entendió que el Dr. García censuraba su manera de interrogar. El caso es que ellos se trenzaron en una discusión acalorada, magnífica de pequeñas explosiones gramaticales y jurídicas que mantuvo durante más de media hora, sin que en toda ella desplegara yo mis labios. Los dioses calchaquíes, sin duda intervinieron, protegiendo al descalabrado diaguista, porque al darse por terminada la discusión gramatical y dado el hecho de hallarse vencida la hora, sonó la campanilla, dándose por concluida la prueba.

¡Fui aprobado en derecho administrativo!

Podrá decirse que esto es revelación paladina de que en la Universidad de San Carlos, se pasaba sin dar examen.

No, señor. De ningún modo. Fué un caso excepcional y nada más.

Pero sea de ello lo que fuere, me resulta profundamente grato al cumplirse los cuarenta y siete años, consignar este recuerdo de la vida universitaria y el testimonio de mi alta y afectuosa admiración por el grande y respetable civilista Dr. Rafael García, sobre cuya memoria deshojaría todas las flores de mi jardín.



Madame Payot en su salón artísticamente decorado en París, donde todas las facetas de la cultura de la belleza son cuidadosamente estudiadas por esta dictadora en belleza. Muchas de las más hermosas mujeres de Europa vienen a consultar a la eminente Madame Payot en problemas sobre el cuidado del cutis.



En París... MME. PAYOT

especialista en belleza de fama mundial

aconseja este método de belleza de 2 minutos

Recomiendo a mis clientes el jabón hecho de los aceites de palma y oliva, los cuales separadamente tienen un gran valor cosmético, y que en la mezcla del Jabón Palmolive son doblemente eficaces.

Dr. N. G. Payot
12 RUE RICHEPAUSE, PARIS



35 centavos la pastilla

El jabón Palmolive jamás se vende desmenuado

3 pastillas por \$ 1.-

Durante muchos años la "élite" de París ha escuchado los consejos de belleza de Madame Payot, quien ha sido profesora de muchos especialistas en belleza.

Hoy Madame Payot aconseja el uso diario del Jabón Palmolive, en un sencillo tratamiento de 2 minutos, y previene contra los efectos ásperos de los jabones inadecuados. Estas son verdaderas noticias de belleza.

"Desde que comencé a recomendar el Jabón Palmolive a mis clientes, la diferencia fué aparente inmediatamente. Esta limpieza casera proporciona la base correcta para mi Crema No. 1 y Loción No. 1".

He aquí el famoso tratamiento Palmolive, recomendado en todo el mundo, y como también lo aconseja Madame Payot: haga una cremosa espuma con Jabón Palmolive y agua tibia. Con ambas manos masajearla bien dentro de la piel durante dos minutos para que penetre en los poros. Enjuagarse luego con agua tibia y después fría. Un lavado final con agua helada actúa como astringente. Pruébelo, esta misma noche. Colgate Palmolive Peet Ltda. S. A. Ind. Buenos Aires.

JABON PALMOLIVE

DEL AMOR COMO ENFERMEDAD

POR

ARTURO
GIMENEZ
PASTOR

las impulsiones de la sangre?

Y, sin embargo, ese ánimo tan hostil a semejante reversión de conceptos se siente con igual fuerza atraído al juego

poética, dígame lo que se diga, aparece cruel como la crueldad misma esa entidad de inquisidora mirada que tras lentes de helados reflejos hurga revelaciones de otra verdad en el lírico follaje de la vida idealmente elaborada por el sentimiento.

¿Qué extraño, si aun en la Historia, de quien se ha dicho que "parece no haber alcanzado todavía figura completa de ciencia", esa mirada y esos lentes se encarnizan en ver

otra cosa que la solemne visión heroico-patética del drama del hombre, que es precisamente lo que una historia de la vida puede ser? Todos los días el cientificismo diseña alguna de las cálidas concepciones de acontecimientos que el sentimiento de lo humano animó con profunda y universal vitalidad y nos entrega, por ejemplo, el esqueleto lógico de los amores de Cleopatra convertidos en un simple plan político fundado sobre un matrimonio de conveniencia, o quiere que no haya existido aquella "Locura de amor" tan bellamente perpetuada en una de las más conmovedoras obras de poesía dramática realizada por el arte y el corazón; que no haya estado loca la amantísima doña Juana de Castilla;

que no haya podido por material imposibilidad averiguada, hacer lo que muestra el cuadro famoso que rifó con inspirado pincel la leyenda de la pobre reina llevando consigo de aquí allá, en siniestra procepción, el cadáver de su Felipe el hermoso negado a la tierra por un amor rebelde a la muerte.

Y bien; es posible que esas y tantas otras grandes cosas de la historia tradicional hayan sido como la historia sin poesía las quiere. Y es posible, como lo quiere ahora aquel concepto bio-patológico del amor, que lo que fué hasta hoy divina herida en la indefinible esencia de las almas—divina también por su origen en la mañana del Edén y en la flecha de Eros—, llegue a ser para el médico sólo un caso más de miseria animal. Pero el ánimo se resiste con todas sus fuerzas a esa posibilidad. ¡Ella exige el renunciamento a ideas que han embellecido la vida!

La depuración del fenómeno erótico por combustión del elemento animal en fuego de espiritual fervor, es quizá la más esforzada y noble victoria del espíritu sobre las fuerzas oscuras de la vida.

Con la preponderancia de una fuerte realidad subjetiva, triunfa así mejor que nunca la aspiración a ennoblecer la existencia elevándola sobre lo individual del impulso instintivo a lo universal del sentimiento que puede ser vivido por todas las almas a través del tiempo, del espacio, del propio destino personal, en un consorcio de identificación moral suscitado por la magia de la simpatía.

¿Qué mucho, pues, que se yerga impetuosa en lo íntimo la negativa a aceptar un retorno desde ese bello mundo al limbo en que se agitan ciegas

zoz de su Cleopatra divina y fatal. Romeo va a comprarle al famélico boticario de Mantua, no la dosis de veneno que asegura el triunfo del amor en la muerte, sino cierto específico depurativo que elimina de su organismo las toxinas de su pasión por Julieta. Des Grieux, el amante de todos los sacrificios, ha sido sometido por su padre, aquel irreductible padre que sabemos, a un tratamiento de más o menos perfeccionadas inyecciones que lo ha mejorado mucho de su intoxicación sentimental; ¡no tiene ya para Manón besos su boca! Macías, el doncel que fué para su época el Enamorado por antonomasia, a quien "amores le dieron corona de amores", anda aconsejando juiciosamente, como en las páginas de Juan de

Mena: Sabed al amor [desarmar, amadores, huid de peligro [tan apasionado. Sabed ser alegres, dexá de [ser tristes; a otro que amores dad vuestro [cuidado... Y Armado Duval, como en cierto perverso cuento analiza la elegiaca novela de sus veinticuatro años, razonando las desastrosas consecuencias que la pobre Margarita Gauthier hubiere tenido en su vida a no haberlas evitado la decisiva te-

rapéutica anti-infecciosa aplicada a tiempo por el médico de la familia...

••••• Pero—se dirá—todo eso no son más que donaires de fantasía en el campo de lo novelesco dramático que no tiene realidad positiva y que, por lo mismo, de todos modos se quedará como está. Otro valor puede ciertamente revestir en la vida de mañana eso mismo que sólo aparece grotesco retrospectivamente imaginado en un mundo de ficción...

Eh... Todo lo de ese mundo no es tan ajeno a la realidad positiva del nuestro. Los amantes célebres de la novela y el poema son arquetipos de los enamorados de existencia física; los Des Grieux y los Armado (como los Don Juan y los Otelos) se perpetúan indefinidamente en múltiples personajes de carne y hueso con quienes nos codeamos todos los días.

Pero, en fin; no hay inconveniente en trasladar la inducción al terreno de la vida real y común, suponiendo lo que en ella puede dar el tratamiento antiséptico del amor.

Seguramente un sabio régimen regulará el equilibrio psico-físico en términos bien medidos para evitar apasionamientos enojosos. Quizá una vacuna preventiva inmunizará contra la germinación del imprudente sentimiento; podría así pasar a nuestro lado la mujer de nuestro destino sin causar alteración alguna en nuestra sensibilidad ni en nuestra existencia; las nupcias calculadamente concertadas—el exconfesable matrimonio de conveniencia—constituirían la fórmula única de consorcio sexual y público. La vida afectiva se desarrollará así sin dramas, sin violencias, sin tem-

pestades de celos ni torbellinos de pasión ni tumulto de corazonces...

Sería admirable como orden y tranquilidad. La ciencia médico-biológica (tal como aquí la vamos manejando, al menos), llevaría así la naturaleza humana al mismo punto de organización a que en el cuadro de las actividades colectivas tiende esa sociología que en el impersonalismo disciplinario del hormiguero ve al venturoso ideal de la sociedad futura.

A mucha gente le parecerá así muy bien, sin duda. ¡Suprimir de la vida la lucha, lo que la hace esfuerzo y fatiga y anhelar sin tregua!... Nada más parecido a la bienaventuranza.

Sólo que, ¡ay!, eso sería suprimir la vida misma; y es por ello que las fuerzas que la animan, las energías vitales, precisamente, contestan con su propia realidad que no y que no; que como fué ha de ser siempre en las manifestaciones radicales del vivir humano; que es ilusorio esperar que renuncie a sentirse dinamismo, batalla, potente oleaje de pasiones, para inmovilizarse en una estéril apacibilidad de mar muerto.

•••••

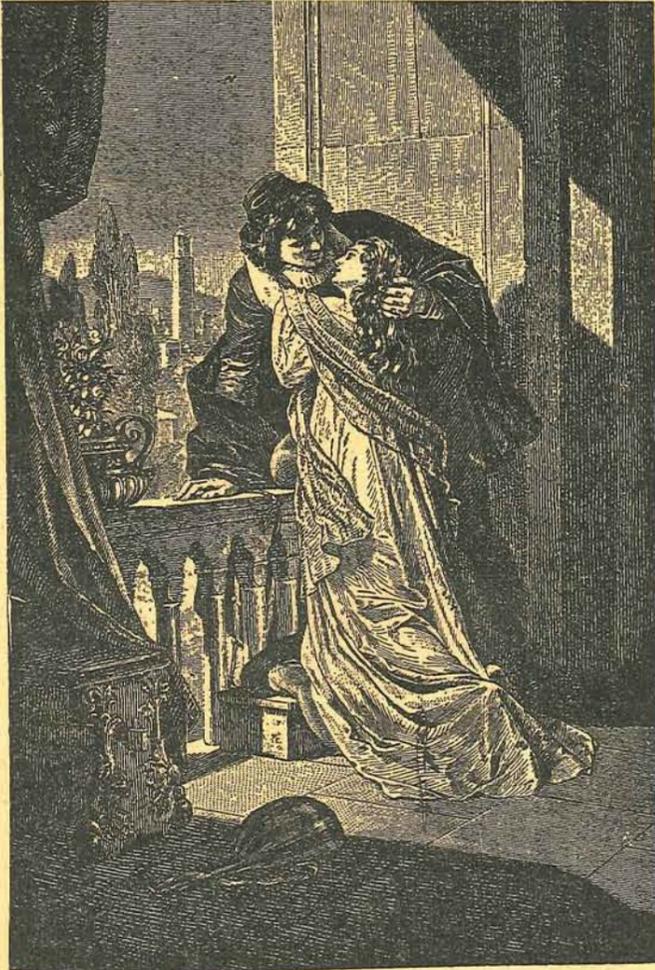
En cuanto al amor...

El solo pensamiento de la hora milagrosa en que lo enciende el choque de las luces de los ojos, excluye la posibilidad de que se renuncie alguna vez al don divino de sus glorias y de su martirio, sometiéndolo a curación razonada.

¡Oh, ese momento en que los ojos, iluminados por secreto anuncio, reconocen en alguien a la que llega a señorear una vida con señorío de amor! Muchas veces, la mirada que otra mirada busca fué hasta hostil al requerimiento de la predestinación; peor que hostil, esquiva; peor que esquiva, indiferente. Y de pronto, porque se pronunció allá arriba o allá adentro, en el misterio del alto infinito luminoso o en el misterio del hondo infinito interior, una palabra que el destino sabía, la mirada antes indefinida se fija con firme conciencia de la revelación en aquellos ojos que la esperaban. Y es como el encenderse un mundo en la vasta oscuridad sideral en que germinan las nuevas luces del cielo. En la negación del vacío brota una afirmación de luz. La vida se transfigura en torno; las visiones, las fragancias, las voces todas de la creación entonan su cántico de los cánticos. ¡Y el sol ha sido creado sólo para iluminar todo eso!

•••••

La perspectiva de un saludable apagamiento de tales agitaciones del alma, la promesa de curar la de ellas asegurándole la apacibilidad de un bienestar sin desvarios ni tumulto, se parecen bastante a las perspectivas y a las promesas de la muerte; y ello hace creer que así como contra la voz que denuncia el beso a la abominación higiénica ha seguido y seguirá cantando su proclama el triunfal "¡Bésame con el beso de tu boca!", contra la ciencia que revela en el amor una pobre cosa de lazareto a quien se ofrece al fin la salvación de una terapéutica, seguirá vibrando, aun en el viento del infierno, la proclamación de su eternidad en la amorosa voz que allí dijera: "Amor a nullo amato amor perdona!"

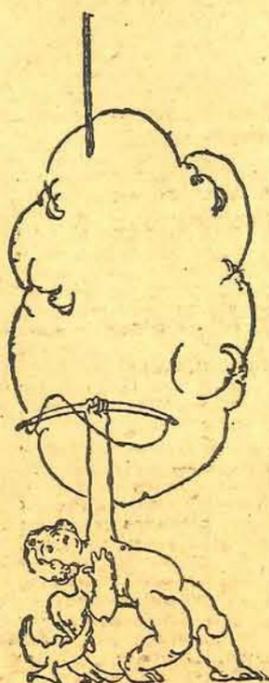


ROMEO Y JULIETA

de inducciones que la hipótesis del amor pura enfermedad causada por fermentos morbosos sugiere.

Habría que suponer como consecuencia de eso una terapéutica; la correspondiente farmacopea; la no menos lógica profilaxis del amor. Y esto ofrece a la fantasía visiones peregrinas.

El apasionadamente trágico Marco Antonio se nos aparece así confinado en una casa de aislamiento, donde hace a crasos enfermeros confidencias propias de su enfermedad; está decidido a jugar y perder el mundo por la embriaguez de una hora de belleza en los bra-



NOTAS CINEMATOGRAFICAS



Salvo la substitución de Greta Garbo, por Mary Nolan, nada ha cambiado en las "poses" amorosas de John Gilbert

CORREO DEL CINE

algún empleo y para conseguir empleo—especialmente en California, donde no hay abundancia de fábricas o negocios—cada uno toma lo primero que se le presente y ofrezca.

A una hora y media de automóvil de Los Angeles, y tras la montaña Verdugo, se encuentra situado un criadero de gallinas, conocido por el nombre de Runnymede Farms. En el límite de cien hectáreas cuadradas de tierra fértil está instalada—como sus anuncios de reclame así lo dicen— el criadero de gallinas más grande del mundo. Los enormes galpones de material, con capacidad para 300.000 gallinas que ponen alrededor de 30.000.000 de huevos anuales, y entre éstas y las máquinas incubadoras dan vida anualmente a 200.000 pollitos. Las Runnymede Farms son el paraíso encantado para los fracasados talentos anónimos. Cientos de muchachas de todos tipos de belleza son empleadas en Runnymede Farms como enfermeras de los pollitos, juntar huevos y hacerse útiles en las tareas generales que sean necesarias.

En la mayoría de las grandes arterias de tráfico de Los Angeles y ciudades circunvecinas, en las esquinas y durante todo el día, se ven a chicas frente a un cajón, haciendo las veces de mostrador y asiento, dirigiendo su pequeño y ambulante negocio de "lunch boxes", un par de docenas de cajas conteniendo "sandwichs", una naranja y una masita, compuesto alimenticio que se vende por 25 centavos la caja a los automovilistas y peatones. Una de las tantas chicas dedicadas al "lunch-box business" es Joy Acme, diminuta pelirroja con un par de encantadores hoyitos a los lados de su carita. Joy nació en Nueva Orleans, de donde salió hace algunos años resuelta a traspasar los umbrales de los portones de hierro de todos los "studios" californianos.

"Todo lo que he hecho en Hollywood ha sido andar en los autobuses suburbanos de "studio" en "studio", a la pesca de trabajo—dice miss Acme—. Pero después de varios meses de inútiles excursiones, al final encontré un director inteligente que notó mi talento histriónico y me hizo trabajar de "extra" en una película en que la estrella era miss Olive Borden; trabajé en los "sets" dos semanas consecutivas. Desde ese día y desde aquel entonces, porque de esto hace tanto tiempo que ya no recuerdo, no he vuelto a actuar frente a las cámaras. Con mis últimos 95 centavos en mi cartera, y sin perspectivas halagadoras para mi ambición, un día me dije a mí misma: "Muchacha, si tienes algún interés particular por tu propio estómago, es mejor que busques cualquier otro trabajo menos glorioso, pero más positivo, y te olvides por una temporada de la caja de maquillaje y de los "studios". Así fué, encontré este empleo, vendiendo cajas de "sandwichs". Algunos días hago hasta dos dólares y medio. Abandoné a los míos y a mis amigas para ir a triunfar en Hollywood... Volver ahora, derrotada, sin haber conseguido mi más grande ambición, y cargando sobre mis espaldas el fracaso de mi único ideal, sería prestarme a la burla. ¡Pero algún día ha de llegarme otra vez la "chance", la tendré en mis manos, sabré aprovecharla y triunfaré!"

Y en las esquinas, a lo largo de las grandes y largas avenidas, hay infinidad de estas chicas vendedoras de "sandwichs", con casos análogos de experiencia, cuyos ideales han ido a chocar en vano contra los monumentales portones de hierro des pintados y carcomidos de los "studios". Algunas de estas criaturas son el tipo perfecto de belleza física, otras llevan en sus caras huellas de cansancio y las perspectivas de una vida sin horizontes.

La mayoría de las vendedoras que trabajan en las grandes tiendas y "shops" del bulevar Hollywood han venido a esta ciudad procedentes de remotos lugares de la Unión para ser estrellas de la sábana plateada. En una de estas elegantes tiendas se encuentra Polly Stevenson, una divina chica, encargada de la venta de perfumes y cosméticos. Polly nació en Dallas, Texas. Ahí se educó hasta

los catorce años en un colegio religioso. Luego tomó lecciones de danzas clásicas en una academia de Nueva York. Hollywood fué el imán irresistible de su vida y se ausentó rumbo a California, acompañada por una buena cantidad de dólares.

"El tiempo pasaba y los dólares se acababan—dice la gentil Polly—. Me pasaba días, semanas y meses en las oficinas de reparto de los "studios", hasta que los mismos empleados estaban cansados de verme atenta y preparada para el primer llamado que saliera de la oficina privada del jefe. Me levantaba temprano y feliz en poder llegar la primera para colocarme junto a la puerta del director de repartos. En esta forma conseguí que algunas veces me tomaran. Una mañana me desperté con mi último dólar. Vine a esta tienda, pedí hablar con el gerente del personal y le conte la "vasta" experiencia que como vendedora había tenido en las mejores tiendas de Nueva York. Jamás había yo trabajado anteriormente en ningún "store", pero lo convencí al viejito de mi habilidad; desde entonces hasta hoy estoy detrás de este mostrador vendiendo y cada sábado, a las doce del día, cobrando mis 17 dólares de sueldo. Pero, conforme se me presente la oportunidad, volveré a hacer una nueva intentona en el cinema."

En el popularísimo restaurante Henry's, en donde por la noche se da cita la colonia cinematográfica, hay entre las "waitress" un buen número de bellas muchachas que no tuvieron éxito frente a las luces incandescentes de los "studios", pero que, en cambio, han encontrado un medio de vida más positivo que el que hoy puedan ofrecer a los miles de "extras" los "sets"

cinematográficos. Pero de vez en cuando algún director amigo les da una parte simple en la película, y a pesar de haber saboreado por un par de días el placer de actuar en un "stage", las muchachas continúan prendidas a los platos y bandejas y muy felices con el oficio de "waitress".

¿Qué es lo que origina ese deseo irresistible de cruzar las puertas de un "studio"? Es algo que nadie ha podido explicar. Las muchachas "extras" inteligentes confiesan que con el tiempo resulta muchísimo más conveniente trabajar de cualquier cosa menos de "extras" y, a pesar de pasar por un sinnúmero de peripecias y miserias, admiten, sin embargo, que aun viven esperanzadas en que les llegará el día de ser "descubiertas".

Hay algo curioso, misterioso y fascinador en esta ruleta cinematográfica de Hollywood, donde la bolilla "chance" se detiene, haciendo a su poseedora o poseedor estrella en una noche, y algunas veces lanzando almas prematuras a la eternidad...

Elinor Fair, esposa del comediante William Boyd, ha solicitado de las cortes respectivas se le conceda divorcio absoluto de su señor marido. La joven y bonita Elinor, en su petición de divorcio, dice que, después de haber permanecido toda la noche fuera del hogar, preguntaba al esposo dónde había estado, él por toda explicación le contestaba: "esos son mis asuntos". Que el esposo sólo llevaba a la casa la clase de tarros de sopa y compotas que a él le gustaban. Que en el radio buscaba las estaciones que daban los resultados de partidos de baseball o las cotizaciones de la Bolsa. Que cuando la llevaba a una fiesta, al poco rato él se sentía cansado y tenía que regresar a la casa y luego él salía a comprar cigarrillos y no regresaba hasta el otro día.

CARTA DE HOLLYWOOD

POR WHITE SCREEN

(Para LA NACION) HOLLYWOOD, diciembre de 1929

A acústica de un teatro sólo depende de tres factores: dimensiones, construcción y material de la sala. A fin de comprender el objeto e importancia de estos tres factores para la audición de sonido en una sala de espectáculo, es preciso saber algo sobre la acción y propagación del sonido dentro de una habitación. El sonido se espere desde su punto de origen en ondas esféricas y su resonancia e intensidad decrece con relación al cuadrado de la distancia. Así, el sonido pierde al aire libre, a poca distancia de su origen, sus cualidades de transporte y carece de resonancia.

La calidad del material constructivo es muy importante para recoger y reflejar el sonido. La mayor parte de los interiores no absorbe más que desde el uno por ciento hasta el cuatro por ciento, reflejando del 97 al 99 o/o del mismo. Un espacio dado, rodeado de paredes y techo, hace que el sonido sea reflejado de las paredes al techo, del techo al suelo y otra vez del suelo a las paredes infinidad de veces, resultando que gran parte de este sonido produce el efecto de reforzar y amplificar el sonido original hasta conseguir una distribución de resonancia mayor y más unida que en cualquier otro caso. La técnica evolutiva de la construcción del teatro moderno tiende a su vez a sacar el mayor provecho de estas cualidades a fin de alcanzar una intensidad cada vez mayor aun en un local capaz de contener numeroso público.

Por otra parte, la intensificada demanda de higiene e incombustibilidad han producido una perfección interior más amplia y más fuerte, con el resultado de que la actualidad reflectiva del sonido mediante los materiales de construcción se ha llevado al exceso, de modo que en muchos de los teatros el reflejo alcanza tal grado de prolongación de cada sonido, que se envuelven y borran las sílabas

de las palabras y las notas musicales, produciéndose una repercusión sumamente molesta.

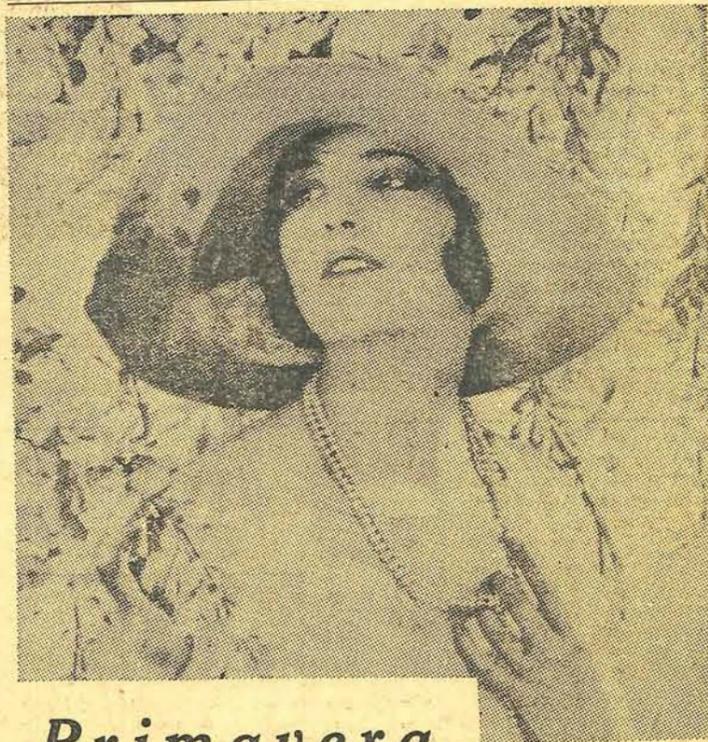
En un teatro es posible modificar y cambiar las cualidades de reflejo o absorción del sonido en el interior, cubriendo las paredes y techos con ornamentos adecuados al caso. En los edificios modernos es posible medir matemáticamente y con gran exactitud, los efectos de los materiales que revisten el interior a fin de proyectar en interiores que produzcan el perfeccionamiento de acústica deseado. Muchas veces pueden lograrse cambiando la forma y contorno de paredes y techos y otras basta alterar los factores de construcción, adornos, tapiados, etc.

LA REALIDAD DE LA GLORIA

Miles de preciosas muchachas y miles de muchachos buenos mozos llegan anualmente a Hollywood atraídos por la celebridad que muchos han conquistado en los "studios" cinematográficos. Escasamente uno en mil de estos recién llegados alcanza a pasar la puerta de un "studio". Tal vez uno en diez mil obtiene una "chance", tiene éxito y es recompensado con buenas partes en el reparto de papeles y llega a figurar destacadamente en la constelación cinematográfica. ¿Pero qué es lo que pasa a los otros miles, los miles de aspirantes a la gloria de ver su nombre escrito en los grandes letreros luminosos instalados en las fachadas de las salas cinematográficas, quienes día tras día van a llenar las oficinas de los "studios" donde están los directores de los "extras"?

Tanto en Hollywood como en Los Angeles se encuentran esparcidos y en abundancia los jóvenes que han sido mordidos por el deseo irresistible de actuar frente a las cámaras, haciendo toda clase de trabajos completamente ajenos a la industria del celuloide, y a pesar de esta variación de trabajo, los perseguidores de la gloria cinematográfica continúan siempre esperanzados en la gran "chance" que anda paseándose frente a la puerta de sus piezas. Siempre optimistas, siempre llenos de entusiasmo, con la idea predominante de poder llegar algún día a ser estrellas de la pantalla; el coraje de estos soñadores de la gloria cinematográfica es francamente asombroso.

Mientras tanto, los y las aspirantes al éxito hollywoodense tienen que comer, y para conseguir alimento deben trabajar y para trabajar necesitan tener



Primavera para Todos menos para Ella!

ALI estaba pensativa—triste—desilusionada—sola—una mujer de 26 años.

Era primavera—pero—en su vida no había romance.

¿Por qué era soltera todavía? En un tiempo pudo haber elegido entre sus muchos pretendientes, pero ahora no tenía ninguno. Aún sus viejas amigas la evitaban. Para ella todo eso era incomprensible.

Mal aliento es la falta social más detestable e imperdonable. Su presencia no es notada por sus víctimas—por lo que es la última cosa que nos imaginamos tener—pero debería ser la primera.

El mal aliento es una amenaza diaria definida de la que ninguno de nosotros está a salvo. Una cosa tan pequeña como un diente cariado puede causar, o una condición anormal

de las encías, o partículas de alimentos que no han sido removidos por el cepillo de dientes y que fermentan, o una pequeña infección de la nariz o garganta, o por exceso de comida, bebida o tabaco.

Las personas cultas reconocen esta amenaza y se ponen a salvo de ella enjuagándose la boca con ESTOMATINE, todos los días, a la mañana, a la noche y antes de reuniones.

ESTOMATINE hace desaparecer el mal aliento porque es un antiséptico y germicida eficaz, especialmente preparado para eliminar la causa de los olores. Empiece a usarlo hoy mismo. Compre ESTOMATINE en las buenas farmacias o remita \$ 2.— a la Compañía Industrial Farmacéutica calle Cangallo 2563, Buenos Aires, y recibirá un frasco a vuelta de correo.

LA PLAYA
D'ESTE

LA playa d'Este fué el lugar de moda este otoño. Muchos se daban baños de mar y de sol; pero no hay esa falta de seriedad del Lido y otras playas en que se pasa el día en traje de baño. Allí se visten con todo el cuidado del detalle, y los almuerzos en las terrazas sobre el mar hacen el efecto de los jardines del Ritz en un día de junio, a juzgar por las toilettes. Después se dispersan para el golf, tennis, las excursiones en automóvil o paseos en lancha. Se ven muchos trajes de "una pieza", sin mangas. El blanco es el color predominante, siguiéndole el beige pálido rosado, durazno, celeste y amarillo. Los trajes blancos suelen tener un toque de color rojo y azul o marrón. Las faldas son tableadas en parte, pues se usa más que toda tableada. Los echarpes dan un toque de color vivo a los trajes blancos o en colores pálidos. Los pañuelos grandes de chiffon se veían a toda hora. La mayoría de las carteras era en forma sobre, muchas en tela de fantasía, algodón o paja y tejidas. Las medias eran del color de la piel y los zapatos muy sencillos; el escotado es forma preferida, sobre todo en lagarto. Se usan también los marrones y blancos y también se hacen en cabritilla, en tonos beige y marrones.

Para la playa se usa una graciosa combinación de zapatilla y oxford, que también se vio mucho este verano en el Lido.

Los sombreros son sencillos, en la forma cloche algo modificada, como se usa hace algún tiempo, o gorros en varias telas sin ala. Se ven algunas boinas en piezas unidas de terciopelo.

Para la noche se lleva mucho chiffon liso, como también imprimé, tul, encaje negro, y en los últimos modelos, pana color marfil. También se han visto muchos vestidos en satén.

La nota brillante de color la dan los collares, que se usan tanto que ya son un verdadero furor. Los salvajes de las islas oceánicas no tendrán más cantidad y variedad de cuentas y de piedras de diferentes tonos, y combinaciones de piedras semipreciosas, ámbar o cristales relucientes: rosados, rojos, verdes esmeralda, blancos, juntos o separados y que se usan tanto de día como de noche. Las piedras se cortan en todas formas, redondas, tubulares o como discos, engarzadas una tras otra y enroscadas alrededor del cuello, con los trajes de día, o cayendo sobre el escote en la espalda con los trajes de noche. Suelen hacerse de varios colores, como blanco con turquesa, verde esmeralda, marrón rojizo, etc.

La última moda exige que estos collares enroscados se dejen caer negligentemente, anudados sobre un hombro. También se llevan sobre el brazo envueltos cinco o seis veces o como cinturón. Los azules y los rojos vivos y los verdes esmeralda son los preferidos. El cristal chineco se distingue de los demás por sus luces resplandecientes.



Núm. 1: Conjunto en shantung azul claro y obscuro; boina tejida. — Núm. 2: Vestido en toile de hilo. — Núm. 3: Traje en crêpe de Chine blanco. — Núm. 4: Modelo de Lucile Paray, en crêpe de lana amarillo y marrón adornado con plissés

LOS TRAJES
DE NIÑOS

EL verano es la estación ideal para los niños. La vida al aire libre necesita trajes frescos y de fácil conservación, para que puedan entregarse a sus juegos con toda libertad.

El hilo, las batistas y las sedas lavables serán las telas preferidas, en colores claros y alegres. Los imprimés les sientan admirablemente. Para las fiestas, el georgette o el crêpe de Chine para trajes menos "habillees", y las lanas delgadas para las mañanas frescas.

Núm. 5: Conjunto en lana a cuadros marrón y beige. — Núm. 6: Vestido en seda lavable, cuadrículada. — Núm. 7: Vestido en batista "imprimé" blanca y azul claro. — Núm. 8: Vestido en tussos "imprimé" en tonos rojos, amarillos y marrones. — Núm. 9: Vestido en crêpe georgette color durazno

DIBUJOS DE
PIERRE FOSSEY



LA VELOCIDAD DEL AEROPLANO Y EL PROBLEMA DE SU AUMENTO

Por WANDERER

La velocidad, como todos los grandes progresos realizados por la mecánica, después de un avance que parece fantástico, ha llegado a marcar cifras consideradas increíbles hace poco tiempo. Esto ha constituido un prodigioso triunfo de la aviación, que en circunstancias especiales casi ha sextuplicado la velocidad de un tren rápido. Semejante vuelo, que significa un esfuerzo casi sobrehumano, ¿señalará un límite? Seguramente, va a intentarse vencer al nuevo y pavoroso "Non plus ultra" que las alas de un hidroavión británico parecen haber escrito en los aires. Mas, para batir el "record" es preciso resolver un doble y dificultoso problema: el de la superación mecánica, tal vez factible, y el de la resistencia del organismo humano que quizá no pueda ir ya más adelante en su vertiginosa carrera.

Tales reflexiones preocupan en este momento a los pilotos y también a los constructores de aparatos más pesados que el aire. Cuando se trate de disputar la próxima Copa Schneider, ¿podrá todavía superarse las últimas velocidades registradas? La perspectiva de estarse tocando un límite invencible mantiene excitado al mundo de la aviación.

Lo asombroso es que en quinientos años, los motores de aero-

planos han ido aumentando sus cifras registradas desde 80 a 572 kilómetros por hora. Esta última velocidad es la alcanzada por el "Supermarino" británico, ganador de la Copa Schneider en septiembre último. Pero esa cifra fué un nuevo "record" del mismo aparato, realizado pocos días después del "match" aéreo, en el que resultó vencedor con la velocidad media de 528 kilómetros.

En suma, hace muy pocos años, hablábase de 500 kilómetros, como de una meta quizá inasequible. En 1927, disputándose también la Copa Schneider, el vencedor, Webster, se aproximó, logrando 453 kilómetros por hora, de velocidad media. En la última carrera, donde la competencia fué excluyente y a mente angloitaliana, triunfó Waghern, rebasando ampliamente los 500 kilómetros con el "Supermarino" S-6, con motor Rolls-Royce, mientras su rival, Dal Molin, el más afortunado del equipo contrario, con un "Macchi" lograba 457.

Superados ya los 500 kilómetros, se irán haciendo nuevos y superados esfuerzos en procura de una nueva meta de velocidad, que se fija en 1000 kilómetros por hora. Así va a continuar la ruda lucha no sólo entre las banderas competidoras, sino también entre dos factores distintos y complementarios: el motor y el hombre. Será curioso ver quién se rinde primero en esa carrera fantástica hacia lo sobrehumano.

Las experiencias obtenidas en las dos últimas pruebas de la Copa Schneider han dado

absoluta preferencia a los monoplanos con flotadores y a los motores con refrigeración de agua. En 1927, todavía, uno de los competidores ingleses — el "Gloster" — era del tipo biplano, resultando casi tan rápido como los monoplanos. También en aquella ocasión se vió el "Crusader" con motor

Eristol de 9 cilindros, enfriados por el aire. Ultimamente, los hidroaviones eran todos monoplanos, con motores enfriados por el agua, según se ha dicho, y del tipo denominado "en W", con tres filas de cilindros.

Esta evolución parece ser ahora la mejor para máquinas de gran velocidad. Desde luego, no se emplea ningún radiador del modelo clásico, que produce una resistencia al avance inadmisiblemente en un aparato de carrera. Todos los "corredores" de la última prueba estaban provistos de "radiadores de alas". Alguno

nos llevaban también un radiador suplementario en la parte más elevada de los flotadores, cuya acción es sumamente eficaz, según comprobaron los pilotos.

Sin embargo, a pesar de estas velocidades enormes y excepcionales alcanzadas en los célebres concursos de aviación, todavía es muy grande la diferencia entre las mismas y la velocidad ordinaria de los aviones en las líneas comerciales o en los grandes "raids", cuya media no suele pasar de 150 a 160 kilómetros por hora.

LA SOMBRA BLANCA

(Continuación de la pág. 11)

qué punto Pat' O. Malley encarnaba ese ideal en "Orgullo de hidalga". De seguro, muchos lectores recuerdan la película o han visto a Patrick trabajar en papeles parecidos. Sin embargo, a nadie puede extrañar que aquella mañana Kitzler y yo viéramos en él distintas imágenes de un mismo símbolo. Tuve esa evidencia en cierta escena decisiva, casi al final, cuando Patrick, como un héroe de Turguenev, se queda solo, mirando a los ojos a su perro. Por no sé qué rara asociación insignificante, creo que por el sweter, "descubrí en el rostro del actor un vago parecido con Kitzler... Se lo dije a guisa de comentario. Pero mi pobre amigo reaccionó tan bruscamente que pude leer en sus ojos un "recién te das cuenta" clarísimo. Cosa que él mismo me confirmó, agregando nervioso: "Pero si es don Yo". Sonrei sin querer, comprendiendo que la imaginación de Kitzler estaba a treinta mil millas de la realidad. Su segura imagen de poeta era mi casual acierto de espectador...

Pero he aquí cómo imagino el desenlace de toda esta historia de amor, después de que yo me fuera sin aceptarle—a pesar de la tormenta—"otra vuelta más".

♦ ♦ ♦

Desde luego, me consta que el pobre Kitzler se quedó durante tres vueltas más. Es decir, hasta el anochecer, que fué cuando aconteció la desgracia. En primer término, la soledad, con ese repiqueteo formidable de la lluvia, como una obsesión, debió influir enormemente en su desánimo suicida. Solo, frente a la redonda progresión de paraguas luminosos de la gran boca del teatro, Kitzler debió ver en la película, tantas veces vista, lo que nos dice una palabra muchas veces repetida:

lo absurdo. Sin embargo—¡oh lógica inflexible de la locura!—, su vida estaba en aquella sombra blanca que él amaba apasionadamente: toda su vida con sus sueños y su desesperación de hombre quebrado por esos sueños ahora más que nunca reales... ¿Cómo no había de creer, pues, llegada la hora de su tipo de gracia en aquella soledad sin pensamientos, puesto que todos los suyos eran de muerte?

Por otra parte, los antecedentes mentales de Kitzler explican estos metafisiqueos. ¿Pero a qué buscar explicación a su disparo absurdo? La psiquiatría no interesa en este caso.

La verdad sumaria—según el informe de la policía—es que, "siendo las siete y media de la noche, un sujeto alto, de barba rubia, al parecer extranjero, se entregó preso al agente de Sui-pacha y Corrientes, asegurando que acababa de dar muerte a Enrique Kisel en el Princesa. Por su parte, el dueño del cinematógrafo, que salió corriendo con los acomodadores y parte del público tras del sujeto, reclamó en seguida contra daños y perjuicios causados por su disparo de loco contra el telón, a la altura de la sien del protagonista de la película, como podía comprobarse en el acto, etc".

Este último dato es del maquinista, sin duda campeón del tiro a la paloma.

Mi amigo el Dr. Ameghino me dió después otro más patético. Kitzler se pasó en el hospicio dos días buscando a su sombra blanca. Al tercero la encontró, limpia y piadosa, en un estanque. ¡Pobre amigo mío! En su memoria, aquel estanque salvador se llama ahora "de la estrella". Y pensar que él había salido de un gran país de sombras por el Pacífico; ¡la ruta de los conquistadores de estrellas!...



Las Perlas EVAX se venden exclusivamente en nuestros salones

PERLAS EVAX

Solicite Catálogo que enviamos GRATIS al Interior.

28 C. a \$ 66.— Un conjunto magnífico presenta este collar de perlas EVAX con broche fino de platino, oro 18 ktes., diamantes y zafiros calibre.

Creaciones Montseny

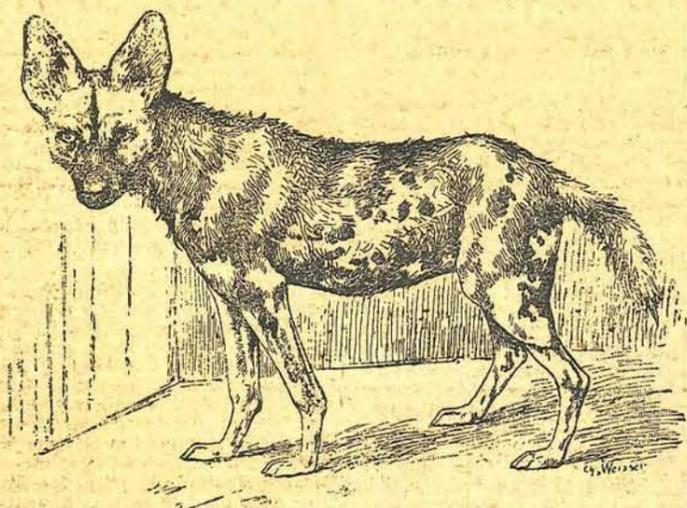
MAR DEL PLATA
SAN MARTIN 2334-46
CORRIENTES 1789
GALERIA GUEMES

A 542, a \$ 23.— Con espléndidas esmeraldas EVAX y brillantitos EVAX, se ha realizado este anillo de oro, modelo de última moda.

O 87, a \$ 38.— Una delicada "rivière" de Brillantitos EVAX con "perlas" EVAX "oeuf" forman este elegante par de aros rancho de oro 18 ktes.

A 743, a \$ 24.— Regla "plaque" en anillo de oro 18 kilates interpretada con perla y brillantitos EVAX matizada con zafiros calibre "à jour".

O 142, a \$ 30.— Hermoso modelo de aros con ganchos oro 18 ktes. y colgantes articulados con zafiros y brillantitos EVAX.



El lobo pintado, a quien llaman también perro-hiena, vive en el Africa y por su aspecto pare un intermediario entre el perro y la hiena. Recuerda especialmente a esta última, por la forma oblicua de su cuerpo, siendo sus patas traseras más cortas que las de adelante. Su pelaje es variable, abigarrado irregularmente por grandes manchas blancas, negras y de un amarillo ocre que le da el aspecto de una pintura mal hecha. En cuanto a las costumbres, el perro-hiena se parece más bien a los perros salvajes; viviendo en manadas ataca tanto de día como de noche a animales de gran tamaño, obligándolos a disparar y comiéndolos luego con una voracidad verdaderamente repugnante, pues al destrozarlos se cubre de sangre y sus ojos brillan con una alegría salvaje.

Un explorador que los ha observado detenidamente, dice que causan a los "boers" unos estragos enormes, pues matan muchas más ovejas de las que pueden comer. Estos lobos tienen tres maneras distintas de gritar: cuando ven de repente algún peligro aullan muy fuertemente; por la noche, cuando se hallan reunidos y excitados, lanzan un sonido parecido a la voz del hombre a quien el frío hiciera tiritar; cuando se reúnen, hacen oír un sonido que recuerda el grito del cuclillo. Desprecian a los perros domésticos de quienes esperan el ataque para combatirlos luego todos juntos, mordiéndolos con todas sus ganas. Los perros sienten, por otra parte, el mismo odio por ellos y ladran horas enteras cuando oyen a lo lejos la voz de sus enemigos.

El mismo explorador cuenta que una noche, encontrándose en acecho cerca de una fuente, después de haber cazado un ñu y una hiena, fué despertado por una serie de ruidos insólitos. Se levantó sobresaltado, creyendo que se trataba de leones y se vió rodeado por un círculo de lobos pintados, que gruñían y mostraban los dientes, alargando el cuello hacia él. Otros cuarenta andaban por los alrededores, habiendo atacado al ñu. Cumming comprendió que iba a ser devorado igualmente, y en su desesperación tomó su manta, la sacudió y dirigió a sus sitiadores un elocuente discurso. El resultado fué maravilloso: los lobos abandonaron el lugar y no volvieron a aparecer durante toda la noche. ¡Y después dicen que la elocuencia no sirve para nada!

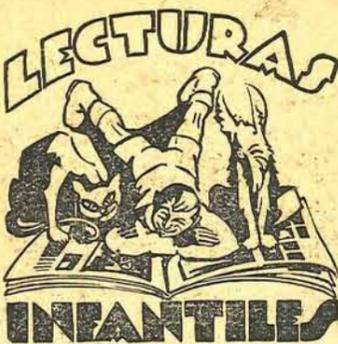
Nunca se ha logrado domesticar a esta clase de animales, lo que es una gran pena, pues serían muy útiles para la caza. En cautividad resultan agradables, pues llaman la atención por su extremada vivacidad y su continuo movimiento.

EL ASTRAKAN

El astrakán es la piel de un cordero de Rusia, cuya lana, muy crespa, forma unos pequeños bucles. La mayoría de estas pieles vienen de la gobernación de Orenburg, donde los tártaros las juntan durante el invierno, llevándolas a Astrakán, ciudad situada sobre el río Volga. Las pieles que provie-

nen de Ucrania son las más finas y las más caras. He aquí el procedimiento que emplean para que se tornen más hermosas:

Los corderos nacen cubiertos con una lana ondulada y crespa, y muchos de ellos son sacrificados antes de nacer. Los otros son recubiertos con un paño que se cose del lado de abajo, o sea sobre la panza del



animal. Este paño es humedecido todos los días con agua tibia, cuidando de agrandarlo de cuando en cuando, a medida que va creciendo el cordero, pero manteniéndolo siempre ajustado a su cuerpo. La piel comprimida de este modo, se encrespa y enrula, tomando un brillo muy hermoso, y cuando está ya en la forma deseada matan al animal y venden su piel.

LA INTELIGENCIA DE LAS LECHUZAS

VIVE actualmente en Inglaterra un guardamonte cuyo trabajo consiste en criar el mayor número posible de faisanes, en unas pocas áreas de campo.

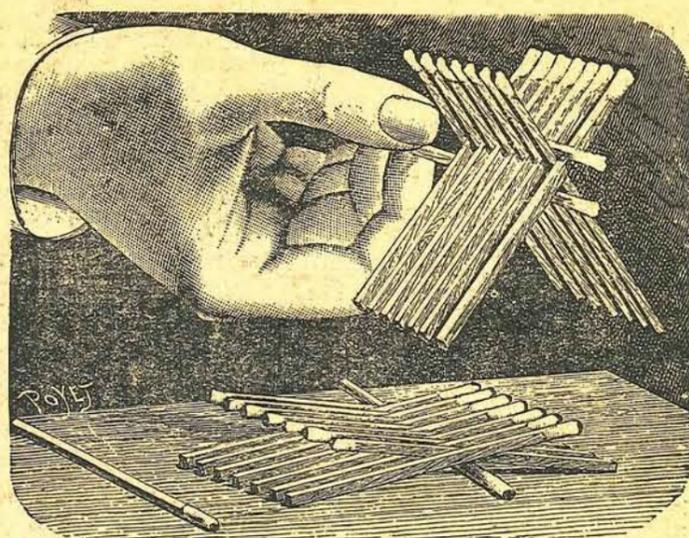
Hace poco notó que morían una gran cantidad de pichones, sin poder explicarse la causa. Notó también que veía con frecuencia pichones de lechuza con las patitas ensangrentadas, sospechando inmediatamente que ellas pudieran ser las causantes de estas pérdidas. En el acto emprendió la campaña contra éstas, matando a más de doscientas.

Como el hombre era muy diligente, examinó el interior de las lechuzas, comprobando que en éstas no había nunca rastros de que hubieran comido a los faisanes. ¿Para qué mataban entonces, si no era para comer?

Esto parecía no tener solución, no obstante lo cual el hombre no desmayó.

Vigilando el gallinero durante la noche, vió que, efectivamente, las lechuzas disputaban los pequeños faisanes a las gallinas que los cuidaban, mientras otras vigilaban un poco más lejos. Luego sacaban uno a uno los pichones muertos y los llevaban hasta un arroyo cercano, donde los depositaban en el suelo, a pocas yardas, unas de otras.

El guardamonte descubrió que allí habían otros pichones muertos que no eran faisanes y vigilando el lugar se convenció de que las lechuzas iban allí unas tres o cuatro veces al día, sirviéndose de los muertos sólo como de una trampa, para atraer los escarabajos que ellas devoraban.

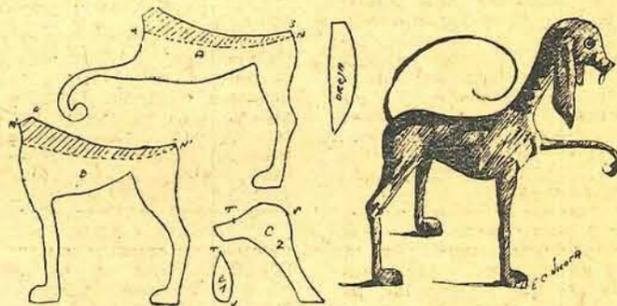


Coloquemos sobre un fósforo, al que llamaremos A, catorce fósforos llamados B, cuyas cabezas estarán en el aire y las otras extremidades apoyadas sobre la mesa, como lo indica la figura adjunta. Estos fósforos tendrán que estar colocados alternativamente a la derecha y a la izquierda de A. Si uno se propone levantar a todos los fósforos A y B agarrándolos sólo por una de las extremidades del primero, todos caerán en el acto, debido a su propio peso.

He aquí la manera que nos permitirá ejecutar con éxito la operación.

Coloque sobre el lugar en que se cruzan todos los fósforos B, un último fósforo al que llamaremos C. Puede entonces levantarlos con A: los fósforos B tomarán una posición oblicua, apretando con ellos a C que los mantendrá a su vez en el aire tanto tiempo como uno lo desee.

COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



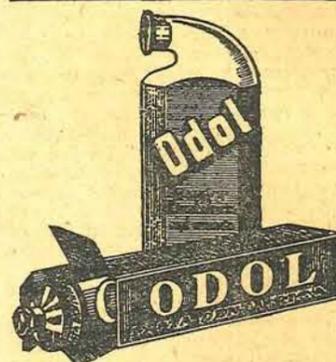
PERRO-ARAÑA: Material a emplearse: terciopelo negro.

(Los números indican la cantidad de partes iguales que hay que cortar de cada molde). Se corta una pieza igual a la A (sin la parte rayada) y otra que comprenda también esa zona, y se hace lo mismo con el patrón B. Se unen MN con M'N' y RS con R'S'. Colocando luego las piezas de modo que las más pequeñas formen el vientre del animalito, se cosen entre sí, dejando la abertura del cuello para dar vuelta el género al derecho y rellenar con paja o algodón. Sobre dicha abertura se cose la cabeza C, en donde se habrá cosido la pieza E de manera que coincidan TV con T'V'. Las orejas, así como la cola y las patas, llevan alambre en su interior.

Verticales

1. Parte posterior de las caballerías.
2. Reduce a términos breves y precisos lo esencial de un asunto.
3. Aprieto, escasez grande.
4. Substancia negra, resinosa y amarga, con que los indios de la América Meridional emponzoñaban sus armas de caza y de guerra. Es veneno muy activo, extraído de un bejuco de Venezuela, pero no inficiona la economía animal sino cuando se inocula en la sangre.
5. Atrévase.
6. Querer.
7. Planta trepadora de la familia de las canabáceas, cuyos frutos, desecados, se emplean para aromatizar y dar sabor amargo a la cerveza.
8. Disposición y aparato para hacer alguna cosa.
9. Terreno húmedo, a trechos cenagoso y a veces inundado por las aguas pluviales o por las de un río o laguna cercana.
10. Dícese de lo que es diminuto en su especie.
16. Acción y efecto de hacerse muy firme y difícil de extinguir o extirpar un afecto, virtud, vicio, uso o costumbre.
17. Tejido fuerte de seda, con dibujos de distinto color que el del fondo.
21. Veneno.
22. Hacen ruido al romperse las telas de seda, las maderas, etcétera.
23. Gastos del todo, consumas.
24. Adornos compuestos por series de hilos o cordoncillos colgantes.
25. Hablando de las anclas, recogerlas.

26. Orilla de la calle, sita junto al paramento de las casas, destinada para los peatones.
28. Alma que pena en el purgatorio antes de ir a la gloria.
29. Cocinaré un manjar de una cierta manera.
31. Receptáculo de cuero, tela o papel, por lo común de forma rectangular, abierto por uno de los lados.
33. Nación sudamericana.

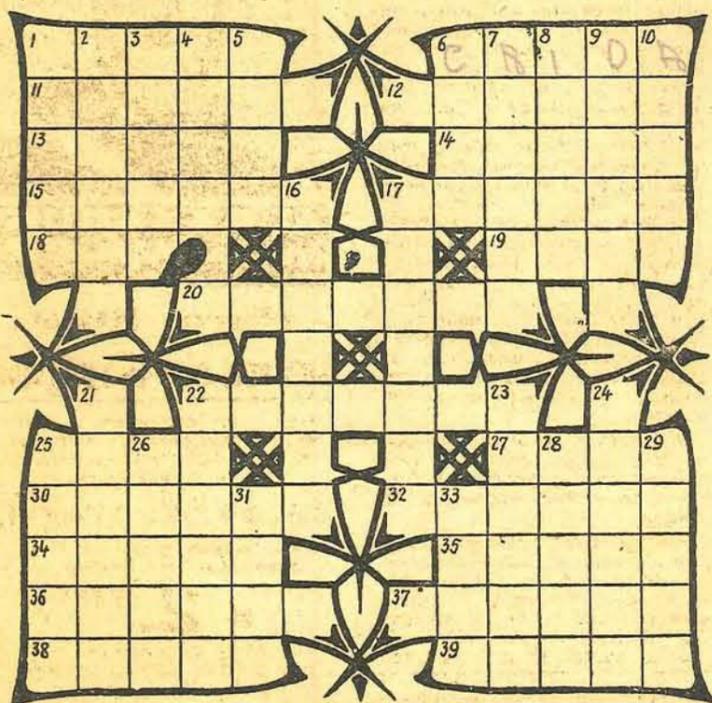


Si va de viaje, llévase un frasco de ODOL consigo

Nunca es tan necesario un buen dentífrico antiséptico como en los viajes. Durante largas horas hay que ir en compartimientos atestados de gente, tragando tierra en cantidad.

El ODOL — el dentífrico de fama mundial — limpia y desinfecta boca y garganta y produce una deliciosa sensación de frescura y bienestar.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

1. Nombre de dos hermanos, tribunos y oradores célebres de Roma, hijos de Cornelia.
6. Rama de árbol combada hacia la tierra.
11. Replicó.
12. Imitan las acciones de otro procurando igualarle y aun excederle.
13. Interés que se lleva por el

- dinero o el género en el contrato de mutuo o préstamo.
14. Junta o agrupa estrechamente personas o cosas.
15. Cada uno de los 18 poemas sánscritos que contienen la teogonía y cosmogonía de la India antigua.
17. Acicalen, saquen lustre o brillo a una cosa; como metal, piedra, etc.
18. Esmero con que se trabaja una obra deleitándose en ella.
19. Mezcla de tierra y agua, especialmente la que resulta de las lluvias en el suelo.
20. Muy dado al vino y que se emborracha fácilmente.
22. Afligida, desventurada.
25. Alabar.
27. Vestido sobresaliente y lucido.
30. Expuso y alegó causas y razones para eludir una obligación o disculpar alguna omisión.
32. Propones una razón o discurso contra lo que otro dice o siente.
34. Antigua o del tiempo pasado; que no es reciente ni nueva.
35. Parte de la filosofía, que trata de la moral y de las obligaciones del hombre.
36. Aumenta.
37. Tartrato ácido de potasa, que se halla en la uva, el tamarindo y otras frutas.
38. Aplícase al caballo o yegua cuyo pelo está mezclado de blanco, gris y bayo.
39. Es moda.

EL CAPITAN DE LOS SIETE MARES

Por el capitán JOHN THOMAS RANDELL

VA vemos quién es el verdadero personaje aquí — dijo la duquesa sonriendo. Sus palabras me produjeron una impresión tal que creí por un momento que caería del caballo.

Pero durante los próximos cinco días, Charlie Foran y yo integramos la escolta real.

A principios de 1902 volví a la mar, embarcándome en calidad de piloto a bordo de la barca Sunbeam. En aquel tiempo no era preciso tener un diploma de segundo oficial para ser piloto de una barca. Lo que hacía falta era conocer el trabajo, y más aun cuando el capitán del buque era, como en este caso, el viejo lobo de mar Jack Kendrick. Salimos de San Juan de Terranova en viaje para Pernambuco y Parahyba do Norte.

Cuando regresé a San Juan cambié de buque, embarcándome como piloto a bordo de la barca Carpasian. Su capitán era el viejo marino Goss. De nuevo realizamos un viaje al Brasil, pero esta vez al sur de este país. Y en este viaje casi perdí un brazo.

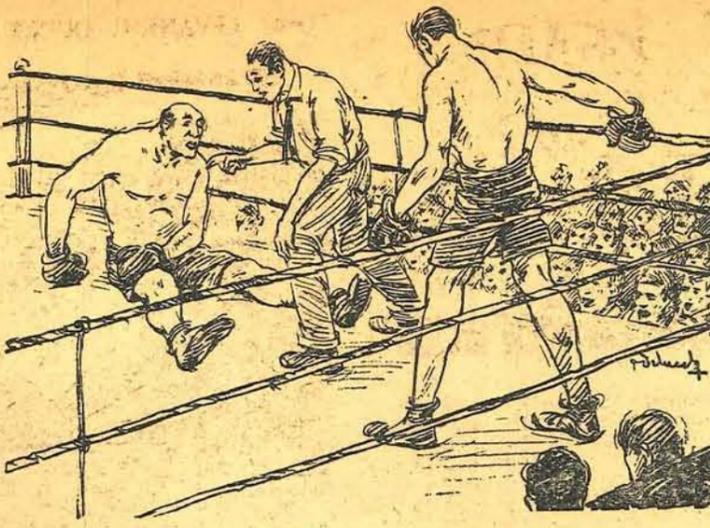
Nos sorprendió una racha de un monzón del Sudoeste, arrancándonos el juanete. Desatamos las cuerdas que habían quedado y nos dispusimos a colocar una nueva vela. Al efecto, subí a la verga para sujetar la vela cuando hubiera llegado a su posición. En ese momento se escapó una cuerda, cortándose la carne de un brazo hasta el hueso, al mismo tiempo que me lo aprisionaba contra la verga del juanete.

Los hombres que estaban en cubierta no pudieron ver lo que había sucedido; pero por las contorsiones de mi rostro comprendieron que algo había pasado. Tuve justamente el tiempo suficiente para prender un tomador y pasarlo alrededor de mi cuerpo. Después quedé desvanecido.

Por un momento quedé colgado, al parecer sin vida. Los hombres que se hallaban en cubierta se apresuraron en subir y me bajaron. Cuando recobré el conocimiento mi primer deseo fué de perderlo nuevamente, para no tener que sufrir el dolor acerbo causado por aquella herida. Mis compañeros lavaron y vendaron la herida tan bien como supieron hacerlo; pero no con la suficiente destreza como para impedir una infección. Mi brazo comenzó a inflamarse, llegando a tener el diámetro de mi muslo.

Yo era el único hombre a bordo que entendía algo de primeros auxilios. Había estudiado lo suficiente como para poder curar todas las heridas y enfermedades que suelen producirse a bordo de los barcos. En consecuencia, tenía que ser mi propio médico. El viejo capitán Goss sólo conocía dos remedios: el aceite de castor y la sal inglesa, y éstos, evidentemente, no eran de aplicación conveniente en mi caso. En un momento dado la infección tomó un aspecto tan serio que creí por un momento que tendría que vigilar la amputación de mi propio brazo. Varias veces yo mismo lavé y desinfecté la herida. Por fin curó y hoy mi brazo está tan sano como antes. Sólo me quedará el recuerdo y la cicatriz para toda la vida.

En ese tiempo, resolví obtener cuanto antes mi diploma de capitán. Ya estaba cansado de viajar por el mundo sin más certificados que los que pudiera haber tenido un mozo de hotel. Necesitaba, para ello, aumentar algo mis conocimientos prácticos, en materia de buques a vapor. Por tal motivo dejé mi puesto de piloto a bordo del Carpasian, para alistarme como timonel en el vapor St. Paul, que efectuaba viajes con pasajeros entre Nueva York y Southampton. Ello fué en el invierno de 1903. Poco tiempo después, había ya aprendido todo lo que quería, y, con el propósito de ahorrar un poco más de dinero, me alisté nuevamente como piloto a bordo de la bar-



DIBUJO DE PEDRO DELUCCHI

ca americana El Maranda, que realizaba viajes a lo largo de la costa del Atlántico.

Una noche, cuando me hallaba en San Francisco, tropecé en el muelle con un pobre diablo, que ni siquiera tenía ropa para protegerse contra las inclemencias del tiempo. El hombre me infundió profunda lástima. Helaba y el muchacho me contó que no había comido. Le llevé a una fonda, y le hice tomar un trago y comer algunos alimentos calientes. El hombre me contó su historia. Era hijo de un millonario de San Francisco, pero su padre le había echado de casa. En aquel momento simpaticé con él, como ahora siento simpatía por el padre.

Llevé al muchacho a bordo y lo incluí en la lista de tripulantes. Era un graduado de la Universidad y un camarada realmente entretenido. Cuando llegamos a Nueva York, el muchacho aun no poseía suficientes medios como para poder mantenerse solo, y, por eso, lo llevé conmigo a la antigua pensión para marinos que Steve Pyle, poseía en Coenties Slip.

Yo mismo andaba bastante escaso de fondos, y me fué imposible obtener un adelanto a bordo. Sólo poseía algunos centavos, y bien es sabido que en Nueva York no se puede hacer mucho con tan poco dinero. Pasaba una noche con mi compañero por una de las calles cercanas al puerto, cuando delante de una especie de club deportivo, leí un cartel en que se ofrecía la suma de 50 dólares a cualquier persona que fuera capaz de resistir durante cinco rounds, la agresividad de un pugilista, que, en el interior del club, esperaba a quien quisiera enfrentarle.

—Esos cincuenta dólares no nos vendrían mal— dije al muchacho de San Francisco, y ambos entramos resueltamente. Alrededor del ring se hallaban una serie de mesitas ocupadas por numerosos parroquianos. Pregunté por el gerente.

—He venido a ganarme esos cincuenta dólares— le dije.

—Podrá usted considerarse feliz si no lo sacan de aquí en una camilla— contestóme el hombre, sonriendo; pero sus palabras no lograron convencerme.

Pocos minutos después me encontraba yo sobre el ring, ataviado con un equipo de boxeador que me había sido facilitado. Mi rival era un peso pesado extraordinario: un verdadero gorila. Cuando sonó el gong el hombre se abalanzó inmediatamente sobre mí.

Por cierto, desde un principio traté de convencerme a mí mismo, que aquel rival no podía ser más peligroso que cualquiera de los marineros con quienes había tenido que ajustar cuentas, como piloto de un velero. Por mi parte, me propuse no atacarlo tampoco, reservando mis fuerzas únicamente para la defensiva. Especialmente traté de cubrir bien mi mentón y mi corazón. De tanto en tanto, aplicaba un golpe a mi rival, como para conservarlo a distancia. Usaba casi exclusivamente los swings, y todos esos golpes fueron bien esquivados por mí.

Mucho antes de lo que creía, los cinco rounds habían terminado.

—¿Dónde están mis 50 dólares?— pregunté al gerente.

El hombre llevó las manos al bolsillo y sacó un rollo de billetes de banco, de los cuales se paró cinco de a diez para entregármelos.

—¿Quiere que haga otros cin-

co rounds por una suma igual?— pregunté.

—Bueno, está convenido.

Los cinco rounds siguientes fueron semejantes a los primeros. La vida de mar me había curtido lo suficiente como para que el hombre-mono no pudiera dejarme fuera de combate. Todos los presentes comenzaron a alentarlo con gritos; pero yo me sentí con más ánimos que nunca. Contribuyó a esto la circunstancia de que tuve la satisfacción de cerrarle un ojo y de hacerle sangrar la nariz. En el octavo round lo alcancé con una furibunda izquierda al estómago, acompañada por una fuerte derecha a la mandíbula. Mi rival cayó al suelo; pero se levantó antes de que el referee contara los 10 segundos. Poco después sonó el gong dando fin a la pelea, sin que hubiera logrado ponerlo nuevamente knock-down, por más que durante el décimo round, le había estado golpeando en el cuerpo como una máquina.

Cuando el gerente me pagó los segundos cincuenta dólares, me dijo:

—Es usted una verdadera promesa para el box. Le ofrezco un contrato y le prometo que haré de usted un campeón de peso mediano.

—Gracias, compañero; pero no me interesa un contrato de esa naturaleza.

En efecto, yo había resuelto obtener mi diploma de capitán y no me interesaba la carrera de boxeador profesional. Allí, en mi casa, todo el mundo respetaría un título de capitán; pero nadie daría valor a un pugilista profesional.

Con los 100 dólares en el bolsillo volví juntamente con el muchacho de San Francisco a la pensión de Steve Pyle, y aquella misma noche, cuando me hallaba profundamente dormido, el hombre me robó todo cuanto tenía, hasta el sextante.

Hace apenas cuatro años encontré nuevamente al hombre, en Nassau, pero estaba tan arruinado por la bebida, que hubiera sido una cobardía increpable.

Pero al día siguiente, después de haber sido desvaliado por aquel hombre, conseguí alistarme como segundo piloto, a bordo del vapor británico Hill Glen, de 8500 toneladas. Su comandante era a la vez propietario de la nave. Salimos, primero para Savannah, Georgia, en lastre, y allí cargamos algodón para Bremerhaven, en Alemania. De allí nos dirigimos a Cardiff, en Gales, donde yo desembarqué. Quise estudiar allí algún tiempo para obtener mi diploma de piloto; pero no me alcanzó el dinero y tuve que alistarme nuevamente, esta vez como tercer piloto, a bordo del vapor británico Egremont Castle. Partimos para Veracruz con un cargamento de carbón. Allí reinaba una epidemia de fiebre amarilla. El segundo maquinista de a bordo falleció a consecuencia de la terrible enfermedad. Por fin salimos de ese puerto mejicano, dirigiéndonos a Pensacola, en la Florida, donde tuvimos que quedar durante 21 días en cuarentena.

Terminada la cuarentena cargamos madera para El Havre, en Francia. Durante la travesía tuvimos que capear un temporal. Toda la carga que se hallaba en cubierta fué lanzada al mar por la fuerza de las olas, y, con ella algunas partes de la obra muerta. De El Havre seguimos a un puerto del Canal de Bristol, y allí desembarqué. En ese momento disponía de bastante dinero como para po-

DE NUEVO EN EL MAR

“Mi rival cayó al suelo”...

der mantenerme en tierra algún tiempo sin trabajar y obtener mi diploma. Fué así que me dirigí a Cardiff para rendir examen como segundo piloto. Llevaba en mi haber nueve años y nueve meses de navegación, de ellos más de cuatro años como segundo y tercer oficial a bordo de vapores, y como segundo y primer piloto en veleros.

El viejo capitán Bentley, uno de los examinadores más exigentes de la Gran Bretaña y un partidario fanático de los veleros, fué el encargado de tomarme examen. Pero el hombre no me hizo ni una sola pregunta.

—Teniendo en cuenta su larga actuación en veleros—me dijo—, descueto que sabe usted todo lo que yo podría preguntarle. ¿Para qué, entonces, perder el tiempo?

Me clasificó brillantemente y así, obtuve por fin, mi primer título como oficial de la Marina Mercante Británica.

Salí de la sala de los examinadores, con una papeleta azul en la mano. Mi diploma debía llegarme dos o tres semanas después de Londres. Inmediatamente me dirigí al “bar” más cercano, para “remojear mi título con los muchachos”.

Y el primer hombre a quien encontré en la calle fué al viejo capitán Tom Bownline, comandante del vapor Harbat. Estaba buscando un segundo oficial. Inmediatamente me concedió dicho cargo, y me acompañó al “bar”.

Fué el mejor marino que conocí. Durante dos años y tres meses viajé con él visitando Australia, la India, China, el Japón y la América del Sur.

De regreso a Cardiff, me dispuse a rendir examen para obtener el título de primer oficial. De nuevo me examinó el viejo capitán Bentley. Pero el hombre se condujo conmigo en forma completamente distinta que durante el primer examen. Odiaba a los jóvenes que, después de haber navegado en veleros, deseaban seguir su carrera, dedicándose a los vapores. Después de un examen riguroso, me aprobó. De nuevo salí de la sala con la papeleta azul en la mano, y por un momento creí que la suerte me pondría nuevamente en la calle en presencia de algún capitán que buscaba un piloto.

Y así fué. Delante de un “bar” encontré al capitán Davis. Había sido segundo oficial a bordo del Hill Glen, cuando yo ocupaba en dicho vapor el cargo de tercer oficial. En ese tiempo, era comandante del citado buque. Buscaba un primer oficial y me contrató de inmediato, festejando conmigo el éxito obtenido en el examen.

Salimos de Cardiff en viaje a Río de Janeiro, con un cargamento de carbón. Cuando llegamos a la capital del Brasil, había estallado allí una huelga gremial, por lo que tuvimos que descargar el buque con el personal de a bordo. De allí nos dirigimos al Río de la Plata, para cargar cereales, con destino a Amberes. En este último puerto, desembarqué para alistarme como segundo oficial a bordo del Banana, de la empresa de Elder Dempster, que efectuaba viajes a la costa occidental de África. El vapor Banana llevaba este nombre, no por la fruta que así se llama, sino por el puerto de Banana, situado en el Camerón, en la costa occidental de África. El primer oficial del Banana falleció durante la travesía y yo entré a ocupar su puesto.

Del África, seguimos al Golfo de Méjico, en lastre, y allí tomamos un cargamento de fosfatos, para Port Inglis, en Irlanda.

En ese viaje casi naufragamos. Frente al Cabo Hatteras nos sorprendió un furioso temporal del Nordeste. Enormes olas pasaban sobre la cubierta del Banana, arrancando todo cuanto encontraban a su paso, incluso una parte del puente de comando, los botes salvavidas, etc., e inundando las bodegas Nos. 1 y 2. Felizmente, el viento amainó poco después, y nos fué posible entrar de arribada forzosa en Newport News, con la proa sumergida seis pies, por arriba de la línea de flotación. El cargamento de fosfatos era muy absorbente, y tuvimos que

descargar una parte del mismo, para poder seguir viaje. Algunos días después, llegamos sin otros incidentes a Dublín. Mi permanencia de doce meses a bordo de un vapor, ocupando el cargo de primer oficial, me permitía presentarme a rendir examen para comandante y así lo hice, solicitando dicho título en Newport, Monmouthshire, cerca de Cardiff.

De nuevo mi examinador fué el capitán Bentley. Me formuló toda clase de preguntas, y después me aprobó. Pero el viejo marino no pudo contenerse más.

—Joven idiota—me gritó—debería usted tener vergüenza de sí mismo, al quedar aún en los vapores. Si hubiera usted esperado un día más, le hubiera nombrado capitán del mejor velero del mundo. Allí está, en realidad, su puesto.

Fué un viernes, por la tarde, en Newport, cuando obtuve mi diploma de comandante. Esperé a que todos los demás examinados salieran del salón, para luego festejar mi triunfo con ellos en el Hotel del Príncipe de Gales, situado justamente frente del local donde habíamos dado examen.

A los 28 años de edad era capitán de la Marina Mercante Británica, autorizado para dirigir buques de distinto tonelaje en cualquier mar del mundo.

Por de pronto, tuve que conformarme con un cargo de segundo oficial a bordo del Adansi, un vapor de la empresa Elder Dempster. Se trataba de una gran compañía, que poseía a la sazón cerca de 240 vapores. Para hacer carrera, era preciso empezar en los vapores de carga, y luego pasar a los de pasajeros. Entre mis colegas, había cientos de oficiales, con diplomas de capitán.

Pero también había que considerar que en la compañía se producían numerosas vacantes, pues entre la oficialidad de los buques, que se dirigían a la costa occidental de África, se producían frecuentes claros. Las enfermedades tropicales, como la malaria y la enfermedad del sueño, eran enemigos terribles de los marinos británicos.

El Adansi salió de Liverpool para la costa occidental de África. Allí descargamos, prosiguiendo el viaje hasta Demarara, Guayana Británica, donde cargamos azúcar para Montreal, Canadá.

(Continuará)



ALMANAQUE DE LA MUJER

Para 1930
Apareció con 464 páginas

Hecho por Escritores y Artistas, Enciclopédico, Literario, Artístico, Informativo, Guía de todo y para todos.

Hay una nota estupenda

En ningún país hay un almanaque tan interesante

\$ 2.50

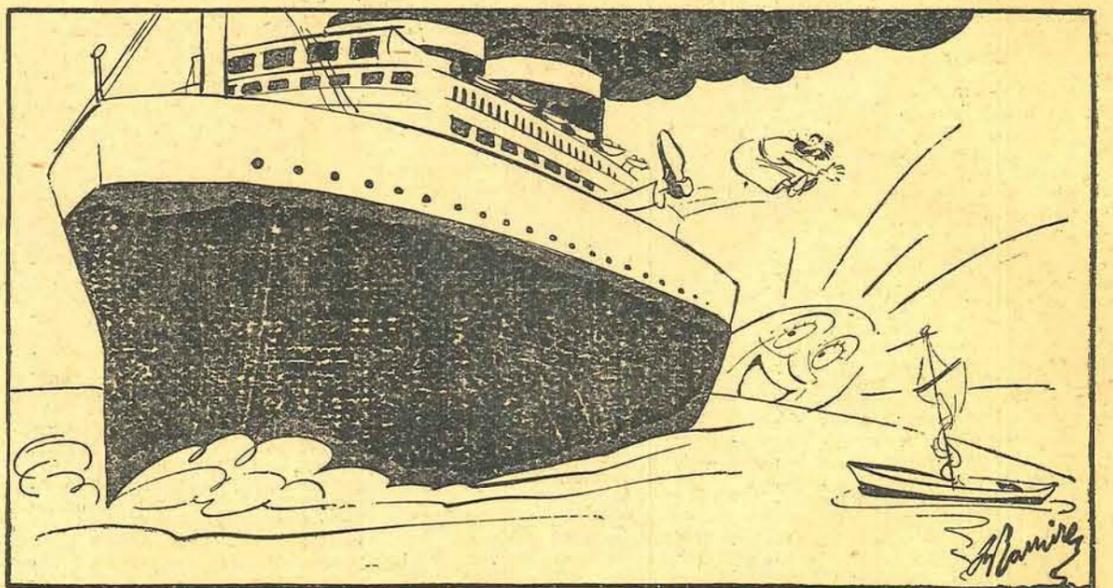
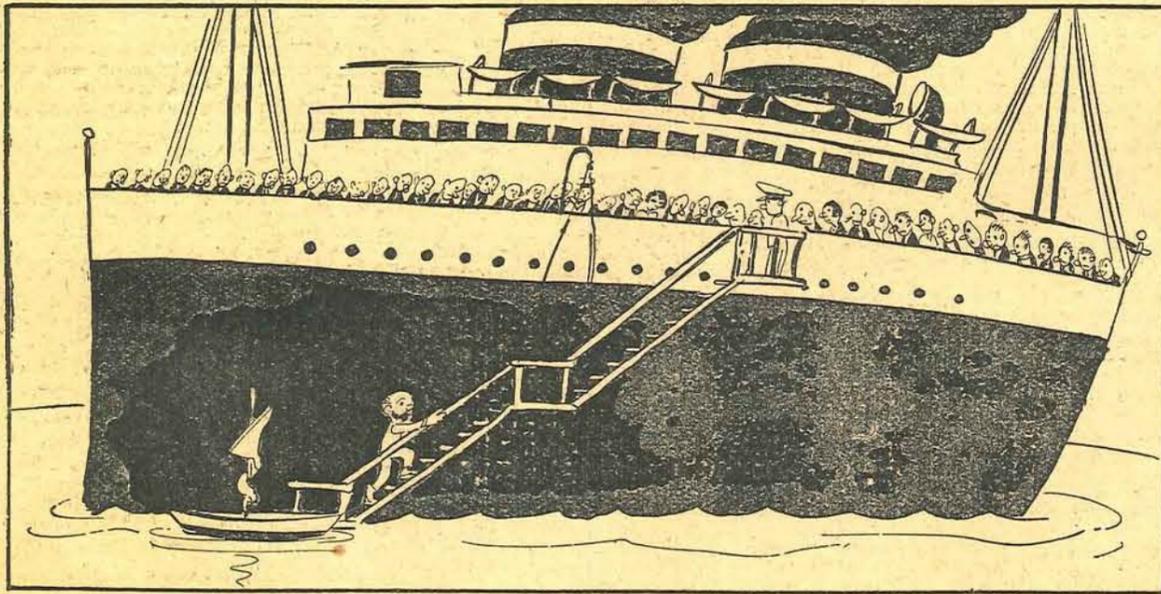
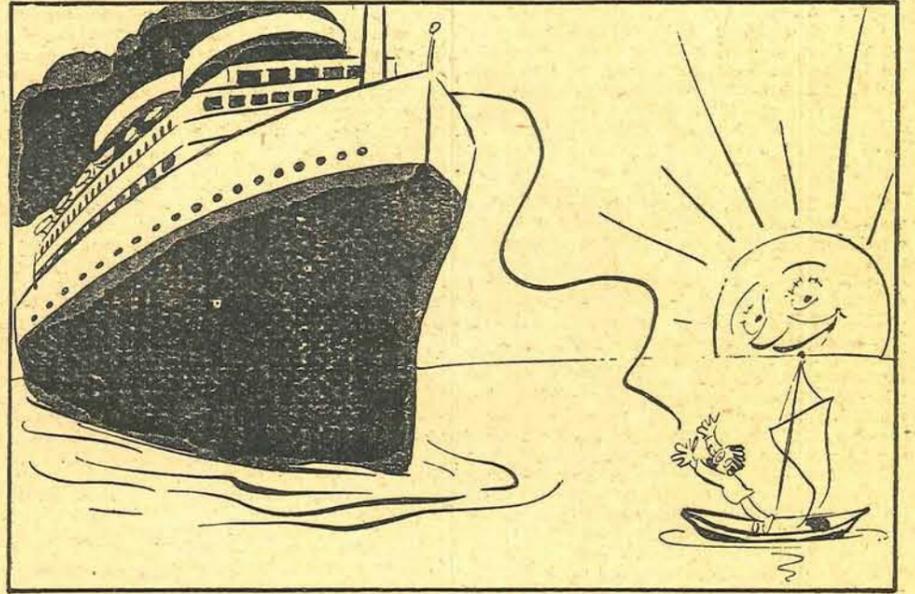
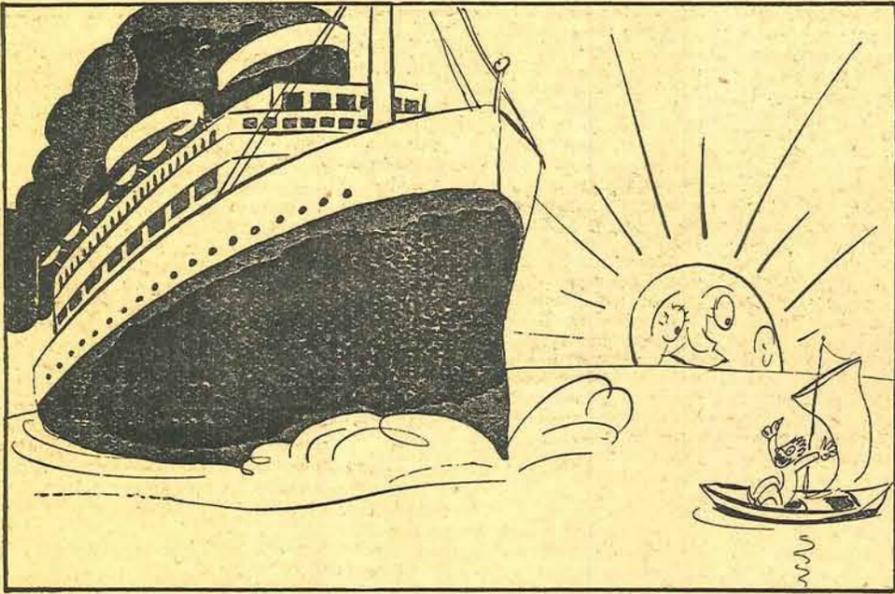
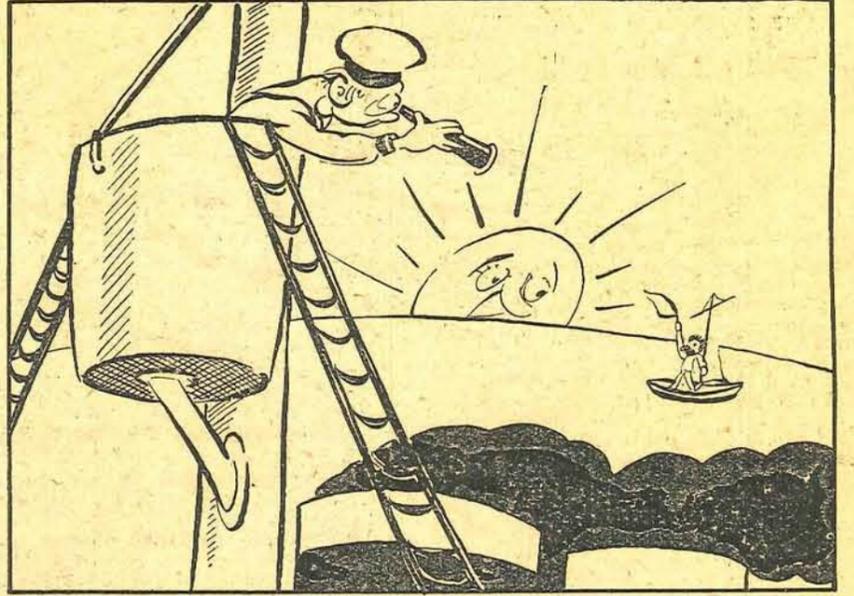
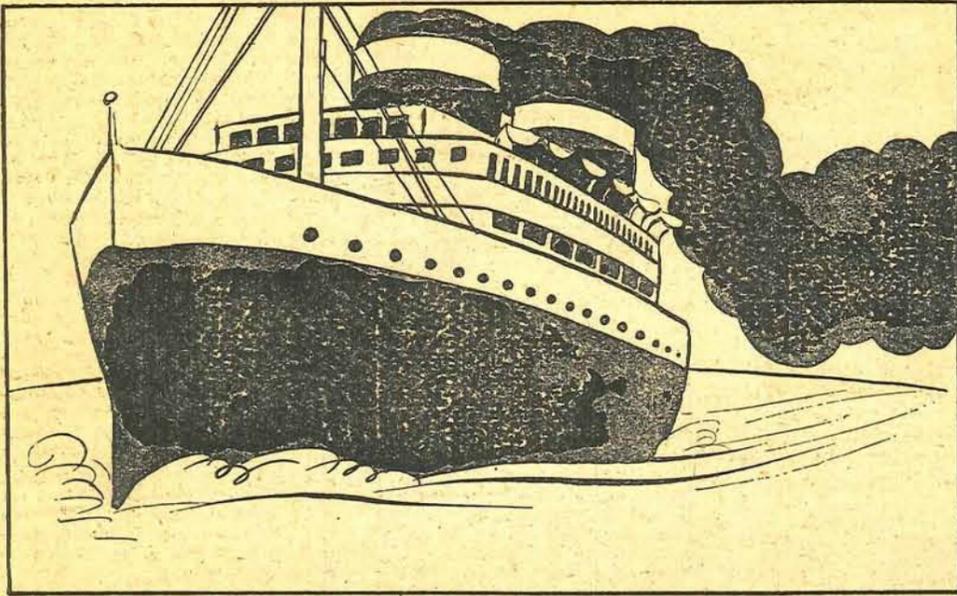
En todas las librerías, kioscos y en la administración:
JUNCAL 1019

Pedidos por teléfono: U. T. Juncal 3072. Por carta: Juncal 1019

POR MAYOR:

Librería “LA FACULTAD”
FLORIDA 359

EL NAVEGANTE SOLITARIO



HISTORIETA COMICA, POR F. RAMIREZ

Por NEMESIO GARCIA NARANJO

(Para LA NACION)

NEW YORK, diciembre de 1929.

na moral, en donde las mujeres eran examinadas y detenidas, si no se presentaban con austeridad y con recato.

Pero... las mujeres demostraron que seguían siendo hijas de Eva, la cual prefirió comer la fruta prohibida a someterse a los mandatos del Señor. Las faldas siguieron remontándose con mayor osadía que el aeroplano de Lindbergh. A últimas fechas se llegaron a usar unas medias larguísimas, las cuales parecían anticipar que la falda iba a desaparecer y que la indumentaria de los acróbatas iba a constituir el tocado final de las mujeres del siglo XX.

Así estaban las cosas, cuando los modistos de París tuvieron la ocurrencia de vestir a sus modelos con faldas largas. Y en lugar de anunciar que se veían "más morales", proclamaron que con la nueva moda las mujeres se miraban más esbeltas, más gallardas, más provocadoras y más bellas. No necesitaban haberlo dicho, pues los hombres — verdaderos árbitros en todo lo que se refiere a atracciones femeninas — pueden atestiguar fácilmente que la "Maja vestida" de Goya es mucho más tentadora que la "Maja desnuda".

Anatole France, en "La Isla de los Pingüinos", describe los instintos pecaminosos que se despertaron en un pueblo primitivo y desnudo, cuando una mujer, por primera vez, cubrió con un trapo las redondeces de su cuerpo: los hombres enloquecieron al dejar de ver aquellas cosas que antes se les mostrara sin pudor y con absoluta libertad. Y ya no hicieron caso de las mujeres desnudas: despreciaron todo lo que se exhibía, para dedicarse satánicamente a adivinar lo que se ocultaba. Hay que tener en cuenta que Dios, al crear a Eva, no colocó sobre su cuerpo ninguna vestidura. Fué después de platicar con la serpiente, cuando la primera mujer cubrió sus formas divinas con las tradicionales hojas de higuera.

En el siglo XX la serpiente es Patou, es decir, la Moda que promete ocultar los defectos y hacer resaltar los encantos femeninos. La falda corta trajo como consecuencia el enflaquecimiento de todas las mujeres. Como las gordas se veían grotescas con los vestidos trepadísimos, se sometieron a dietas rigurosas. La línea ideal no fué la curva sino la recta.

Por otra parte, esta concepción extraviada de la belleza coincidió con el movimiento llamado feminista que ha tendido a libertar a la mujer de las trabas que la han sujetado a través de los siglos. Se trató de abolir el cabello largo, el corsé, las faldas pesadísimas, los sombreros grandes con plumajes y flores, el tul sobre el rostro, todo aquello, en fin, que exige nimios cuidados y entorpece los movimientos. Se procuraron túnicas lisas, sin adornos, con las cuales se pudiera jugar una partida de lawn tennis, o forcejear en un tren subterráneo, o asistir a un "mitin" político. El feminismo aconsejaba la soltura, y para conseguirla, lo más práctico era recurrir a vestidos austeros y de cortes casi rectangulares. La mujer dejaba de ser mujer, pues no es fácil concebir a Afrodita con caderas exiguas y pecho plano.

El Papa no es muy experimentado en estas cosas y por eso seguramente condenó una indumentaria que suprimía las tentaciones y desarmaba a Satanás. No hace mucho tiempo que George Bernard Shaw, en un brindis graciosísimo, dijo que los clérigos, al formular anatemas contra las faldas ra-

bonas no sabían lo que hacían, porque no es enseñando las piernas, sino ocultándolas, como se consigue que los hombres pierdan la cabeza.

Y como conquistar a los hombres es la finalidad máxima que se han impuesto las mujeres en todas las épocas de la historia, claro está que volverán a usar vestidos llenos de pliegues y se meterán nuevamente dentro del calabozo apretado del corsé, y se dejarán crecer el cabello, y harán todo lo que Patou y demás

modistos ordenen que se haga. Con los vestidos cortos y sencillos eran más libres; pero la libertad sirve para moverse en política, para hacer dinero y para practicar todos los deportes; mas no resulta muy eficaz cuando se trata de seducir. Fascinar a los hombres: he ahí el verdadero feminismo.

Y en aras de ese feminismo — que fué el que practicó Eva en el Paraíso, y el que se seguirá practicando hasta el día del Juicio Final — las mujeres sacrificarán la comodidad, la ligereza, todo. ¿Que el pelo largo es una esclavitud? ¿Que también lo es el corsé? Pues

a ser esclavas de la incomodidad, con tal de ser reinas en el corazón del hombre...

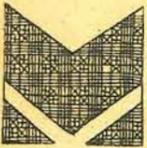
No puedo terminar esta crónica sin recordar la maliciosa copla española:

¡A cualquier mortal atrapa una mujer si se empeña más que con lo que enseña, con lo que tapa!...

Esto lo ignora Pío XI, pero lo sabe Patou. Por eso, aunque ambos coincidieron en la condenación de las faldas cortas, fué el modisto y no el Pontífice quien ha logrado hacerse obedecer.



EL VERDADERO FEMINISMO



El amigo Carlos Serrano recogió en París, de labios del modisto Patou, las siguientes declaraciones: "La

"robo" corta y derecha ha sido la consecuencia de un estado social poco próspero y no el producto del gusto francés. Es una moda netamente americana que puede fácilmente ser ejecutada en vestidos por serie. Desde hace quince años las mujeres francesas han estado disfrazadas por las americanas, cuyas piernas son excesivamente largas. Es un sentimiento ver a las mujeres latinas que tienen las pantorrillas cortas, las caderas anchas y, muchas veces, bajas vestidas en un estilo que solamente encaja a las americanas. Puedo afirmar que desde la guerra no ha habido en Francia mujeres elegantes".

Después de anunciar la abolición de la falda corta, M. Patou termina con estas palabras:

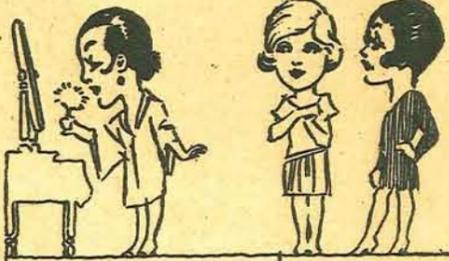
"Naturalmente, la "robo" impondrá los cabellos largos. El tocado femenino necesita de una lógica impecable. La elegancia necesita ser unívoca. Si falta o sobra un detalle, el conjunto resulta "gaché".

En la práctica, las declaraciones de Patou resultarán más eficaces que las de Pío XI. Y digo esto, porque Su Santidad lleva muchos años de estar formulando anatemas en contra de la falda corta, y nadie le ha hecho el menor caso. En cambio, ha bastado que el modisto francés diga unas cuantas palabras para que todas las mujeres del planeta se dispongan a obedecerlo. La cosa se explica, si se tiene en cuenta que el Sumo Pontífice habla en nombre de la moral, en tanto que Patou lo hace en nombre de la belleza.

Desde la guerra, los vestidos de las mujeres se habían ido trepando audazmente en una continua ascensión. Primero, se levantaron hasta los tobillos; después subieron hasta la mitad de las pantorrillas; luego continuaron ascendiendo, hasta que, a principios de 1929, dejaban ver el nacimiento del muslo. Contra esta alza exagerada (más exagerada aun que la del costo de la vida) protestaron los moralistas. Los anatemas del Papa fueron coreados por todos los sacerdotes del mundo. En las puertas de las iglesias se fijaron rótulos llamativos, que prohibían la entrada a aquellas damas que llevasen la falda demasiado alta y el descote demasiado bajo. En el Vaticano se estableció una especie de adua-

El triunfo de la belleza

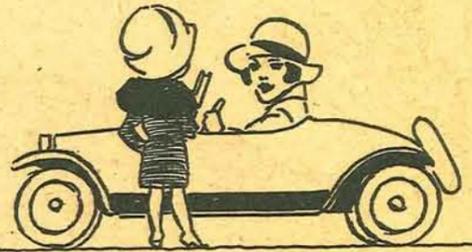
Gracias a la CREMA HINDS



El secreto a voces

—Dime tu secreto para que los polvos no se te caigan.

—Muy sencillo. Primero me pongo un poco de Crema Hinds y en seguida los polvos.



Una joven moderna

—¡Aire, polvo y sol de las carreteras! Te van a aviejar el cutis.

—¡Ni lo pienses! ¿No sabes que uso a diario Crema Hinds?



Trabaja... pero se cuida

—Por lo que trabajas en tu casa, deberías tener callosidades en las manos.

—Las tendría si no me pusiera Crema Hinds en cuanto termino mis quehaceres.



Indispensable en el hogar

—¿Como puedes hacer esos primores de aguja sin que la seda se te desbarate?

—Antes de empezar, me pongo un poco de Crema Hinds que me deja los dedos suaves y tersos.



Un sano consejo

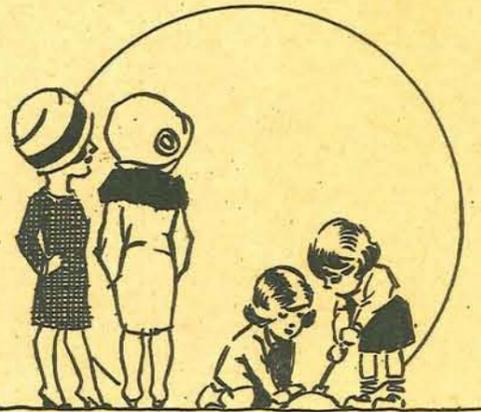
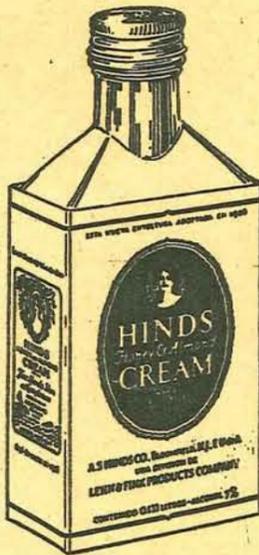
—¿Qué cara tan grasienta y que nariz tan aceitosa! ¿No habrá un alma caritativa que le enseñe a evitar ambas mediante el uso de Crema Hinds?



"Chi va piano, va sano..."

—¡Anda más de prisa! Este frío me echa a perder el cutis.

—Usa Crema Hinds y no tendrás que temerle.



Vale más prevenir

—¿Y no se les parten las manos jugando tanto con tierra?

—No. Les pongo Crema Hinds a diario.

PIDALA DONDEQUIERA QUE VENDAN ARTICULOS DE TOCADOR

CREMA HINDS



ECIA en mi exposición anterior que entre las declaraciones siguientes a una apertura del remate efectuada por los adversarios correspondía también el doble informativo. La utilidad de este procedimiento (que en otra oportunidad he llamado doble americano por su origen) resalta más en el Plafond que en el Auction, por ser más amplio su campo de acción.

El doble informativo del segundo jugador, a raíz de una declaración inicial de un "sin triunfo" del dador, con la ventaja de posición de asiento, por estar sobre el primer declarante, tiene incalculable importancia para el compañero del doblador. Debe, pues, ser consciente y poseer los elementos indispensables que representen una seguridad relativa y no induzcan al compañero a construir sin buenos cimientos.

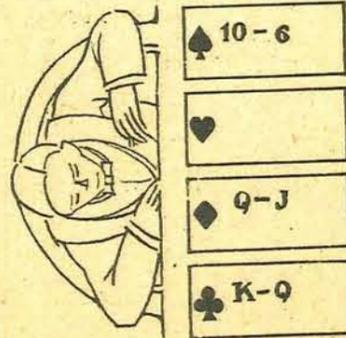
La cantidad de juego necesaria para un doble informativo de un "sin triunfo" en esta posición puede calcularse en trece a catorce puntos, según el sistema Work, o sea, prácticamente, cinco honores mayores. Hago notar que el valet no es suficientemente fuerte para poder considerarse como una carta alta al computar la fuerza de una mano para doblar informativamente, por la razón de que, salvo muy rara excepción, habrá probabilidades de que ese valet pueda representar una baza efectiva.

Cuando la posición del jugador que dobla es desventajosa, por encontrarse a la derecha del declarante, se requiere mayor cantidad de elementos que en el caso anterior para que el doble sea justificado.

Creo oportuno aconsejar a los jugadores partidarios de un

BRIDGE — PLAFOND

doble informativo fácil y peligroso, que únicamente lo apliquen teniendo por compañero un jugador experto, en buena posición y con el mínimo de elementos indispensables. La habilidad de un diestro doblador consiste en conocer la capacidad del compañero, la confianza que debe inspirarle en el sentido de que sepa contestar correctamente a ese doble y su



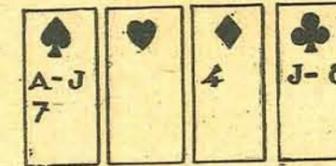
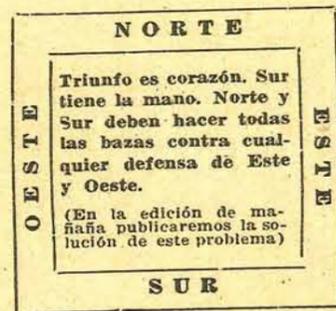
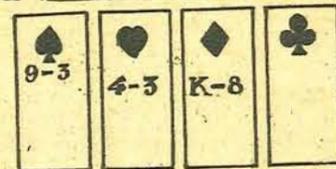
preparación para manejar las manos combinadas.

El doble informativo de la declaración de un palo puede tener dos caracteres diferentes y aparentemente opuestos:

10. Debilidad en el palo que ha sido declarado y fuerza notoria en los otros tres.

20. Fuerza en el palo declarado, con dos cartas matadoras por lo menos, y debilidad en uno de los otros tres.

El primero de estos dos casos es el verdadero tipo del doble informativo. El segundo es una violación de la convención propiamente estipulada, pero ambos son justificados, dado que el compañero, temporalmente engañado, adivinará o deducirá, mejor dicho, antes de que se haya causado daño alguno



y, sobre todo, porque el doble puede resultar excepcionalmente valioso.

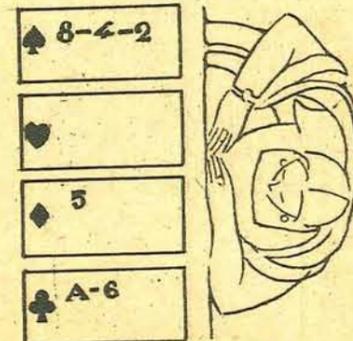
Sabemos ya que el compañero del doblador informativo tiene obligación de declarar su mejor palo, contratando en pro-

LEON CASABAL

DOBLE INFORMATIVO

porción a la fuerza de sus elementos. El resultado de su declaración puede preverse fácilmente si éste ha debido resolverse por rematar cualquiera de los tres palos de que no se ha hablado hasta ese momento: forzosamente tendrá que combinar con el juego de su compañero.

Si su mayor fuerza residiera en el palo declarado en primer



término, su resolución dependerá algo por impresión y la confianza que puede inspirarle el doblador, y lo más por el estado del "score". Tiene en este caso dos caminos a seguir, ya sea decidirse por la declaración de un "sin triunfo" o bien intentar que ese doble informativo se convierta en real.

Pero si el doble, que podemos llamar de "camouflage", fuera una violación del principio de la convención, los resultados pueden ser distintos. En tal situación y con esa mano, la mayor parte de los jugadores declararían "sin triunfo" con preferencia al doble, por tener guardado dos veces el palo declarado y alguna fuerza en otros dos. Sin embargo, jugando Plafond, y debiendo llegar al máximo del contrato necesari-

rio y posible, poseyendo las llaves de la dirección del juego, conviene dar una oportunidad al compañero de mostrar su fuerza para proceder en consecuencia.

El compañero del doblador, que ignora forzosamente en un principio esta situación, remarcará, como en el caso anterior, su palo fuerte. Si esa declaración resultara el palo débil del doblador, éste tendrá siempre el recurso de decidirse por declarar el máximo de su juego a "sin triunfo" con más seguridad que en la primera vuelta, cuando no conocía el palo largo, y posiblemente, fuerte de su compañero. Entonces esa declaración de "sin triunfo" del doblador, a continuación de su primera actitud, aclarará a su compañero respecto de la índole de su doble informativo.

Existe otro doble informativo que puede resultar de gran utilidad: es aquel que se efectúa con los dos palos nobles y elementos de calidad, a raíz de una declaración de palo débil, no teniendo suficiente cantidad de triunfos para proceder por cuenta propia. Se correrá un pequeño riesgo, pero hay muchas probabilidades, eliminando en parte el primer enemigo, que el compañero se encuentre más o menos fuerte en pique o corazón.

Es inimaginable la confianza y el optimismo que se inculca al compañero procediendo habitualmente de una manera acertada con el doble informativo. Por otra parte, jugando Plafond se evitan muchas veces los grandes contratos del enemigo, desorientándolo en su acción y llevándolo, en algún caso, hasta la desconfianza mutua. Mal empleado, en cambio, dará los peores resultados, creando situaciones imposibles de sanear y facilitando las multas memorables.

LA MUJER DE NIEVE



IRABA y era como si una mano de melodioso tacto doblegase las espaldas y los párpados; pero otras veces su mirada tenía dos filos, Su sonrisa insinuaba en ocasiones los sueños más torpes, mas también solía ser como un cuento para niños. No llevaba en sus manos más gema que la de su cigarrillo encendido, y su suntuosidad estaba en sus ojos del color de sus ligas, y en sus ligas que magnetizaban como las serpientes. Sobre sus senos breves como un epigrama, el geranio se ponía más encendido y el jazmín más pálido. Su pereza constituía la nostalgia de los cojines. Sin duda, era un paraíso artificial su cuerpo, pero su piel tenía una profundidad de alma.

Y fué que por ella se mancharon los más puros y se violentaron los más fríos, y sentían éstos estremecerse su alma hasta en sus uñas y aquéllos despertarse larvas de deseos que no se atrevían a confesarse a sí mismos. Por ella los libertinos más irreprochables conocieron el arrebato romántico, y las barbas y las manos de los venerables más empedernidos temblaban como un rezo. Por regalarle un brazalete que valía una ciudad y que ella pagó con una mirada distraída, un mozo honrado como el trigo se dejó cortar una mano por el verdugo. Un poeta místico escandió sus versos al ritmo de sus caderas. Hombres téticos como un ciprés florecieron el pipopo. Pero nadie supo nunca que aquella mujer era de nieve y quemaba porque era de nieve.

AMOR MORTAL

Y aquel mortal de corazón ambicioso se olvidó de la más pura y ferviente de las mujeres por aquella diosa que tuvo la tentación del amor terrestre como de un vicio prohibido.

Y el hombre sintió como si su corazón creciese más que los ríos que van al mar, y tuviera en su seno las armonías del cielo y de la tierra, y el mundo fuese sólo una sombra entre su amor y su amada. El esplendor del día y la gracia hechizada de la noche se fundieron en su delirio. Fueron gozos agudos como espadas,

Hasta que la pobre criatura de greda se vió castigada en su ambición impia y fué desazonado primero y for-

EXHUMACIONES

tura después la distancia entre su amante divina y su corazón mortal.

Mucho más que una mujer era ésta en verdad, pero quién sabe si también no era menos. Fría como las serpientes y las pedrerías, la sentía remota a su lado, a modo de estrella en el pozo. Junto a su corazón, que a veces bajaba y subía como el océano, ella nunca alteraba sus pulsos. Viviendo en un presente eterno ignoraba las tristezas encantadas del recuerdo y la magia terrible de la esperanza. Nada sabía de la muerte que hace santa la vida (y de los dolores con que se anticipa) ni de la ilusión que la hace embriagante.

Con su sonrisa perfecta y la calma transparente de su mirada estaba más aquí o más allá de los suspiros, de los celos y de las dudas, más aquí o más allá de las candideces del amor, infancia maravillosa, de la timidez del amor, noble como ningún coraje, de las lágrimas de amor, tesoro más puro que la luz.

Hasta que el mísero sintió poco a poco entrarsele como una muerte la ausencia de la otra amada, y su pecho se acordó — con infinita nostalgia — de los ojos cargados de alma de aquella que era temblor y palidez en la humildad gloriosa del amor de las hijas de la tierra.

EL CORAZON DE LOS POETAS

NO estaba lejana el alba. Y las ondas del Hebro comenzaron a sonar. Era una música suave como el sueño, irresistible como el deseo.

Y todas las cosas que escuchaban en una quietud más intensa que un acecho parecían despertar a una vida nueva. Las rocas empezaron a moverse como árboles. Los árboles imitaban el paso solemne de los elefantes. Las bestias y los pájaros se inmortalizaron en el éxtasis. Una araña que acababa de aferrar una presa entre sus palpos, la dejó escapar. Un sátiro que iba a lanzarse sobre una ninfa se olvidó de ella. El león ahogaba su rugido en un arrullo, con los ojos entornados, como si la melodía peinase sus crines. Junto a un álamo trémulo como la risa, la grulla, con su pata alzada, parecía apuñar aquella armonía.

Y poco a poco la música fué sumergiéndose en los confines del mar. Después, por largo rato, el silencio flotó como una estela.

Y el cuello del cisne y las orejas del elefante y los ojos del antilope patentizaron las mil interrogaciones que bullían en el alba.

—Es la cabeza de Orfeo que las bacantes han arrojado al río—dijo uno de los centauros que platicaban en la ribera.

—Qué hay de extraño — respondió Quirón, contradiciendo el asombro unánime —, si los poetas tienen el corazón en la cabeza.

LA TORRE DE BABEL

HOMBRES de todas las razas y comarcas se habían complotado para levantar al fin la nueva torre de Babel que fuera inmune al fracaso y que llegara al cielo y dominara así el espacio y el tiempo.

Y millares y millares de obreros, a lo largo de los días, de los años, de los siglos, fueron apilando con maestría heroica ladrillos garantidos contra las asechanzas del tiempo. Y a cada nuevo aporte la torre crecía—¡sin duda!— y cada vez más su remate parecía inminente. Y el orgullo de los constructores sobrepasaba ya varios codos la altura de la torre.

Hasta que poco a poco hubo confusión de lenguas y la nueva fábrica se derrumbó como la otra.

Aquella torre se llamaba la Ciencia.

EL DINERO

ERA en Yanquilandia un banquero tan opulento como el sueño de un avaro y prestaba su dinero a los alquilantes de la gloria del día o a sus probables detentadores de mañana: los popes de la industria y del comercio, que en caso de apuro venderían el mundo en treinta dineros; los inventores, que sacan a la plaza los tesoros secretos de la naturaleza como los de un tío avaro; los agiotistas que conocen y explotan la magia negra del dinero; los tenebrosos, proveedores de los mercados de iniquidad; los políticos, altos chalanés de la democracia; algún jefe de banda que le expusiera un plan ge-

nial para explotar el robo según los últimos consejos de la ciencia.

Un día apareció ante su escritorio un hombre de desdenosa elegancia, sin duda menos joven y más enjuto de carnes de lo que parecía. Sus ojos, que miraban como sin posarse, estallaban a ratos en una veloz mirada irresistible — aunque eso bien podía ser una ilusión. Detrás de su sonrisa de gentileza, creíase adivinar a ratos una burla profunda como una tumba y una experiencia infinita. El caballero venía a solicitar los servicios del potentado. No dejó de extrañarse, si bien menos de lo imaginable. En efecto, se trataba de un desconocido y la suma gestionada era fabulosa. ¿Qué garantías ofrecía? Pero ya su olfato de hombre de presa le avisaba que el visitante estaba a mucha distancia de ser un quidam. Sí, en cualquier caso, ¿qué garantías ofrecía?

—El mundo — dijo con sencillez el interpelado.

—¿El mundo?... —Sí, el mundo de los teólogos. Ah, veo que me toma Vd. por un loco. Pero no, soy únicamente el diablo.

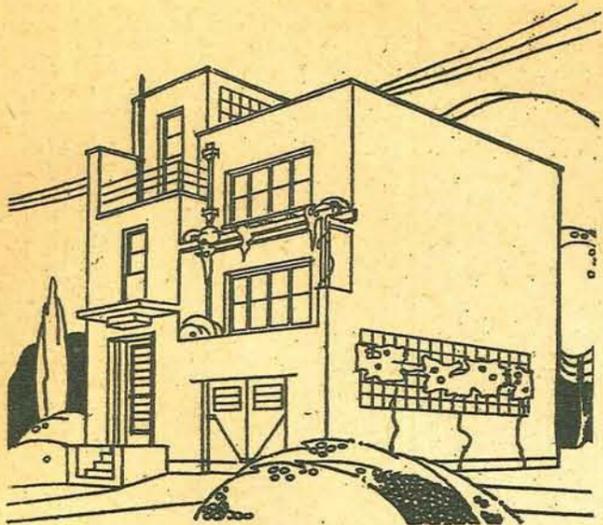
El plutócrata a quien la formidable respuesta disparada a boca de jarro no perdió de todo, atinó a responder: —Pero, cómo; ¿no era Vd. también el rey del oro?

—Oh, no — sonrió despectivo y críste el caballero terrible. Esa es una de las tantas pamplinas que me cuelgan. Dispongo, es cierto, de algunas concesiones quizá no enteramente despreciables: puedo sembrar y prosperar una espléndida venganza; hacer abortar en blasfemia final una vida entera de oración y de fe; abrir las quijadas del payaso en los más tenebrosos bostezos; convertir en orgullo diamantino la humildad del que besaba las llagas del mendigo; infartar la tentación de la muerte en los hipocondrios del más porfiado amator de la vida; trocar en santurronería cegata cincuenta años de heroica sabiduría y de fuerte pensamiento; trastornar con los delirios más candentes el alma llena de rocío del casto; fecundar el ingenio del que se afana en algún magnífico invento de destrucción...

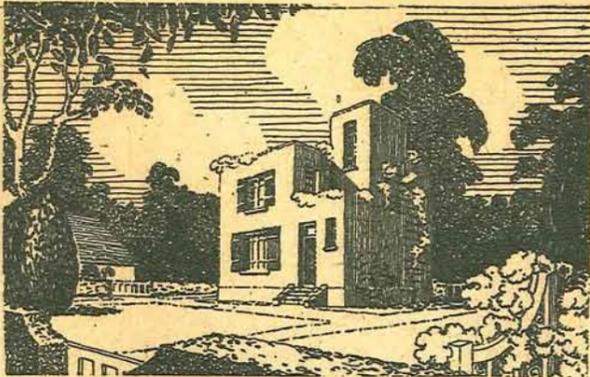
El poderoso que había retrocedido algunos pasos, lo miraba como se mira un incendio.

—Sí, todo eso y algo más puedo hacer — continuó el postulante —; pero no soy ciertamente el amo del oro; de serlo, hubiera sin duda hipotecado todas las almas.

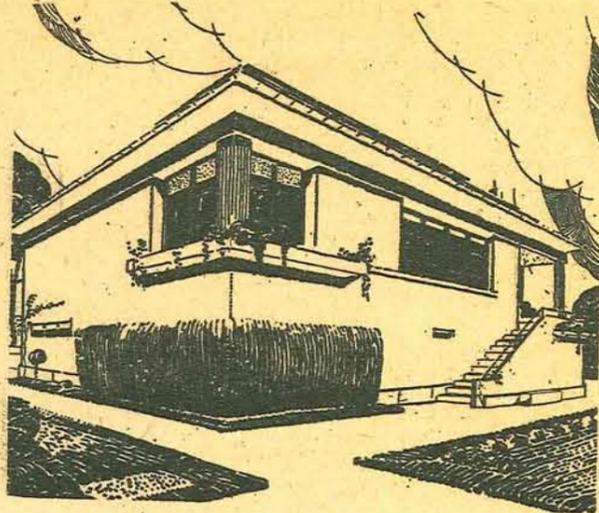
LUIS FRANCO



La geometría ha invadido la arquitectura, y las casas modernistas producen una sensación extraña de verdadera originalidad



Fachadas lisas, con exclusión de toda moldura y empleo preferente de la vegetación como motivo ornamental, son las características más salientes de las casas de la campiña francesa



LAS CASAS MODERNAS EN FRANCIA

Por EDGARD GOLDGREEN

ta reforma francamente revolucionaria, lo cierto es que ha removido el ambiente arquitectónico europeo, atrayendo la atención de los intelectuales respecto de los destinos que se reservan en el momento, al siempre difícil arte de construir. Parecería que los arquitectos del siglo ya no se conforman con la simple función de adaptar elementos conocidos a programas nuevos y siempre distintos. Han creído, en efecto, encontrar en el cemento armado la panacea universal que proporciona nuevas soluciones constructivas al par que interesantes incógnitas en lo que se refiere a la ornamentación. Y se han lanzado, con mayor o menor convicción, a la empresa magna de señalar una etapa en la serie de las que constituyen la historia misma de la arquitectura. Los resultados inmediatos son contradictorios y en muchos casos censurables. Pero no faltan las notas de pleno acierto, con cuya ayuda no es difícil augurar que el camino buscado no es del todo inaccesible y que el esfuerzo creador del hombre se halla siempre dispuesto para demostrar su capacidad y su entusiasmo.

Analicemos las objeciones, en primer término, que se han planteado en Francia contra una reforma tan trascendental. La arquitectura desprovista de ornamentos, se ha dicho, es fría y revela falta de imaginación: es una mera labor de ingenieros, carentes de facultades creadoras, a las cuales suplen malamente con el raciocinio y el cálculo. La base constructiva de dicha arquitectura, el hormigón armado, facilita soluciones inabundables con otros elementos estructurales. Pero su subsistencia, en especial en las obras de mucha altura y riesgo, no está asegurada, ya que la acción de la electrolisis y las vibraciones que sacuden y corroe la entraña de nuestras modernas construcciones, son elementos destructores que tarde o temprano proporcionarán terribles sorpresas. Dicho sistema, por otra parte, no se adapta a aquellas regiones y ciudades en las cuales no abunda la piedra, pues en tal supuesto el costo es superior a otros dispositivos, pese a la simplicidad de sus fachadas. Y la aislación contra el calor y el frío resulta también muy relativa, salvo que se ejecuten muros de doble lámina, con el cual se llega a la concepción de la casa térmica, pero se tropieza otra vez con el precio elevado de la edificación.

A estas objeciones seguirían otras de menor alcance: la necesaria fijación de tipos uniformes de viviendas; la supresión de muchos ramos de la construcción con el consiguiente perjuicio para las actividades industriales y el progreso económico; la disminución de la labor operativa por la "standardización" del trabajo; la falta de aislación contra el ruido; la dificultad de ampliar las cons-

trucciones por procedimientos económicos; la falta de "calor hogareño" para construcciones que resultan frías y poco simpáticas ante nuestras ideas arraigadas; y, por último, el costo elevado del cemento portland, que resulta en muchos países — y la Argentina no se exime entre ellos — uno de los materiales más castigados por los gravámenes aduaneros.

En lo que respecta a la parte estética, sintetizaremos las principales observaciones de los profesionales franceses contrarios al movimiento emprendido. No hay tal reforma, a juicio de ellos. Se trata simplemente de un movimiento innovador, de carácter semi-cubista, con vistas a llamar la atención a cualquier trance, destruyendo todo lo hecho y simulando que se persigue una originalidad nunca prevista. Se llega así a proyectar fachadas descarnadas, negando el derecho a utilizar elementos arquitectónicos de otros estilos y cambiando en forma preconocida las disposiciones clásicas hasta donde ello resulta posible. Las ventanas se hacen anchas y de poca altura, argumentando que el hormigón armado permite construirlas así, aun cuando se deja de lado todo lo que se relaciona con principios de iluminación indiscutidos. Las cornisas se suprimen totalmente, pues son innecesarias y remedan construcciones arcaicas, sin perjuicio de que en algunos proyectos se dispongan cornisones que sobresalen de la línea de los paramentos constituyendo verdaderos balcones volados. Las puertas se invierten, a su vez, y las terrazas se habilitan para el uso familiar, asunto este último que no es muy novedoso por cierto, en especial en los países de ascendencia española, que heredaron de los árabes los techados de azotea. Los interiores se simplifican al extremo, pero las notas características y simpáticas resultan siempre aquellas que conservan algo en su disposición de los estilos decorativos tradicionales. Y en las fachadas nada se respeta, como no sea el propósito de negar todo esfuerzo de creación perdurable y toda posible trascendencia de la arquitectura del pasado.

Hasta aquí las observaciones. Veamos los comentarios elogiosos. La nueva arquitectura nace después de una guerra prolongada y en medio de una crisis general de valores de toda índole. ¿Significa ella uno de los indicios de reacción contra el estancamiento intelectual del mundo? ¿Se mantendrá acorde con las ideas de vanguardia? ¿Tendrá suficiente vitalidad para señalar rumbos nuevos a los artistas del presente siglo y para exigirles su formal cooperación, con cuya ayuda se lograría orientar eficazmente su acción conjunta? Las respuestas que corresponden a estas preguntas son de sabor muy variado, pero en general todas coinciden en afirmar que dichas tendencias constituyen una formal esperanza de mejo-

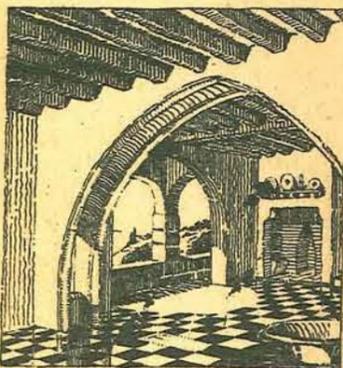
res tiempos para la creación arquitectural. Despojados los arquitectos del futuro y aun mismo los actuales del pesado lastre de sus conocimientos académicos, colocados frente a frente ante los materiales nuevos y no ante los libros que consignan las obras de otras épocas, sometidos al influjo de un ambiente que busca la simplificación de la vida y de la casa sin pararse demasiado en las ornamentaciones costosas y en las cosas innecesarias, dispuestos a establecer una mejor forma de convivencia social al proporcionar a todo el mundo casas económicas e higiénicas, tales arquitectos tienen ante sí una función importantísima que realizar. Ese es, a entender de muchos, el carácter más interesante de la empresa. ¿Se verá esta última coronada por el éxito?

No faltan elogios de otra índole. Mediante la coordinación de vacíos y de vanos, previa eliminación de la decoración pequeña y superflua, se llega a encarar la concepción de las fachadas con sujeción al conjunto, con lo cual la obra plástica es más libre y tiende a convertirse en una verdadera labor individual. El arquitecto llega así a valerse de la misma técnica de los escultores, pues aprecia su producción integral-

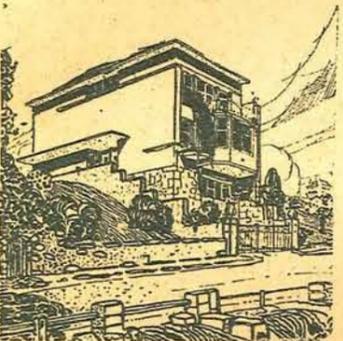
Otra solución moderna de tendencia francesa, cuya sencillez extremada define la orientación arquitectónica contemporánea

mente, como un todo único e indivisible. Su proyecto no vive en el papel o en el dibujo. Vive por sus masas de luz o de sombra. Ya no se caracteriza, por lo demás, gracias a una puerta semejante a la del Castillo de Chambord o a una ménsula o un garitón medievales. Ahora la geometría ha desterrado a la historia.

Una observación constituye la mejor síntesis de los comentarios apasionados que provoca la nueva arquitectura. Surgida casi contemporáneamente en Alemania, en Francia, en Italia, en Bélgica y en Suiza, lo cierto es que día por día cobra mayor arraigo y adquiere nuevos y decididos defensores. Su número se engrosa con profesionales de prestigio y la literatura provocada por su aparición es cada día más voluminosa y contradictoria. Los libros y las revistas acogen con simpatía un material que hoy por hoy resulta extraño y original. No faltan tampoco los "clientes" para la nueva arquitectura y muchos de ellos ya gozan de las ventajas y de los posibles inconvenientes del nuevo estilo, figurando entre las incomodidades — en primer término — las que derivan de la popularidad inesperada e inmersa.



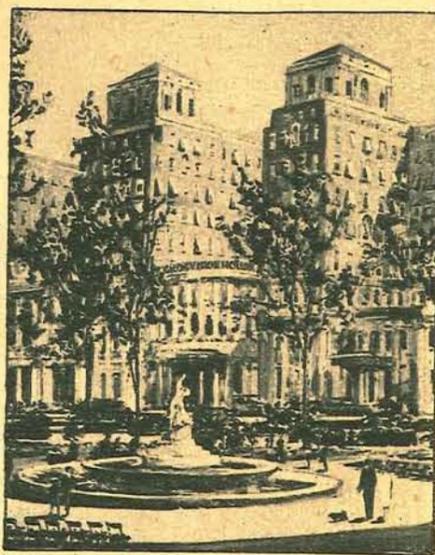
La decoración interior de las casas de campo se establece a base de motivos sencillos no exentos de originalidad



Dos soluciones para una misma fachada

A preocupación dominante que se advierte en la obra de muchos arquitectos franceses de la actualidad, es la de llegar deliberadamente a un máximo de simplicidad y, si se quiere, de rusticidad en la confección de sus fachadas. Por cierto ha sido más fácil intentar una reforma substancial de los cánones clásicos en lo que se relaciona con el exterior de los edificios; pues en lo que respecta a las plantas y coordinación de los locales, las ideas imperantes son siempre las mismas, ya que las distribuciones impuestas por las costumbres actuales se repiten con alteraciones de detalle sin afectar a lo que en ellas es fundamental.

Cualesquiera que sean los resultados a que se llegue con es-



EL MEJOR Y MÁS MODERNO HOTEL EN LONDRES, INGLATERRA

Grosvenor House es el único Hotel en Park Lane. De al Hyde Park, el más regio de los Parques. Esta situado en Mayfair, el centro de la vida social, a poca distancia de Piccadilly y de los Teatros.

Confort supremo - Tarifa equitativa - Toda comodidad moderna

500 Dormitorios, cada uno con su cuarto de baño, agua corriente helada para beber y con entradas separadas.

50 DEPARTAMENTOS. RESTAURANT. GRILL ROOM. SALONES PARA BANQUETES.

El mejor Salon en Londres para patinar a hielo.

Oficina St. Phalle para las cotizaciones de la Bolsa Americana.

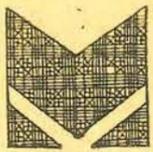
GROSVENOR HOUSE

EL ÚNICO HOTEL EN PARK LANE

Telegrams Grosvenor's Audley Londres.

HISTORIAS COMICAS

UNA CRISIS EN LA COMEDIA FRANCESA



MOSCU ardía. Los cosacos de Rostopchin acorrallaban a los granaderos franceses. En el Cuartel General del emperador reinaba angustia. Y en aquel momento crítico fué cuando Napoleón firmó, entre informes del Gran Ejército, un decreto que reglamentaba, hasta en sus menores detalles, el reclutamiento y los ascensos de los cómicos del Teatro Francés. Los dividía en socios y pensionistas, les distribuía partes y dozavas de partes, administraba sus bienes y apuntalaba su virtud. Tal vez el decreto cómico de Moscú debe a estas circunstancias trágicas el ser a un tiempo combatido y venerado y el aparecer como una ley llena de contradicciones y carente de precisión. Añadid a esto que tiene 115 años de antigüedad, que las costumbres han evolucionado, que el actual administrado no es popular, que no hay dinero en caja y que el reglamento propicia las críticas y prohíbe las reformas. La mitad de estos pormenores bastaría para explicar la crisis que agita a la Casa de Molière y que es causa de que todo el mundo aporte su remedio con el objeto de salvar a la escena más antigua y más gloriosa del orbe.

Las cosas han ido de mal en peor este verano. Cansados de esperar su promoción a la calidad de socios, los pensionistas huyeron. Así sucedió con M. Drain y M. Rognoni. Un socio, M. Lugué, se retiró. M. Dehelly quedó asfixiado entre dos puertas—hablamos en lenguaje figurado—; M. de Feraudy marchó a dar un paseo hacia Buenos Aires, y Mme. Sorrel amenaza con presentarse en el Bulevar. La falta de medios económicos ha llegado a un punto tal—porque estos señores no se baten en retirada más que ante el vacío de la caja—que M. Fabre, el administrador, ideó retener a sus cómicos deslumbrándoles con los espejuelos del cinema parlante. Propuso que la Comedia Francesa explotara por sí misma el invento maravilloso—lo cual es absurdo, porque no tiene técnicos—o que adjuntara su concurso global a una firma, solución poco apta para ser aceptada, toda vez que las necesidades del cinematógrafo mueven a los directores de escena a tratar individualmente con los artistas y no con las compañías organizadas. La propuesta lamentable del administrador no ha valido más que para agriar el tono de los debates y provocar nuevas querrelas.

Ardía la casa, del modo mismo que Moscú y su decreto firmado en el incendio. Tuvieron que acudir los bomberos. No son, sin embargo, los bomberos del Teatro Francés, como tal vez se crea, de esos que llevan cascos fulgurantes. Son abnegados salvadores que surgen, veloces, con un programa de reformas bajo el brazo. Su arma única es la lanza de Minerva. Como por obra de la casualidad, se mostraron todos de acuerdo sobre el artículo primero—primero y único—de aquellas reformas: bastaba con desmontar a M. Fabre y con substituirle por M. Jacques Copeau. A partir de julio, la campaña adquirió las proporciones de un movimiento envolvente. M. Lucien Dubech, M. J. Kessel y "tutti quanti" dieron comienzo en cien diarios a los trabajos de zapa. M. René Benjamín, prestigioso artillero, inició desde el "Figaro" el bombardeo para derribar la posición de M. Fabre. Por último, al grito de "Copeau, Copeau" ciento cuarenta escritores ilustres, actores, pintores, músicos célebres, emprendieron el asalto final en toda la línea. El "tío Fabre", personaje ducho y que dispone de sólidos puntales, se atrin-

cheró en su despacho tras el decreto de Moscú y la protección de montones de cartas de recomendación llegadas allí desde todos los horizontes de la política. Ha resistido hasta el momento, y la crisis de sucesión comenzó en el gobierno antes que en la Casa de Molière.

¿Quién es, pues, M. Fabre? Muchos lo han olvidado ya. Sus triunfos teatrales datan de antes del Diluvio, puesto que son de antes de la guerra. Se trata de un hombre experimentado que vió transcurrir su juventud en los estudios sombríos de abogados y procuradores. Se dejó llevar luego por su vocación de autor dramático y escribió obras buenas, de un realismo algo limitado, como "Ventres Dorés", que logró un sólido éxito. Honesto en materia de finanzas, se muestra más "elástico" en las demás cuestiones. Sabe prometer y no cumplir. Y si esto no es moralmente perfecto, resulta administrativamente necesario, porque hay que estar en antecedentes de la situación poco envidiable que el decreto de Moscú origina al administrador, colocado entre el yunque de los comienzos y el martillo del Gobierno.

El administrador de la Comedia Francesa no es el director de ella nombrado por el Estado. Representa a éste ante la sociedad de artistas que rige nuestro primer escenario. La asamblea de socios es quien contrata a los pensionistas, es decir, recluta la compañía, reparte los beneficios, elige el repertorio, distribuye los papeles y acuerda los permisos. El representante de la República no puede alzarse contra estas decisiones. Pero como está allí para realizar la voluntad ministerial, tiene que derrochar astucia, rodear los obstáculos, buscarse colaboradores. Le es, pues, necesario empezar por asegurarse unas cuantas amistades a toda prueba entre los socios influyentes, a fin de que éstos puedan ga-

Fachada del edificio de la Comedia Francesa



M. Emile Fabre, administrador de la Comedia Francesa



Entrada de la Comedia Francesa

narle en un momento crítico los votos de sus camaradas. Prácticamente, el administrador se ha convertido en un

RENE DE SAINT FLORENT

(Para LA NACION)

PARIS, diciembre de 1929

resorte del mundo político cerca de una entidad infestada de privilegios y de cartas de patente. Necesita, en consecuencia, suavizar el espíritu de independencia y las pretensiones autonomistas. Fácil es darse cuenta de que tamaño preocupación le deja poco tiempo libre para ocuparse de la escena y de los intereses generales de la Comedia. M. Fabre, político diestro, sucumbe a las exigencias de su doble misión: mientras triunfaba como compositor, fracasaba como administrador. La crisis artística, la crisis financiera y la crisis moral hacían de las suyas, en tanto que M. Fabre se esforzaba en imponer a la Sociedad de Comediantes el concurso de las jóvenes protegidas de nuestros viejos hombres de Estado.

Cierto que hay ministros íntegros y que no es M. Poincaré quien "lanza" a las ingenuas. Pero es ya tradición que, gracias al derecho de vigilancia del Estado, aquellas que experimentan debilidad por los poderosos hallan un suplemento de talento—y de seducción— en sus capitulaciones sucesivas a veces. Les basta con elegir bien a quien dirigirse. Además, el ministro de Instrucción Pública conserva a su disposición una parte de los beneficios—la parte del ministro—cuyas doce dozavas no son concedidas más que al cabo de un asalto parlamentario capaz de oscurecer la lucha, homérica, sin embargo, por el Presupuesto del Estado. Esas buenas gentes, diputadas y se-

nadores, que no se muestran irreductibles en todos los terrenos, quieren dejar bien sentado en éste, por lo menos, el valor esforzado de su brazo. Hay que distinguir, pues, entre nuestras comediantes las que han entrado y las que fueron introducidas. Se ha constituido una camarilla de favoritas, menos desagradable de contemplar que de oír. Algunas de ellas tienen, incluso, talento y muchas se contentan

con tener influencia. Ceimena quiere conducir la nave del Estado y se presenta en las sesiones tormentosas de la Cámara del mismo modo que la Bella Elena en los reductos de Troya. Más modesta, Agnès se limita a dirigir a un senador que votará de acuerdo con sus deseos si sabe decirle, urdiendo un mohín irresistible:

...le petit chat est mort...

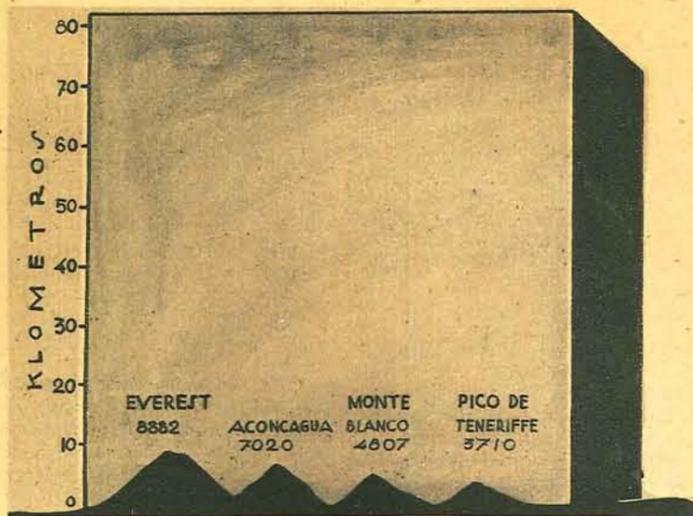
Todo París conoce a la bella social que reinaba en el interior, en el último gabinete, y a la coqueta Egeria de los Negocios Extranjeros, y a la Musa de la Agricultura. La caída de un ministerio causa, a buen seguro, tanta impresión en el Salón Blanco de la Comedia Francesa como en el Salón de la Paz del Palacio Borbón.

Las favoritas han contribuido en todas las épocas a la caída de los regimenes. El del decreto de Moscú se encuentra amenazado de muerte por el empuje del favoritismo y la presión de las circunstancias. Es preciso recordar que no sólo hay actrices en la Casa de Molière, sino que también existen actores, y actores que se ven reducidos a ganarse la vida con el fruto de su arte. La situación que la Comedia Francesa les brinda es modesta en demasía, en relación con su talento y con su fama, y si se comparan sus emolumentos con los que proporcionan los teatros del Bulevar y con los que el cinematógrafo ofrece. No es, pues, de extrañar que en estas condiciones acaricien la idea de evadirse del honor costoso de pertenecer a la ilustre compañía, ni que busquen compensaciones en lejanas "tournées" o en infidelidades temporales que privan de su concurso a la Comedia Francesa durante largos meses.

¿Carece el mal de remedio? Espíritus discretos ven en M. Copeau, el hombre que rehabilitará el teatro, del mismo modo que M. Poincaré rehabilitó el franco. Sus esperanzas son, a no dudarlo, justificadas. M. Copeau es un animador y un innovador. Dió pruebas de ello en el Vieux Colombier, y hasta en su retiro de Borgoña ha realizado cosas extraordinarias. En unión de su sobrino Saint Denis organizó una compañía de aficionados y recorrió las granjas de las aldeas representando misterios, en los que la luz de la luna hacía las veces de batería eléctrica de escena. Jacques Copeau logró convertir al Vieux Colombier en uno de los teatros más originales del mundo, no tanto por la excelencia de todas sus iniciativas como por su amor al arte teatral, por su fe convincente que promueve el desinterés. Lo que falta precisamente en la Comedia Francesa es desinterés, teniendo en cuenta que se reparte allí más gloria que dinero. El desinterés, sin embargo, no es lógico más que cuando se refiere a un ideal realizable. No es posible exigir sacrificios más que a aquellos a quienes puede ofrecerse a cambio un objetivo digno de apoyo. M. Fabre no tenía nada que realizar ni podía, por consiguiente, ofrecer objetivos ni exigir sacrificios. M. Copeau está en condiciones de fanatizar, de arrastrar tras de sí a su compañía, de resucitar, en fin, al ilustre cuerpo sin alma.

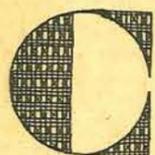
¿Pero—preguntan los escépticos—logrará aquello que hizo triunfar a una compañía joven, la del Vieux Colombier, la misma suerte en una casa en la que el abuso busca auxilio en la tradición para mantener la rutina? ¿Conseguirá el animador transformar costumbres tales y modificar al público, un poco momificado, que cubre el abono de la Comedia Francesa, público noble pero un tanto frío para apreciar la llama?

La dificultad es, ciertamente, inmensa, y el combate difícil. Mas la primera merece ser abordada y el segundo empuñado hasta la victoria.



LA ATMOSFERA Y SUS "GASES RAROS" POR ALPHONSE BERGET

(Para LA NACION) PARIS, diciembre de 1929.



CUANDO el hombre quiso darse cuenta de los espectáculos de la naturaleza y trató de comprenderlos, la primera tendencia de su espíritu, en presencia de fenómenos nuevos, fué contentarse con las explicaciones más sencillas.

Es a causa de esta orientación natural del espíritu humano que, desde la más remota antigüedad hasta el siglo XVIII, se admitía que la composición del universo se reducía a cuatro elementos, constituyentes de todas las cosas, y que eran la Tierra, el Agua, el Aire y el Fuego. Y durante siglos se discutió al respecto, más bien con razonamientos y disertaciones que con hechos positivos. Pero al final del siglo XVIII, el ilustre Lavoisier, el creador de la química moderna, introdujo en los trabajos de laboratorio la precisión experimental. Con ayuda de la balanza y de su testimonio irrefutable, demostró que el aire, considerado hasta entonces como un elemento simple, estaba compuesto por la yuxtaposición, por la coexistencia de otros gases que eran realmente cuerpos simples y a los que dió los nombres de oxígeno y de ázoe. Las proporciones de estos dos gases eran, aproximadamente, de 1 y 4, lo que cabía dentro de la ley de sencillez, que era sostenida a pesar de todo.

Durante todo el siglo XIX se enseñó, pues, que el aire atmosférico, que el aire que respiramos, está compuesto de 21 partes de oxígeno, de 79 partes de ázoe, con rastros de ácido carbónico, de gas amoníaco y de gases sulfurosos, a título de impurezas.

Pero, hacia el final del siglo pasado, dos químicos ingleses, mercedamente ilustres, Lord Rayleigh y sir William Ramsay, hicieron un descubrimiento que debía revolucionar nuestros conocimientos en la materia.

Estos dos sabios, en vista de trabajos que requerían bases de la mayor precisión, habían determinado la densidad de varios gases, y especialmente del oxígeno y el ázoe. Pues bien, notaron, respecto del ázoe, que su densidad variaba según se preparara el ázoe separándolo del oxígeno del aire o que se lo obtuviera extrayéndolo de uno de sus compuestos. Atribuyeron primero estas diferencias a errores de experimentación, siempre posibles, pero la seguridad de su método de trabajo, la persistencia con que se mantenía este inesperado desacuerdo les permitió rechazar

El peso de la atmósfera puede representarse, como equivalencia, por el de un cubo macizo de cobre rojo de más de ochenta kilómetros de lado. Las montañas dibujadas a la misma escala, que figuran en el gráfico, dan idea de las enormes dimensiones que alcanzaría dicho sólido

esta explicación, y en presencia de este hecho nuevo se sorprendieron.

Ahora bien, nuestro gran Pasteur ha dicho: "Saber sorprenderse a tiempo es el primer paso dado en el camino del conocimiento."

Los dos sabios ingleses dieron este paso; avanzaron audazmente por la vía inexplorada que se abría ante ellos. Tuvieron la suerte y la gloria de descubrir que, además del oxígeno y del ázoe, el aire contenía un nuevo gas, al que, en razón de su inercia química, dieron el nombre de argón. Demostraron, además, por medio del análisis espectroscópico, que ese nuevo gas era, como el oxígeno y el ázoe, un cuerpo simple, y que existe en el aire que respiramos en la proporción de un centésimo.

Alentados por este primer éxito, Lord Rayleigh y sir William Ramsay fueron aún más lejos. Se acababa de descubrir el procedimiento para licuar el aire atmosférico, y se les ocurrió la idea de aplicarlo al nuevo gas que acababan de descubrir. Fabricaron, pues, argón líquido y destilaron el líquido obtenido por medio de destilaciones sucesivas, como hacen los perfumistas cuando quieren separar las distintas esencias contenidas en una mezcla. Y tuvieron el nuevo mérito de descubrir la presencia en el aire de cuatro gases, cuya existencia ni siquiera se sospechaba: eran el neon, el xenon, el krypton y el helium, que demostraron eran cuerpos "simples", gracias al análisis espectral de sus luces. También demostraron que el aire contenía una ínfima cantidad de hidrógeno.

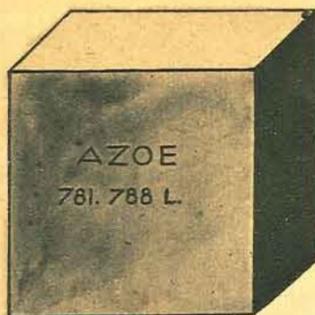
La dosis de estos gases contenidos por la atmósfera es extremadamente pequeña: para dar una idea de esto, nos valdremos de una comparación material.

Imaginemos un cubo de 10 metros de costado: contendría, por consiguiente, un millón de litros. Supongamos ahora a ese cubo lleno de aire: he aquí el resultado que obtendríamos:

En este millón de litros habría 781.788 litros de ázoe, 208.700 litros de oxígeno, 9400 litros de argón, 10 litros de neon, 1 litro de krypton, 1 litro de helium, una vigésima de litro de xenon y alrededor de un litro de hidrógeno (fig. 1).

Tal es, en el estado actual de los conocimientos, la composición del aire atmosférico.

Esos gases, cuya proporción es tan escasa, han sido bautizados exactamente con el nombre de "gases raros". Su estudio científico ha sido hecho con



remarcable precisión por el profesor Ch. Moureu, que la muerte acaba de arrebatarse a la ciencia. El ilustre químico demostró que sus proporciones relativas eran absolutamente constantes; dedujo de esto que, gracias a su inercia química, pudieron pasar indemnes por los diversos cataclismos de que la Tierra ha sido teatro en el curso de la larga historia de su pasado geológico, y veía en ellos "testigos indiferentes y respetados" de todas las vicisitudes a que nuestro globo terrestre ha sido sometido sucesivamente a través de la serie de los tiempos pasados.

Pero la escasez de estos gases, que hizo de ellos en un principio sólo un objeto de curiosidad científica, no detuvo a uno de los investigadores más audaces de nuestra época, el ingeniero Georges Claude.

Es sabido que fué él quien creó en Francia la industria del aire líquido, que se ha vuelto de extraordinaria importancia, gracias a las numerosas aplicaciones que se hacen hoy de él. Georges Claude es un "audaz": se propuso utilizar la inercia química de los gases raros del aire. Para esto, gracias a sus poderosas usinas en que se fabrica aire líquido en gran cantidad, pudo obtener por medio de la destilación, el argon, en calidad de "subproducto". Y entonces apareció, como consecuencia lógica de los trabajos de laboratorio, la aplicación industrial inesperada, triunfante y fecunda, como va a verse en seguida.

Antaño, en las ampollas de vidrio que constituían nuestras lámparas eléctricas incandescentes, se hacía el vacío más perfecto posible a fin de disminuir el desgaste inevitable del filamento de metal. Claude comprobó que, si en lugar del vacío completo se dejaba en las ampollas una pequeña cantidad de argon, la duración de la lámpara aumentaba, al mismo tiempo que era mayor su poder lumínico. Así nacieron las lámparas "medio-watt", que han señalado un progreso tan importante en la industria del alumbrado eléctrico.

Pero el argon no goza el solo del privilegio de tener aplicaciones prácticas; el neon, bien que su proporción en el aire sea infinitesimal, va a representar también un papel en la industria de la iluminación: bastará para esto utilizar la curiosa propiedad que posee de dejarse atravesar fácilmente por los efluvios eléctricos. Un tubo de vidrio lleno de neon que contenga un poco de mercurio se vuelve luminescente si se lo agita en la oscuridad; esta luminiscencia es debida a la débil electrificación producida por el mercurio en las paredes del tubo.

Tras de esta observación vino muy luego la aplicación, demostrando en seguida toda su importancia.

Se llenaron de neon unos tubos de vidrio en que previamente se había hecho el vacío, se les colocó en cada extremo un hilo metálico en comunicación con una fuente productora de corriente eléctrica alterna, haciendo pasar esa corriente: entonces se vió al tubo lleno de una admirable luz de tinte rojo anaranjado. Esta luz está suplantando hoy a todas

Proporciones relativas de los volúmenes de ázoe, oxígeno y argón contenidos en mil litros de aire

las otras que sirven de muestras y de publicidad luminosa, que iluminan, alegrándolas, a nuestras calles, avenidas y plazas públicas. Es también mediante procedimientos de Georges Claude que se hace la extracción de este gas rarísimo, aprovechando los residuos de la destilación del aire líquido.

El krypton y el xenon parecían hasta ahora destinados a escapar a toda tentativa de utilización, a causa de su gran escasez en el aire, pero se les ha encontrado una, y muy inesperada.

Siempre destilando aire líquido, Georges Claude consiguió extraer todos los días varios litros de estos dos gases. Observó que el xenon tenía una densidad cuatro veces mayor que la del aire atmosférico y que, además, era "opaco" para los rayos X, que no lo atravesaban sino difícilmente, con tanta dificultad como a los huesos del cuerpo humano. Es posible, pues, utilizarlo para explorar, por medio de la radiografía, las cavidades del cuerpo, como el estómago y los intestinos. Hasta aquí era preciso introducir en ellos papillas bismuradas que las volvían opacas; ahora, insuflar en ellas xenon es cosa mucho más sencilla y menos desagradable.

Y, para terminar, hablemos del helium. Téngase en cuenta que el helium es un gas "aparte", un ser singular, por decir así.

El helium es, en efecto, junto con el hidrógeno, el punto de partida de la formación de todos los átomos, sean cuales fueren. Todos los cuerpos de la naturaleza son el resultado de la agregación, de la "integración" de los átomos de estos dos gases, que al unirse, según disposiciones dinámicas diferentes, dan origen a los átomos de los otros cuerpos. Y cuando éstos se descomponen espontáneamente, como les sucede a los cuerpos radioactivos análogos al radio, el helium es el producto de sus migraciones.

Ahora bien, el profesor Moureu ha demostrado que las fuentes que brotan del seno de la tierra, particularmente las de petróleo, son radioactivas: deben, por lo tanto, desprender helium.

Eso es lo que ha confirmado victoriosamente la experiencia.

En los Estados Unidos y en Méjico se ha organizado la extracción del helium de los pozos de petróleo, y hasta se lo extrae en cantidades suficientes para que se le pueda almacenar, por compresión, en botellas de acero, de las que sirven para hinchar los gigantes dirigibles del género de los zeppelines. El helium es seis veces y media más liviano que el aire; pero, al revés del hidrógeno, cuya inflamabilidad constituye un peligro permanente, el helium no arde. Su empleo para llenar las aeronaves se imponía, a pesar de su alto precio, porque asegura a este respecto condiciones de completa seguridad para los inmensos barcos aéreos.

De modo que un gas que no existe en el aire más que en la dosis de un millonésimo, y cuyo dosage era ya una proeza científica, es ahora preparado industrialmente y se ha vuelto uno de los factores de la navegación aérea. Este ejemplo bastará para demostrar cuán importante es para la industria el trabajar en colaboración con los sabios, así como la necesidad de que exista una estrecha alianza entre la Usina y el Laboratorio: este es el huevo en que se incuban los descubrimientos, cuya explotación industrial es la fortuna de aquélla.



LA JUVENTUD DE SUS DIENTES depende de su esmalte.

Esmalte intacto, dentadura joven. El dentífrico de confianza es

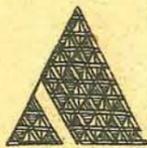
Limpia con suavidad de esponja, sin rayar el esmalte.

PERFUMERÍA GAL Madrid-Buenos Aires.



DENS
Tubo \$ 1,25^{m/n}

UNA VIDA EJEMPLAR PABLO SCHÜTZENBERGER



CABA de cumplirse el centenario del natalicio de Pablo Schützenberger, acaecido en Estrasburgo.

Aunque primero orientó sus estudios hacia la medicina, pronto se apercibió de que sus predilecciones eran la química, dominio en que llegó a brillar entre la falange de sabios que extendió por el mundo el prestigio de la ciencia francesa y particularmente la gloria de Alsacia, que también los viera nacer: Wurt, Friedel (ilustres colegas con quienes trabajó Schützenberger en la Universidad de su ciudad natal), Gerhard, Halle y Le Bel, nombres que forman una lista de campeones de la resurrección de la "teoría atómica", hoy dominadora absoluta del campo científico después de vencer adversarios tan formidables como Berthelot, el propulsor de la química orgánica moderna; Fremy y Sainte-Claire Deville, que pusieron al lado de la potencia extraordinaria de su cerebro, la autoridad y elevado prestigio que gozaban en el sostenimiento de la "teoría de los equivalentes".

Schützenberger consagró su vida entera a las especulaciones químicas, profesando sucesivamente como catedrático de química en la Escuela Superior de Ciencias de Mulhouse, que orientó en forma brillante, cuando sólo contaba 24 años de edad; más tarde fué director adjunto del laboratorio de la Sorbona, primeramente con Dumas (desde 1860) y luego del ilustre descubridor del bromo, Balard, a quien reemplazó cuando falleció en la cátedra de química mineralógica del Colegio de Francia. Ocupó también la dirección de la Escuela Municipal de Física y Química de París, que organizó de modo semejante a lo que había hecho con la de Mulhouse y quedó a su frente desde la fundación hasta 1882; entre sus múltiples dotes, puede destacarse su acierto organizador, patentizado en la elección de colaboradores: baste recordar que entre los primeros llamó a su lado a P. Curie; fué Schützenberger el creador de los laboratorios de fisico-química y quien llevó la institución al alto nivel que hoy ostenta.

Habiendo comenzado su carrera desde muy joven, pudo obtener en los albores de su plenitud las más altas distinciones, lo cual acentúa su relieve. Y por tratarse de una personalidad de prístina pureza, se impone su análisis a las variadas concepciones filosóficas, resultando de ello que reunió únicamente las buenas condiciones que caracterizan al genio. Schützenberger no fué un neurótico o epiléptico, como Lombroso considera al hombre genial, ni el aspirante a la soledad de Schopenhauer, justificando en cambio con sus hechos a Joly: "el hombre de genio se ocupa más en hacer que en preguntarse cómo hace", como también a Bacon, el cual cree al genio dotado de una gran paciencia. Dejemos por último, hablar a algunos de sus innumerables discípulos, algunos de ellos ilustres maestros hoy: J. Lafargue, en ocasión de la muerte del maestro y G. Urbain el año pasado, desde la presidencia de la Sociedad Química de Francia con motivo de la inauguración de un busto del sabio en la Universidad de Estrasburgo mientras se celebraba el Congreso de Química Industrial, recordaron su natural bondad, su tolerancia y benevolencia para los que cometían faltas; que ayudaba sin descuidarlos un minuto, tanto a sus alumnos como a sus ex alumnos, repitiendo sin cesar: "Sólo la experiencia hace al químico"; era un vivo ejemplo para todos: "Lo admirábamos como únicamente se sabe admirar cuando se tienen 20 años; y los mejores ambicionaban secreta-

mente imitarlo. Sabíamos que de día trabajaba en el laboratorio en los momentos en que no profesaba en el anfiteatro, y de noche estaba en vela hasta muy tarde, concretando sus ideas en escritos que habrían de resumir la ciencia de su tiempo", ha dicho Urbain. Una sonrisa de la cual él poseía el secreto, animaba todas las buenas voluntades; había que ver su alegría cuando uno de sus alumnos obtenía éxito en una operación poco común: su faz se iluminaba y pronunciaba una breve frase: "C'est bien!" mientras la emoción se reflejaba sobre su voz, recuerda Lafargue. Y aun desde las tareas directivas no perdía nunca su natural bondad, pues todo pedido de sus alumnos era cariñosamente acogido y por ello todos ansiaban, una vez egresados, concurrir a las fiestas del instituto para volver a escuchar su palabra y consejos.

De su acendrado patriotismo da idea el grave resentimiento que le causara el ver transferida su querida Alsacia, donde había pasado sus primeros años, a poder extraño. Era hijo de un antiguo alcalde de Estrasburgo.

El verdadero hombre de laboratorio, que todo lo experimenta, reunía en sí al profesor eminente, que sabe atraer al auditorio no sólo por su lucidez y claridad de exposición, sino por el ascendiente irresistible ejercido sobre sus alumnos, que lo respetaban en absoluto por lo mucho que lo querían y porque, si igual que Wurtz, sabía provocar con sus enseñanzas, irresistible vocación.

Como profesor, en su curso de química orgánica asombraba con sus explicaciones de los cuerpos más complicados o usando teorías propias sobre repartición de las valencias, por ejemplo, que aun hoy apasionan a los estudiosos, yendo a culminar en la mayor admiración cuando en la enseñanza del tinte y materias colorantes, igualmente abordaba con dominio completo su teoría, como iniciaba a sus alumnos en detalles de procedimientos empleados en la industria, con muestras tan reveladoras de que poseía todos los secretos, que muchos de aquellos alumnos constituyeron después una falange de distinguidos químicos industriales que se diseminaron por los más importantes laboratorios e industrias de su patria.

Schützenberger, con estos valores raros en el hombre de genio, entre los que resaltaba su extremada bondad, se tornaba sobremanera audaz por sus ideas, cuya pujanza lo llevó a adelantarse en casi todas las ocasiones a su tiempo, siendo luego ampliamente ratificado. Su intuición poderosa, realizada hoy por la confirmación de todas sus ideas, sobresale más cuando se la compara con las teorías o experiencias posteriores, algunas obtenidas después de su muerte. A este respecto puede citarse el empeño de Schützenberger en hallar en el platino un sustituto del carbono, no obstante hallarse éste colocado en todas las clasificaciones de aquel tiempo, muy distante del primero: las ideas actuales de Werner sobre complejos, las acciones termodinámicas que rigen a los compuestos del carbono y los derivados cobálticos y platínicos, justifican su preclara visión y aunque el autor no dió sus razones, corresponde desechar en él la idea de un tanteo a lo que resulte para ver de alcanzar un fin preconcebido, para dar paso a su segunda visión científica, afianzado este convencimiento con el antecedente de ser el primero en describir algunas sales y la amida del platino-carbonillo, aminas y éteres

de los ácidos platino-fosforosos.

Su primer trabajo de nombrada fué la tesis que sostuvo en la Sorbona cuando contaba 34 años: para él lo clásico hasta entonces de la sustitución de un metal por otro en una sal, era una verdadera puerilidad: en dicho trabajo mostró que se puede substituir un elemento o radical electro-positivo por otro de signo contrario, y con tal motivo describió un acetato de iodo, sulfocianuro de silicio, de fósforo y arsénico, sulfato de ácido hipocloroso y diversos compuestos del ácido acético. Aunque esto se interprete hoy de otra manera, representó para su tiempo el gran atrevimiento de atacar en sus últimos baluartes a la idea del dualismo con la cual el célebre Berzelius había dominado la química por espacio de medio



PABLO SCHÜTZENBERGER

siglo, no pudiendo ser vencida 20 años antes por Dumas con la suya de las substituciones, que sólo se consideró válida para la química orgánica. El empuje de las ideas de Schützenberger, reforzado con las de Wöhler y Berthelot sobre síntesis orgánica, consiguió afianzar el convencimiento de la no existencia de una "fuerza vital" actuante en la formación de los compuestos orgánicos, considerada distinta a la "afinidad" en la edificación de los inorgánicos, dejando de esa manera borrada la separación que se pretendía ver entre ambas clases de combinaciones, que sólo se admite hoy con fines didácticos.

Otra faceta del sabio se presenta en la revisión de asuntos considerados definitivos: ¿quién habría de admitir la posibilidad de obtener nuevos compuestos oxigenados del azufre aparte de los clásicamente conocidos y agotados ya por los estudiosos? A nadie había interesado ir más allá de lo observado por Schönbein: el hierro y el cinc se disuelven en una solución acuosa de ácido sulfuroso sin desprender hidrógeno y el líquido amarillento resultante tiene una marcada acción reductora y blanqueante (más intensa todavía que la del anhídrido sulfuroso) sobre todo frente al indigo. Schützenberger estudia este caso y llega a descubrir un nuevo compuesto: el ácido hidrosulfuroso que se hace presente por sus sales, pues se descompone fácilmente. Llega más allá su agudeza respecto del nuevo compuesto que descubre: busca de aplicarlo y así, secundado por Gérardin, estudia la acción que sobre él ejerce el oxígeno del aire; prosigue y junto con Risler lo aplica al

oxígeno disuelto en el agua y finalmente, con la colaboración de Quinquaud, al estudio de la respiración de los vegetales acuáticos sumergidos. Por último, el mismo reductor es utilizado en análisis de aire o mezclas de gases, para extraer todo el oxígeno.

Dentro de la química mineral presentó muchas memorias aparte de las que se refieren al oxígeno, historia del níquel y su volatilidad, del carbono en la fundición, compuestos carbosilícicos. En los últimos años de su vida torna con gran empeño a la búsqueda de los metales de la cerita, cuya historia escribe, pasa a las arenas monacitadas y con la contribución de Boudouard estudia el grupo ytrico en dichos minerales.

Su racionalismo lo llevó a afirmar que en aquel entonces los químicos consideraban con un mismo nombre, átomos que tal vez fueran de substancias diferentes muy poco unas de otras, con ligeras variantes en su peso atómico y esto ha sido más tarde plenamente comprobado con el descubrimiento de los isótopos.

En química orgánica la constitución de los petróleos, condensación de varios gases carburados por influencia del efluvio, hechos relativos a la historia del carbono. Aplicado su saber a la rama biológica, determina el poder oxidante de la sangre, respiración orgánica, hace múltiples observaciones sobre la levadura de cerveza que luego reúne en su tratado sobre fermentaciones, junto con las otras conocidas: butírica, láctica, amoniacal, etc.

Encarñado con el tema de los albuminoides, se contrae por espacio de más de 15 años, en su mayor parte, a aplicar el método experimental — único que acepta y que había conducido a Chevreul al descubrimiento de las grasas — buscando de desmontar el complicado edificio de la molécula proteica, para lo cual debía comenzar por elegir el agente hidrolizante capaz de ir extrayendo, por así decir, pieza por pieza y sin alteración, las moléculas cada vez más simples que originan aquel conjunto. Los reactivos empleados por toda una generación de químicos alemanes como Erlenmeyer, Schäffer, Drechsel, Kossel y Fischer, resultaban demasiado enérgicos; en cambio, el hidrato de bario le permitió obtener productos de desdoblamiento factibles de cristalizar. Experimentó con albuminas propiamente dichas y las llamadas colágenos y derivados: oseína, gelatina, ictiocola, tejido cartilaginoso, lo mismo que epidermis, pelos, lana y seda. Para esta última demostró que, siendo del tipo albuminoide, se diferencia en que da por hidrólisis tirosina y glicocola pero no leucina.

En una conferencia magistral, pronunciada en la Sociedad Química de París, a mediados de 1886, hizo un resumen de sus resultados y comprobaciones, mereciendo recordarse la relación entre el amoniaco y el bióxido de carbono obtenido en cualquier albuminoide, que es constante aunque varíe su proporción. Entre los productos que después separa por disolventes neutros apropiados, cristalización y otras operaciones, se tiene tirosina, ácido hidrocumárico; de una manera constante se cuenta una úrea, una oxamida, una acetamida, dos cuerpos azoados: blucoproteínas con diez y siete átomos de carbono, susceptibles de pasar a ácidos propteicos e hidroproteico y luego a leucinas y leuceínas; a expensas de los oxiacidos se puede también formar fácilmente bases cíclicas hidropirrólicas. Descom-

puesto así el proteico en compuestos nuevos o ya conocidos y hallada su composición, sólo queda por averiguar su modo de unión dentro de la molécula por intermedio de sus nitrógenos o radicales aminicos, carbonilos o carboxilos, lo que determinará que se puedan clasificar estos compuestos — dice Schützenberger — que forman la base del organismo viviente.

En este capítulo Schützenberger edifica su propio monumento, pues en pocos años consigue resultados no logrados por varias generaciones de químicos.

Corresponde agregar a tanta suma de trabajo, la atención simultánea de funciones tan delicadas como la de miembro de las Academias de Ciencias y Medicina. Su nombre fué votado por unanimidad por la sección de Química de la primera para sucesor por muerte de Balard y posteriormente reemplazó por la misma causa a sus insignes colegas Regnault, Wurtz y Debray. Junto con el conocido analista Troost el Ministerio de Finanzas lo designó para la comisión de control de la circulación monetaria.

Al lado de sus frecuentes comunicaciones a las academias científicas están sus obras que tratan temas generales profundos personalmente por él: en los siete tomos de su "Química mineral" deja esbozadas cuestiones que no pudo estudiar a manera de testamento científico para que sus sucesores las desarrollen; después de su muerte (1898), su colaborador Boudouard reúne en un volumen sus lecciones de química general, basadas en los más modernos conceptos de la fisicoquímica. En 1864 había publicado "Química aplicada a la fisiología animal, a la patología y al diagnóstico médico"; "Las fermentaciones", de 1875 a 1896 llegan a seis ediciones, siendo la obra de sus preocupaciones juveniles al despertar su curiosidad e imaginación frente a la fabricación casera de cerveza. Escribió también un tratado de materias colorantes (1866), "Rol del ácido hipocloroso en química orgánica, etc."

Originalidad como la del maestro fué hallada tan sólo en Mendeleeff desde los tiempos de Lavoisier: el plan de su tratado de química es distinto a todos los de sus antecesores y rompe con la tradición secular, sacando del dominio exclusivo de la química orgánica a las funciones para llevarlas a la química entera; dicha obra se remata en una revisión entusiasta de las teorías de la incipiente fisico-química cuya importancia y porvenir deja entrever.

Murió el 26 de junio de 1897 en Mézy (Seine-et-Oise), a causa de una breve enfermedad, cuando aun, según expresó Berthelot, se podía esperar que viviese mucho. El pesar causado entre sus alumnos se patentizó en las lágrimas que afloraban a los ojos de los que ya no lo verían más, cuando el modesto cortejo (según su voluntad) acompañaba sus gloriosos despojos hasta el lugar del eterno descanso.

Los amigos y antiguos alumnos de Schützenberger, para celebrar dignamente su centenario han constituido un comité con el patrocinio del presidente de la República. Este comité ha abierto una suscripción internacional para cubrir los gastos de las ceremonias y con el principal objeto de invertir sus rentas en la institución de bolsas de investigación científica o premios a distribuir por un comité rigurosamente independiente; dicho comité ha creído así conjurar la crisis de reclutamiento que aqueja actualmente a los laboratorios científicos, amenazando a la vez el desarrollo de la ciencia francesa y la calidad de los futuros planteles de enseñanza superior de la química.

DALMIRO
CORTI

EL DIARIO DEL PAPA



N los últimos días de este mes se efectuará en Roma un hecho que parece exento de importancia y que tiene, por el contrario,

rasgos de profunda significación. Me refiero al traslado del diario "L'Osservatore Romano", que de una de las calles de la capital va a instalarse dentro de los límites del nuevo Estado de la Ciudad Vaticana. En otros términos, "L'Osservatore" —si bien vivía una vida "sui generis" bajo el ojo tutelar de la Santa Sede, podía, sin embargo, considerarse italiano, porque se imprimía en territorio italiano—se vuelve un diario extranjero. Pero en la práctica, ¿qué sucederá? Verosímilmente nada importante. Se cree, en efecto, que "L'Osservatore Romano" podrá salir libremente del Estado pontificio y ser vendido como antes, por las calles de Roma y en moneda italiana sin tener que recurrir a los "baiocchi" papales. Y aun sin que entre en los límites del Estado italiano, los romanos podrían ir a comprarlo en la plaza de San Pedro, cuya posesión ha sido dada a la Santa Sede, pero cuya policía, según el Concordato, es ejercida por Italia.

Que la importancia del acontecimiento sea más teórica que práctica, lo confirma el hecho de que la circulación de "L'Osservatore Romano" ha sido siempre muy limitada, siendo parco en noticias y en servicios originales, tanto que los mismos católicos siempre han preferido la hoja matutina "Il Messaggero" o cualquier diario católico no oficioso y, por lo tanto, bastante libre en su función informativa. Pero también a este respecto conviene dar algunos datos. Antes de la afirmación del fascismo como régimen totalitario, existían en Italia numerosas hojas católicas, las cuales se diferenciaban por el distinto grado de tendencias. Así, por ejemplo, los diarios del Partido Popular eran adversos al fascismo; pero, con la consolidación de éste y con la consiguiente disolución del Partido Popular, algunos de esos diarios dejaron de aparecer, otros sufrieron profundos cambios internos, transformándose en órganos del Centro Nacional Católico, que, como es sabido, se ha adherido al fascismo. Había, por último, algunos diarios intransigentes o revistas influenciados por la Compañía de Jesús, como, por ejemplo, "La Unitá Cattolica", de Florencia, y "La Civiltá Cattolica", de Roma.

L'OSSERVATORE ROMANO

GIORNALE QUOTIDIANO POLITICO RELIGIOSO
 Anno XXXI - Roma - Domenica 19 Febbraio 1929

Hoy la situación de esta prensa católica "di spalla" es la siguiente: las condiciones financieras de los diversos diarios católicos de provincias están lejos de ser florecientes y varios de ellos se encuentran en vísperas de cesar su publicación; el mismo "trust" de los diarios que representaban al Partido Popular, y que luego se convirtieron al fascismo, se ha derrumbado, y hasta ha perdido a su órgano principal, el romano "Corriere d'Italia", que desde hace un mes no se publica más a causa de dificultades financieras. También la "Unitá Cattolica", de Florencia, después de la muerte de su director, Dr. Calligari, ha dejado de aparecer, y la revista "La Civiltá Cattolica", de Roma, privada de su batallador director, el padre Rossa, que la Santa Sede ha enviado en misión a España, se dice que atenuará de aquí en adelante el tono de su política.

"L'Osservatore Romano", fundado en 1860, no tuvo en un principio carácter de órgano oficial de la Santa Sede, pero era oficioso, y su primer director era un buen noble romano, el Marqués de Baviera. Sin embargo, Giacomo Antonelli, cardenal secretario de Estado de Pío IX, se valió de este diario para dar informaciones que contenían el punto de vista del Vaticano, y desde entonces alguien insinuó que ese era el "órgano de la Santa Sede". Pero no era verdad, y lo comprobó el mismo Marqués de Baviera, pues encontrándose el diario en difícil situación financiera, sólo obtuvo del Vaticano muy escasa ayuda. En 1870, después de la ocupación de Roma, la publicación del diario sufrió una breve interrupción, y desde entonces comenzó a considerarse como el portavoz de las ideas y de los comunicados de la Santa Sede. Al Marqués de Baviera sucedió en la dirección otro Marqués, como el primero de reputación intachable y de perfecta ortodoxia, pero de más amplias ideas y de más largas vistas, Cesare Crispolti. La Santa Sede siguió valiéndose del diario para propagar sus propósitos y combatir a sus adversarios, pero la administración quedó por cuenta y riesgo del director propietario. En efecto, las sub-

Cabecera del antiguo órgano vaticano

venciones vaticanas no tenían carácter permanente ni obligatorio, y la marcha del diario no tardó en volverse angustiosa. Fué entonces que el cardenal Rampolla Del Tindaro, Secretario de Estado de León XIII, le escribió a Crispolti una carta en la que figuraba esta frase: "S. S. piensa que "L'Osservatore Romano" no puede morir", y le propuso la adquisición del diario por cuenta de



Conde Giuseppe Della Torre, director de "L'Osservatore Romano"

la Santa Sede. Crispolti aceptó, y "L'Osservatore" se volvió efectivamente el órgano de la Santa Sede, que delegó como administrador al Mayordomo de los Sagrados Palacios Apostólicos. En 1890, Giovanni Battista Casoni, reputado periodista boloñés, fué llamado para suceder a Crispolti. Sin embargo, se hacía el distingo de que "L'Osservatore" sólo tenía carácter oficioso en cuanto a las notas autorizadas y las informaciones; pero era opinión general que toda la parte conceptual del diario era inspirada por la Secretaría de Estado, y así lo creían las cancillerías extranjeras, como lo demuestra el siguiente episodio: Habiendo publicado Casoni, en un aniversario luterano, un artículo contra el Reformador

ALBERTO DE ANGELIS

(Para LA NACION)
 ROMA, diciembre de 1929.

alemán, diciendo todo el mal posible, sin pensar que, precisamente, se estaba tratando entre Roma y Berlín de la abolición del famoso Kulturkampf, el Príncipe de Bismarck, irritado, pidió una explicación a la Secretaría de Estado. Esta estableció la clara distinción entre el diario, en su conjunto, y la parte oficiosa; pero el canciller no se declaró satisfecho sino cuando consiguió que Casoni fuese exonerado por hablar mal de Lutero... en el órgano vaticano! En 1900 sucedió, pues, a Casoni el caballero Angelini, escritor elegante, y si bien de ideas pasadistas, hombre de vasta cultura y... de aun más vasta corpulencia. En fin, en 1920, habiendo pedido y obtenido Angelini su jubilación, la dirección fué asumida por el conde Giuseppe Della Torre. Nacido en Padua en 1885, y habiéndose doctorado en aquella ciudad, Della Torre dirigió el diario "La Libertá" desde 1910 hasta 1915; fué asesor de la Municipalidad de Padua de 1910 a 1912, año en que Pío X lo nombró presidente de la Junta Central de la Acción Católica Italiana. En 1915 fué presidente de la Junta Central de la Acción Católica Italiana, que dirigía las diversas uniones católicas de Italia, y dejaba este cargo para reingresar al periodismo cinco años después, cuando Benedicto XV le confió la dirección de "L'Osservatore", que todavía conserva.

Bajo el actual pontífice la administración del diario, ya ejercida por varios camareros, ha pasado a la Obra Cardenal Ferrari, de Milán, la que a su vez la ha cedido nuevamente a la Santa Sede, que atenderá a todos los gastos de redacción, tipografía, etc.

De la actual sede de Via Silla, en los Prati di Castello, "L'Osservatore Romano", que en sus sesenta y nueve años de vida ha tenido ya ocho residencias, pasa a instalarse en el palacio que hizo construir Pío X para las escuelas católicas de los dos sexos en Borgo Angelico, que entonces quedaba fuera del recinto vaticano, y que ahora, en razón del Concordato, queda comprendido entre los límites de la ciudad papal. El diario aprovechará el material tipográfico de la fenecida

"Unione Cattolica", de Florencia, y la tipografía será regentada por el nuevo director de la famosa Tipografía poliglota Vaticana, comendador Ciriaci, el cual goza de gran confianza en las altas esferas vaticanas y es una de las personalidades de la "Azione Cattolica".

La redacción será aumentada, y la casi totalidad de sus componentes, formada por sacerdotes, mientras que hasta hace poco tiempo la mitad de ella era laica. El diario contaba anteriormente con un redactor parlamentario, un informador político, un redactor financiero y un crítico teatral; ahora, por el contrario, las crónicas parlamentarias están reducidas a brevísimas notas; la crónica de Roma también es limitadísima, salvo en lo que respecta a los acontecimientos religiosos. En cambio, aparecen largas correspondencias relativas al movimiento católico y religioso en el extranjero; correspondencias que son directamente transmitidas al diario por la Secretaría de Estado, a la cual las envían regularmente las nunciaturas y delegaciones apostólicas. Si bien todo el diario tenga un carácter particular y exclusivo, como conviene al órgano de un gobierno y al mismo tiempo de una altísima autoridad religiosa, sus características más salientes las forman, como es natural, la rúbrica "Nuestras informaciones", en la que se registran las audiencias pontificias, los discursos del Papa y otras comunicaciones oficiales procedentes de la Secretaría de Estado y de las congregaciones o tribunales eclesiásticos, y los artículos de fondo. Estos últimos son generalmente redactados por el director y, si bien visiblemente inspirados de lo alto, no tienen nunca un carácter que implique la responsabilidad directa del Papa o del Secretario de Estado. A estos artículos les está confiada la función de glosar los discursos papales, de ilustrar las líneas directrices de la Santa Sede o de polemizar con diarios extranjeros considerados igualmente portavoces de los respectivos gobiernos.

Por el contrario, el diario tiene carácter absolutamente oficial cuando reproduce los discursos y alocuciones pronunciados por el Pontífice y que el diario publica dándole la mayor evidencia e interlineados.

También las Encíclicas son dadas a conocer sobre todo por intermedio de "L'Osservatore Romano", que las publica en primera página surmontadas por las armas papales, en la versión latina original y en la traducción italiana.

LA VIDA FUERA DEL TIEMPO

(Continuación de la pág. 3)

tes en el Tirol un padre de treinta y dos años y un hijo de ochenta y seis. El padre estaba muerto desde hacía casi un siglo, es cierto; pero también es cierto que ese largo transcurso fué suprimido por la conservación del cuerpo en el hielo.

No habiéndose producido así las descomposiciones y alteraciones que debían presentarse, aconteció con ese padre una cosa semejante a la que pasa en nuestra imaginación con los hijos que nos mueren pequeños: se conservan pequeños como eran al morir, siempre que de ellos nos acordamos en nuestra existencia adelante. ¿Murieron hace veinte, hace treinta años? No importa. Vivos en la vida y en el tiempo, esos queridos muertos infantiles tendrían ahora veinticinco o treinta años, serían hombres o mujeres, casados y ya con

hijos también. Vivos únicamente en nuestro recuerdo y saudades, se retratan dentro de nosotros como eran antes de que los perdiéramos, o cuando los vimos por última vez: saltando y corriendo alegremente en salud, o sufriendo sin culpa en la enfermedad; durmiendo rosados en la cama blanca, o pálidos en el ataúd minúsculo...

De proseguir analizando el "fait divers" tirolés, puede fantasearse todavía que si el joven al que la nieve del Tirol tuvo sepultado durante ochenta y tres años fuese libertado de ella más pronto, con tiempo para encontrar aún vivo, no a un hijo, sino al padre, éste habría de sentir la impresión, al verlo otra vez tan joven como lo había perdido, de perderlo dos veces. Y es posible también que el hijo que ahora tiene ochenta y seis años (y era, por lo tanto, un infante de treinta y seis meses cuando el padre fué apresado y muerto por la nieve), no habiendo podido guardar memoria de su padre vivo, sintiese ante el cadáver

tan joven, en cuyo rostro repercutían quizá las facciones de hijos suyos, una piedad, no filial, sino paternal.

Un hecho de esta suerte insólito hiere a las mismas raíces de nuestros sentimientos y nos arroja el espíritu en confusión. Frente a este que estamos comentando nos acordamos, naturalmente, de los prodigios de inventiva y técnica desenvueltos por los egipcios para mantener en lo posible "vivos" a sus muertos, y somos arrastrados a considerar que esos tenaces conservadores de cadáveres merecían haber tenido a su disposición, no las planicies tórridas donde nacieron, sino un clima de hielo y nieve, que les sirviese de frigorífico mortuario y los dispensase de las prácticas del embalsamamiento, tan hábiles y tan insuficientes a fin de cuentas.

La ciencia humana, no pudiendo suprimir la muerte, trata de eludirla lo mejor que sabe. La medicina, la cirugía, la higiene, prolongan o salvan millones de vidas, mas no consi-

guieron hasta ahora evitar la muerte de un solo hombre. El mismo Dr. Asuero, médico donostiarra al que se suponía capaz de curar todas las enfermedades por medio de cosquillas en el trigémino, tiene que confesar que hay enfermos incurables, que la eternidad no se encuentra en nuestras narices y que el viaje a San Sebastián no es mucho más curativo que el viaje a Lourdes. En compensación, dispo-

mos de otros progresos técnicos, emprendidos sin ninguna idea de evitar la muerte y que, en el interín, pueden darnos la ilusión de la supervivencia de muertos queridos. La fotografía, el cinematógrafo, el gramófono, son de esa índole, pues gracias a ellos conservamos fácilmente, para que nos aviven el recuerdo, la figura, las maneras y la misma voz de aquellos que perdimos y no queremos olvidar.



Kola Cardinette
 El tónico universal
 Transforma la Debilidad Física en
Energía y Vigor
 Tonifica y Sustenta

The Palisade Mfg. Co.—Yonkers New York, E. U. A.

BETTY

por C.A.Voight

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).

EL REGALO





**EL ACEITE QUE ASOMBRÓ
POR SU CALIDAD—
...y por su bajo precio:**

MANDIYU—

Por su riqueza nutritiva, su gran contenido de vitaminas fortalecedoras del organismo y su pureza, Mandiyú difícilmente será superado.

Exquisito aceite vegetal para frituras, permite la preparación de espléndidos y sustanciosos platos- saludables y atractivos- a un costo que maravilla por su economía.

Mandiyú es un aceite de fácil digestión, aspecto transparente, simpático color y que no debiera faltar en ningún hogar.

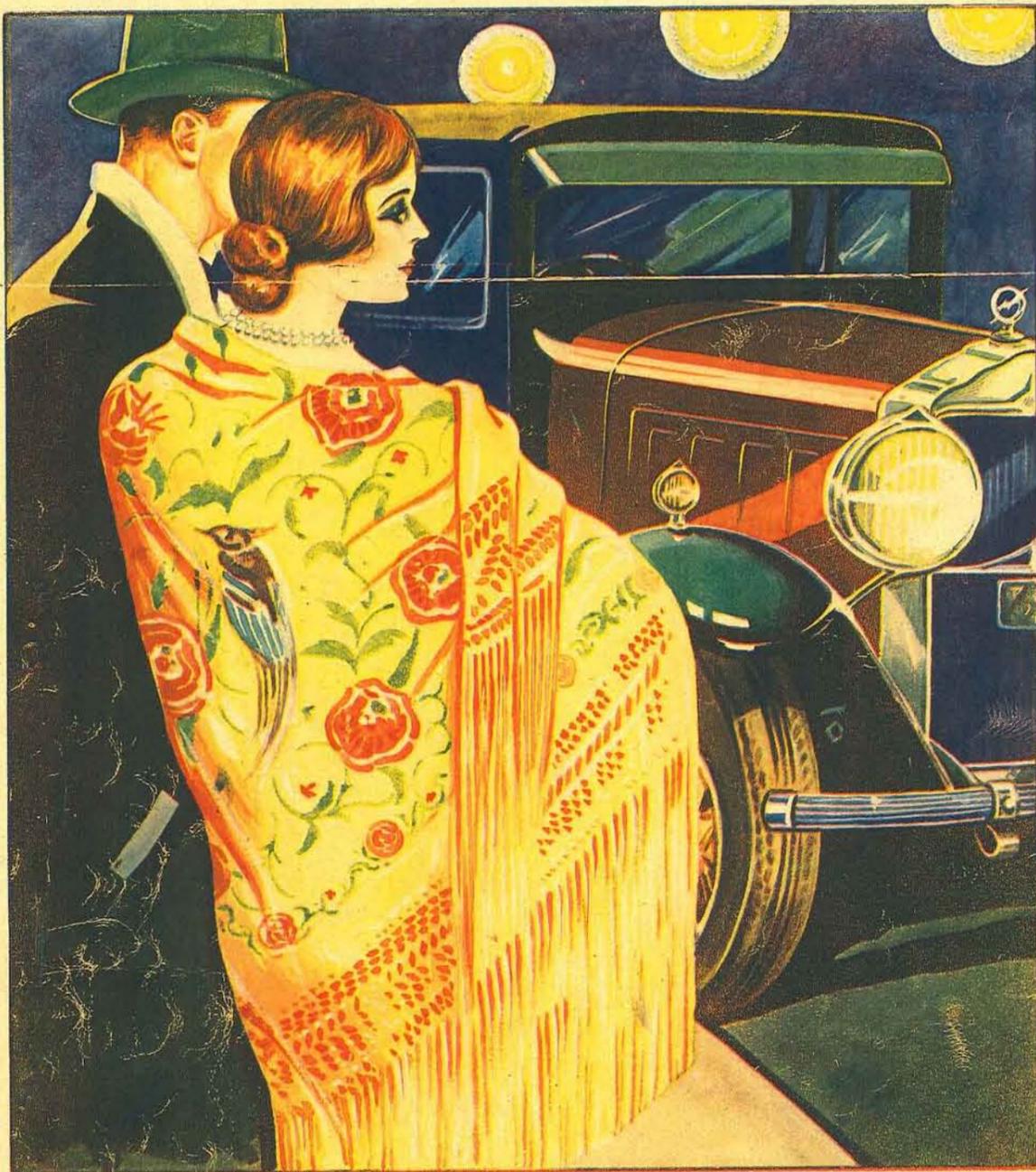
Millares de personas consumen desde hace años el aceite Mandiyú- sin saberlo- pero pagando por él un precio mucho mayor del que nosotros fijamos ahora.

Por eso le pedimos señora: no se fije en el bajo precio. Mandiyú es un aceite superior.

**Exíjalo por su
marca: MANDIYU**

mandiyú
purísimo, agradable y nutritivo aceite vegetal

por mayor: **COMPAÑIA GENERAL FABRIL-FINANCIERA**
Lima 229 Buenos Aires



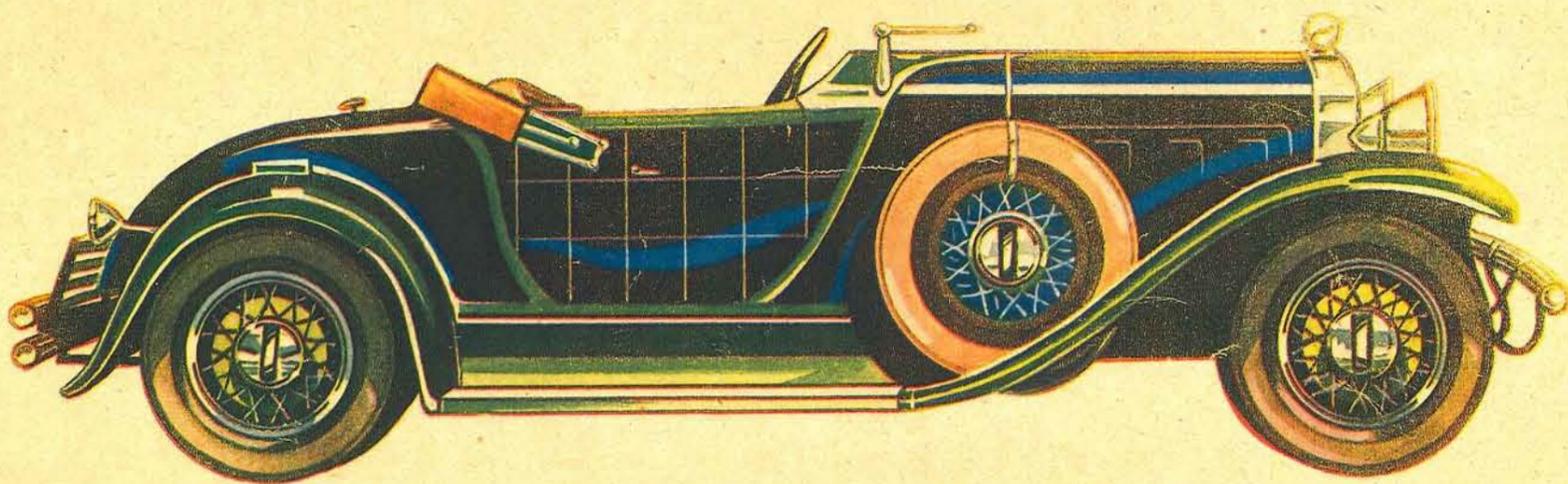
*Suprema
belleza
en sus
modernos
diseños*

El nuevo Willys Knight Gran Seis es el más distinguido y hermoso automóvil que ha creado la compañía Willys-Whippet.

Sus líneas, colorido y terminado, constituyen una rica combinación que significa la realización de nuevos ideales en el diseño de coches modernos.

La individualidad del nuevo Gran Seis revela el más alto grado de belleza, lujo y rendimiento.

Willys-Knight
gran seis



HAMPTON, WATSON & Cia. - CERRITO 702 - AVENIDA ALVEAR 3466 - BUENOS AIRES